

DIOS ES EL EVANGELIO

PARA EL ALMA HAMBRIENTA
Y SEDIENTA



JOHN PIPER

Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

—2 CORINTIOS 4:6

Saturado con la Palabra de Dios, centrado en la cruz y lleno de gozo, este libro nos conduce a la satisfacción para las necesidades más profundas del alma. Nos toca en la raíz de la vida donde la transformación práctica consigue su energía diaria. Despierta nuestro constante deseo por Cristo y abre los ojos a la belleza del Señor.

El autor escribe para el alma sedienta quien se encuentra vacía y en la desesperación del espejismo de la metodología. John Piper nos invita a que nos calmemos y bebamos de las aguas más refrescantes y profundas. Jesús dice: "...esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Esto es lo que hacen del evangelio y de este libro, buenas nuevas.

JOHN PIPER ha sido el pastor predicador de la Iglesia Bautista Belén en Miniápolis, Minessota desde el año 1980. Es autor de numerosos libros éxitos de venta. Uno de ellos recibió el más prestigioso galardón de la Asociación de Publicadoras Cristianas Evangélicas (*ECPA*, en inglés) de los Estados Unidos.


PORTAVOZ

Vida cristiana

ISBN 978-0-8254-15883



9 780825 415883

DIOS
ES EL
EVANGELIO

DIOS
ES EL
EVANGELIO

JOHN PIPER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

EX LIBRIS ELTROPICAL

Título del original: *God Is the Gospel*, © 2005 por Desiring God Foundation y publicado por Crossway Books, un ministerio de publicaciones de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Dios es el evangelio*, © 2007 por Desiring God Foundation y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados..

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1588-3

1 2 3 4 5 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A
Abraham y Molly Piper
que juntos llevan
un matrimonio y una vida
para el mejor don del amor.

*De ti nos llega la vida
y es hacia ti que va
Es entonces que comenzamos a vivir.
Tú eres la vida de las vidas.
Tú eres el corazón de los corazones.
Tú eres el regalo que obsequias.*

CONTENIDO

Agradecimientos	9
INTRODUCCIÓN: Lo que más necesita el mundo: Dios, el mayor don del evangelio	11
CAPÍTULO 1 El evangelio: Proclamación y explicación	19
CAPÍTULO 2 El evangelio: El enfoque bíblico y su significado	25
CAPÍTULO 3 El evangelio: “¡Ved aquí al Dios vuestro!”	39
CAPÍTULO 4 El evangelio: La gloria de Cristo, la imagen de Dios	55
CAPÍTULO 5 El evangelio: Confirmado por su gloria, el testimonio interno del Espíritu Santo	71
CAPÍTULO 6 El evangelio: La gloria de Cristo en el evangelismo, las misiones y la santificación	81
CAPÍTULO 7 El evangelio: La gloria del gozo de Dios	93
CAPÍTULO 8 El evangelio: La gloria de Cristo como el causal del arrepentimiento que exalta a Cristo	99
CAPÍTULO 9 El evangelio: El don de Dios mismo sobre todos y en todos sus dones dolorosos y salvadores	109
CAPÍTULO 10 El evangelio: El don de Dios mismo en todos y cada uno de sus dones placenteros	123

CAPÍTULO 11

El evangelio: Y a fin de cuentas, ¿qué lo hace bueno? ¿Contemplar la gloria o ser glorioso?	137
CONCLUSIÓN: Dios es el evangelio: Ahora hagamos sacrificios y entonemos cantos de alabanza	153

AGRADECIMIENTOS

Primero, digo a Jesucristo: “Te alabaré porque me has oído y me fuiste por salvación... Para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario. Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán” (Sal. 118:21; 63:2-3).

Segundo, doy gracias a Noël y Talitha por amarme aunque me haya encerrado en mi estudio durante los tantos días que pasé escribiendo. Gracias por vivir el evangelio conmigo.

Tercero, al equipo que me apoyó con sus oraciones: Gracias en nombre mío por sus intercesiones diarias y por librar la batalla contra Satanás, el pecado, las enfermedades y los sabotajes. En su misericordia, Dios nos respondió.

Cuarto, al personal y a los miembros del consejo de la Iglesia Bautista Belén gracias por darme permiso para ausentarme para poder escribir y por los sacrificios que hacen en pos del sueño de difundir pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas, especialmente en el evangelio.

Quinto: A Justin Taylor y Carol Steinbach de *Desiring God*: [Desear a Dios] Gracias por las mejoras teológicas, la sagacidad para revisar y la jovialidad durante las tareas monótonas (los índices), además de una fructífera sociedad para exaltar la verdad de que Dios se glorifica aún más en nosotros cuando nos sentimos satisfechos en Él.

Por último, a Jonathan Edwards y John Owen, cuyas visiones de las glorias de Cristo han sido para mi alma un rayo de luz espiritual y vida. Gracias. Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.

INTRODUCCIÓN: LO QUE MÁS NECESITA EL MUNDO: DIOS, EL MAYOR DON DEL EVANGELIO

*Cristo padeció una sola vez por los pecados,
el justo por los injustos,
para llevarnos a Dios,
siendo a la verdad muerto en la carne,
pero vivificado en espíritu.*

1 PEDRO 3:18

Hoy día —como en toda generación— resulta asombroso ver como hay una tendencia a alejarse de Dios como el don todo suficiente del amor de Dios. Resulta asombroso cómo rara vez se proclama a Dios mismo el mayor don del evangelio pero la Biblia nos enseña que el último y mejor don del amor de Dios es el gozo de la hermosura de Dios. “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Sal. 27:4). El mejor y mayor don del evangelio es que ganamos a Cristo. “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:8). El don del amor de Dios que todo lo abarca que aparece reflejado a lo largo del evangelio es el siguiente: Ver y saborear la gloria de Cristo para siempre.

En lugar de esto, hemos convertido al amor de Dios y al evangelio de Cristo en una aprobación divina de nuestro deleite en muchas nimiedades, en especial el deleite en que somos importantes. La prueba de fuego de la Biblia que se centra en Dios —y es fiel al evangelio— es la siguiente: ¿Se siente más amado porque Dios lo considera importante o porque, a expensas de su Hijo, Él le permite el gozo de sentir por siempre que Él le es importante a usted? ¿Recae su felicidad en ver la cruz de Cristo como una prueba de la valía de usted o como una vía para disfrutar por siempre de la valía de Dios? ¿Es la gloria de Dios en Cristo la causa de su alegría?

Desde el primer pecado en el huerto de Edén hasta el juicio final ante el gran trono blanco, los humanos continuaremos abrazando el amor de Dios como el don de cualquier cosa menos de Él. En verdad, existen diez mil dones que fluyen del amor de Dios. El evangelio de Cristo proclama la nueva de que Él, al morir, obtuvo diez mil bendiciones para su novia pero

ninguno de dichos dones conduce al gozo definitivo si no conducen primero a Dios. Y nadie para quien el mayor don del evangelio no haya sido el Señor mismo disfrutará de las bendiciones del evangelio.

¿ES EL AMOR DIVINO APROBACIÓN PARA ADMIRARSE UNO MISMO?

Lo triste es que la visión de amor que se centra en el hombre está presente en nuestra cultura y nuestras iglesias. Desde que aprenden a caminar, les enseñamos a nuestros hijos que sentirse amado significa que somos importantes para alguien. Hemos edificado todas unas filosofías educacionales alrededor de dicha visión de amor: Planes de estudio, crianza de los hijos, estrategias para motivar, modelos terapéuticos y técnicas de venta. Muy pocas personas de la era moderna pueden imaginar una manera diferente de sentirse amado que no sea la de ser importantes para alguien. Si yo no soy importante para ti, tú no me quieres.

Pero cuando aplicamos dicha definición de amor a Dios, debilita su valía, socava su bondad y roba nuestra satisfacción definitiva. Si el gozar de Dios mismo no constituye el mejor don de amor, entonces Dios no es el mayor tesoro, su entrega no es su más grande muestra de misericordia, el evangelio no es la buena nueva de que los pecadores pueden disfrutar de su Creador, Cristo no sufrió para llevarnos ante Dios y nuestras almas deben buscar más allá de Él para encontrar satisfacción.

La distorsión del amor divino en aprobación para admirarse uno mismo es sutil, se desliza entre las acciones más religiosas. Clamamos estar adorando a Dios agradeciendo su amor por nosotros pero si su amor por nosotros es en el fondo lo mucho que significamos para Él, ¿a quién adoramos realmente? Estamos dispuestos a centrarnos en Dios, al parecer, mientras Dios gire en torno al hombre. Estamos dispuestos a vanagloriarnos de la cruz siempre y cuando la cruz sea prueba de nuestra valía. ¿Quién constituye entonces nuestro orgullo y gozo?¹

¿GRAN YO O GRAN ESPLENDOR?

Nuestro error fatal es creer que querer ser felices es querer ser importantes para alguien. Nos gusta mucho que nos lo ratifiquen. No obstante, ese

¹ Trataré la cuestión de un gozo idóneo en los dones de Dios, incluidas las personas, en el capítulo diez. Por ahora considere, por ejemplo, que cuando Pablo dice en 1 Tesalonicenses 2:19: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me glorié? ¿No lo sois vosotros?”, la pregunta queda sin responder: ¿Cuál es la fuente primordial o el fundamento o la raíz o la finalidad de su gozo? No tiene discusión que las personas nos traen alegría. No tiene discusión que nuestra propia conciencia limpia es fuente de gozo (Ro. 14:22). La pregunta es: ¿Cómo se relaciona este gozo con Dios? ¿Son estas cosas motivo de gozo porque nos muestran más de Él o nos conducen hacia Él? ¿O Él es el gozo porque nos conduce a ellas?

sentimiento placentero se arraiga finalmente a la valía del yo y no a la valía de Dios. Ese camino a la felicidad es una ilusión y hay indicios al respecto. Hay indicios al respecto en todo corazón humano, incluso antes de convertirse a Cristo. Uno de estos indicios es que nadie va al Gran Cañón o a los Alpes para incrementar su autoestima. Eso no es lo que sucede frente a las profundidades abismales y las majestuosas alturas. Sin embargo, si vamos a dichos lugares y lo hacemos por gozo. ¿Cómo es posible, si nuestra salud y felicidad giran en torno a ser importantes para alguien? La respuesta es que no giran en torno a esto. En los maravillosos momentos de lucidez, hay un testigo en nuestros corazones: La salud del alma y la gran felicidad no provienen de contemplar al gran yo, sino al gran esplendor.

EL BIEN MÁS ELEVADO, MEJOR, SUPREMO Y DECISIVO EN EL EVANGELIO

El evangelio de Jesucristo revela qué es el esplendor. Pablo lo llama: “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Dos versículos después lo llama: “la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”.

Cuando digo que *Dios es el evangelio*, me refiero a que es el bien más elevado, mejor, supremo y decisivo del evangelio, sin el cual ningún otro don serviría, a que es la gloria de Dios en la faz de Jesucristo revelada para nuestro gozo eterno. El amor salvador de Dios es el compromiso de Dios de hacer todo lo que sea necesario para cautivarnos con aquello que nos produce satisfacción más profunda y duradera: Él mismo. Somos pecadores y no tenemos derecho ni deseo de que Dios nos captive; por consiguiente, el amor de Dios cuenta con un plan de redención para darnos ese derecho y ese deseo. La demostración suprema del amor de Dios fue el enviar a su Hijo a morir por nuestros pecados y a levantarse nuevamente para que los pecadores puedan tener derecho a acercarse a Dios y puedan contar con el placer eterno de su presencia.

Con el objetivo de que el evangelio cristiano sea portador de buenas nuevas, debe proporcionar un don que sea eterno, que satisfaga por completo y que los pecadores indignos puedan recibirlo y disfrutar de él. Para que el planteamiento anterior se cumpla, el don debe cumplir con tres requisitos. Primero, que el don se haya obtenido por la sangre y justicia de Jesucristo, el Hijo de Dios. Deben cubrirse nuestros pecados y disiparse la ira de Dios contra nosotros y se nos debe imputar la justicia de Cristo. Segundo, el don debe ser libre, inmerecido. No fueran buenas nuevas si

tuviéramos que acumular méritos para recibir el don del evangelio. Tercero, el don debe ser Dios mismo, por sobre los demás dones.

No se comprendería el objetivo del presente libro si se cree que intenta restarle importancia a las batallas libradas para lograr un entendimiento bíblico de *las vías y los medios* que Dios ha utilizado para alcanzar y poner en práctica la redención.² El hecho de que el presente libro se centra en el valor infinito del máximo objetivo del evangelio debe aumentar, en vez de disminuir, nuestro compromiso de no hacer concesiones con respecto del evangelio que Dios utilizó para llevarnos a Él.

El evangelio es la buena nueva de nuestro gozo definitivo y pleno de la gloria de Dios en la faz de Cristo. El que dicho gozo hubo de obtenerse para los pecadores al costo de la vida de Cristo hace que su gloria brille con más intensidad. Y el que dicho gozo sea libre e inmerecido lo hace brillar aún más intensamente. No obstante, el precio que Jesús pagó por el don y la libertad inmerecida del don no constituyen el don en sí. El don es Cristo mismo como la gloriosa imagen de Dios que se contempla y se deleita con gozo eterno.

¿SERÍA USTED FELIZ EN EL CIELO SI CRISTO NO ESTUVIERA AHÍ?

La pregunta crítica para nuestra generación —y para toda generación— es la siguiente: Si usted pudiera alcanzar el cielo libre de enfermedades, junto a todos los amigos que tuvo en la tierra, con toda la comida que siempre le gustó, las actividades de esparcimiento de las que siempre disfrutó, todas las bellezas naturales que vio en su vida, todos los placeres físicos que experimentó en su vida, sin conflictos entre humanos ni desastres naturales, ¿se sentiría satisfecho con el cielo si Cristo no estuviera allí?

Y la pregunta que dirijo a los líderes cristianos es: ¿Predicamos, enseñamos y guiamos de manera que las personas estén preparadas para escuchar la pregunta anterior y responder rotundamente que no? ¿Cómo entendemos el evangelio y el amor de Dios? ¿Nos hemos desviado junto con el mundo del amor de Dios como don de sí mismo hacia el amor de Dios como don de un espejo en el que nos gusta lo que vemos? ¿Hemos

² Otra forma de decir esto es que toda la clásica declaración de John Murray sobre la redención —*Accomplished and Applied* [Alcanzada y puesta en práctica] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1955)— resulta crucial, no solo la sección de cierre sobre la “glorificación”. Nuestros puntos de vista de la necesidad, la naturaleza, la perfección y el alcance de la expiación y nuestros puntos de vista sobre llamado eficaz, regeneración, fe, arrepentimiento, justificación, adopción, santificación, tenacidad y unión con Cristo son cruciales. Nada que yo diga en este libro debe ser interpretado para minimizar estas verdades bíblicas esenciales. Más que todo, espero que el valor inapreciable de la meta (contemplar y deleitarnos en Dios mismo) nos haga más alertas en preservar la verdad del medio.

predicado el evangelio de manera que el don de la gloria de Dios en la faz de Cristo ha ocupado un lugar marginal en vez de central y supremo? Si es así, oro por que el presente libro constituya una vía para que Dios nos despierte y podamos ver el valor supremo y la importancia de “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. Oro por que el centro alrededor del cual giran nuestros ministerios sea el mismo alrededor del cual giraba el ministerio de John Owen, el gran escritor puritano del siglo XVII. Richard Daniels se refirió a John Owen:

Existe un motivo, citado por John Owen en numerosas ocasiones, que resulta de gran importancia para él y que Daniels llega al punto de llamarlo el centro alrededor del cual giraba la teología de Owen... concretamente la doctrina que en el evangelio contemplamos, por el Espíritu Santo que Cristo nos legó, la gloria de Dios “en la faz de Cristo” y así somos transformados a su imagen.³

¿ESTAMOS PREPARANDO A LAS PERSONAS PARA IR AL CIELO?

¿Podemos decir realmente que nuestro pueblo se está preparando para ir al cielo donde Cristo mismo, no sus dones, será el placer supremo? Y si nuestro pueblo no está preparado, ¿irán siquiera allí? ¿No es la fe que nos lleva al cielo el anticipo del festín de Cristo? J. C. Ryle predicó una vez en un sermón titulado “Cristo lo es todo” basado en Colosenses 3:11. Dijo entonces:

Pero, ¡ah!, cuán poco aptos para ir al cielo están tantos de los que hablan de ‘ir al cielo’ cuando mueran y que, de manera manifiesta, no tienen fe salvadora ni relación con Cristo. Aquí no honras a Cristo, no te comunicas con Él, no lo amas. ¡Ah!, ¿qué harías en el cielo? Ese no sería lugar par ti. El gozo que allí se vive no es gozo para ti. La felicidad que allí hay no es felicidad a la que tengas acceso. Sus pasatiempos te provocarán fatiga y serán una carga en tu corazón. ¡Ay, arrepíentete y cambia antes de que sea demasiado tarde!⁴

Nada hace a una persona más útil en la tierra que el estar lista para ir al cielo. Esto es cierto porque el estar listo para ir al cielo significa sentir placer al contemplar al Señor Jesús y contemplar la gloria del Señor significa cambiar a su semejanza (2 Co. 3:18). Nada bendeciría más a este mundo

³ Richard Daniels, *The Christology of John Owen* [La Cristología de John Owen] (Grand Rapids, Mich.: Reformation Heritage Books, 2004), 92.

⁴ J. C. Ryle en un sermón titulado “Christ is All” [Cristo es todo], de Colosenses 3:11. *Holiness: Its Nature, Hindrances, Difficulties, and Roots* [La santidad: Su naturaleza, obstáculos, dificultades y raíces] (1877; reimpresión, Moscú, Ida.: Charles Nolan Publishers, 2001), 384.

que muchas más personas se parecieran a Cristo, porque en la semejanza a Cristo el mundo podría descubrir a Cristo.

LO QUE MÁS NECESITA EL MUNDO

Cuando celebremos el evangelio de Cristo y el amor de Dios y cuando enaltezcamos el don de la salvación, hagámoslo de manera que las personas puedan ver a Dios mismo en el fondo. Que todos los que escuchen el evangelio de nuestros labios sepan que la salvación es el don de ver y saborear la gloria de Cristo y que lo obtuvimos por medio de su sangre. Que crean y digan: “¡Cristo lo es todo!” o, para hacer uso de las palabras del salmista: “Gócense y alégrense en ti todos los que te buscan, y digan siempre los que aman tu salvación: Engrandecido sea Dios” (Sal. 70:4). No repetir: “La salvación es grande”, sino: “¡Dios es grande!”

Que la iglesia de Jesucristo diga con creciente intensidad: “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa” (Sal. 16:5). “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Sal. 42:1). “Quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Co. 5:8). “teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:23).

No hay nada que el mundo necesite más que ver la valía de Cristo en las obras y las palabras del pueblo que adora a Dios. Esto ocurrirá cuando la iglesia abra los ojos a la verdad que el amor salvador de Dios es el don de Él mismo, que Dios mismo es el evangelio.



EL EVANGELIO: PROCLAMACIÓN Y EXPLICACIÓN

Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor.

LUCAS 2:10-11

Además os declaro, hermanos, el evangelio...

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras

1 CORINTIOS 15:1-4

Oro para que uno de los logros del presente libro sea que se anuncie —se proclame, se declare, se transmita— el evangelio de Jesucristo en toda su magnificencia para que todo el mundo lo escuche. Eso hace una persona que acaba de recibir buenas nuevas: *Las da a conocer*. Y el *evangelio* significa buenas nuevas. Las buenas nuevas se proclaman, se anuncian de la forma en que los ya pasados de moda pregoneros lo harían.

¡Escuchen! ¡Escuchen! ¡Escuchen todos los rebeldes, insurgentes, disidentes y protestantes que se oponen al Rey! ¡Escuchen el decreto real! Se acerca el día del juicio final, un día de justicia y venganza. ¡Pero escuchen, habitantes del reino! La misericordia de su Soberano concede amnistía. Hay que pagar un precio. Se perdonarán todas las deudas. Se absolverá a todos los rebeldes. Todo deshonor se perdonará. Nadie quedará excluido del ofrecimiento. Bajen las armas de la rebelión, arrodíllense en señal de sumisión, reciban la amnistía real como un regalo del amor imperial, jure fidelidad a su Soberano y levántese libre y feliz de ser siervo de su Rey.

¡NUEVAS! ¡NUEVAS! ¡NUEVAS!

El término utilizado en el Nuevo Testamento para *evangelio* es *euangelion* (εὐαγγέλιον). Se compone de un prefijo que significa bueno o alegre y la raíz que quiere decir mensaje o noticia. La palabra aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento para comunicar “mensajes relativos a victorias, así como mensajes políticos y privados portadores de buenas nuevas”.¹ En un período de la historia en que no existía ni la imprenta ni la radio ni la

¹ Ulrich Becker, “Gospel, Evangelize, Evangelist” [Evangelio, evangelizar, evangelista] en *The New International Dictionary of New Testament Theology* [Nuevo diccionario internacional de teología del Nuevo Testamento], 3 tomos., ed. Colin Brown (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1986), 2:107.

televisión, los mensajeros portadores de buenas noticias las comunicaban en persona. Se hacía de forma hablada, como un comunicado. Se emitía en tono festivo. El mensajero se regocijaba con las noticias que debía llevar. Eran *buenas* nuevas.

Resulta sencillo en nuestros días perder el sentido de sorpresa y asombro ante las nuevas que son cualidad del evangelio. Si fuéramos a sentir las buenas nuevas del Nuevo Testamento como lo que realmente son, no debemos olvidar la forma en que se anunciaron en Lucas 2:10-11: “Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor”.

Cuando estas nuevas llegaron a la tierra, el efecto fue extraordinario porque las noticias eran extraordinarias. Nada igual había sucedido antes. Nada igual ha sucedido desde entonces. Algo completamente nuevo acababa de hacer historia. Podría incluso decirse que con la venida de Jesús comenzó toda una nueva era.

¿POR QUÉ SE REGOCIJAN LOS PRISIONEROS? ¡POR LAS NUEVAS!

Cambiamos la situación en que se recibió el evangelio. Esta vez no habrá prisionero alguno, sino un campo de prisioneros de la época moderna. Imagine a prisioneros de guerra estadounidenses que se encuentran en un campo cercado con alambre de púas, con poco alimento y sin condiciones higiénicas al final de la Segunda Guerra Mundial.² Del otro lado de la cerca, los captores se encuentran en libertad y se comportan como si no tuvieran preocupación alguna. Rodeados por la cerca, los soldados están con los ojos hundidos, flacos, sin afeitar y sucios. Varios mueren cada día.

Entonces, de alguna manera, logran pasar clandestinamente un radio de onda corta hasta una de las barracas. Están aislados del mundo exterior y no saben cómo marcha la guerra. Entonces, un día, los captores del otro lado de la cerca notan algo extraño. Rodeados por la cerca, los soldados estadounidenses débiles, sucios y sin afeitar ríen y sonríen y los pocos que aún cuentan con algo de fuerzas dan un grito y lanzan cacerolas de hojalata al aire.

Lo que hace todo esto tan extraño para los que se encuentran del otro lado de la cerca es que nada ha cambiado. Los soldados estadounidenses se encuentran todavía en cautiverio y aún tienen poca comida y agua. Además,

² Oí hacer por primera vez esta analogía a Ray Bakke, con relación al ministerio en los centros urbanos de nuestro país. La adapté a fin de utilizarla aquí.

muchos continúan enfermos y moribundos. Pero lo que los captores no saben es que lo que los soldados sí tienen son noticias. Las líneas enemigas no pudieron resistir. La batalla decisiva para lograr la liberación ya se libró y las tropas libertadoras se encuentran solo a unos kilómetros del campo. La libertad es inminente.

Esa es la diferencia que marcan las noticias. Los cristianos escucharon la noticia de que Cristo vino al mundo y libró la batalla decisiva para derrotar a Satanás, la muerte, el pecado y el infierno. Pronto terminará la guerra y no queda duda alguna acerca de quién ganará. Cristo ganará y liberará a los que hayan depositado en Él su esperanza.

La buena nueva no es que no exista el dolor, la muerte, el pecado o el infierno. Sí existen. La buena nueva es que el Rey mismo ha venido y los enemigos han sido derrotados y si confiamos en lo que Él ha hecho y ha prometido, nos libraremos de la sentencia de muerte y veremos la gloria de nuestro Libertador y viviremos junto a Él por siempre. La noticia nos llena de esperanza y gozo (Ro. 15:13) y nos libera de la autocompasión y nos da fuerzas para amar a los que sufren. Con ese amor que se sustenta en la esperanza, Él nos ayudará a perseverar hasta que la trompeta final de la liberación suene y el campo de prisioneros se convierta en una ¡nueva tierra! (2 P. 3:13).

PERO ¿QUÉ SIGNIFICAN LAS BUENAS NUEVAS?

El evangelio no es solo noticias. Es primero noticia y después doctrina. *Doctrina* significa enseñanza, explicación, aclaración. La doctrina es parte del evangelio porque las buenas nuevas no se pueden pronunciar solo de la boca de un heraldito, la mente del que escucha tiene que entenderlas. Si el prisionero dice: “La misericordia de su Soberano concede amnistía”, alguien preguntará: “¿Qué quiere decir ‘amnistía’?” Habrá muchas interrogantes cuando se pronuncien las buenas nuevas. “¿Cuál fue el precio que se pagó?” “¿Cómo fue que faltamos al Rey?” Cuando se proclame el evangelio, hay que explicarlo. ¿Qué hubiera pasado si el locutor radial hubiera hecho uso de términos técnicos que algunos de los prisioneros no conocían bien? Alguien hubiera tenido que explicárselos. Cuando las buenas noticias son ininteligibles no son siquiera noticias, mucho menos buenas.

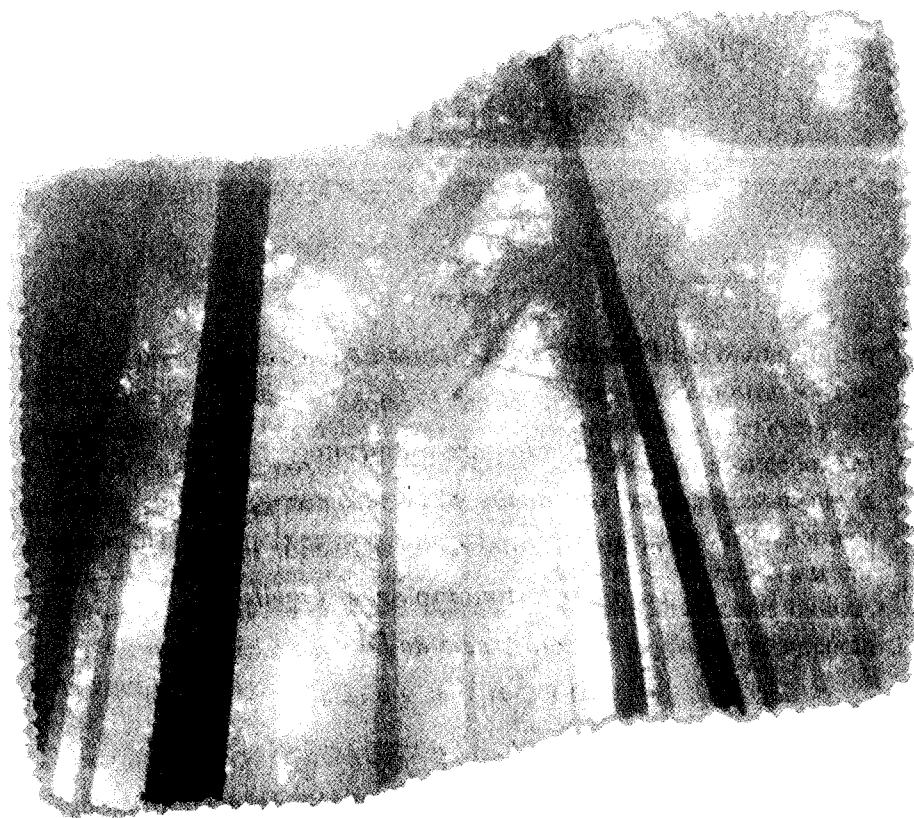
La doctrina del evangelio es de gran importancia porque las buenas nuevas son tan plenas, ricas y maravillosas que deben abrirse como si fueran un cofre de un tesoro y todo el tesoro debe sacarse para disfrute del mundo. La doctrina es la descripción de dicho tesoro. La doctrina describe

su verdadero valor y explica por qué es invaluable. La doctrina evita que los diamantes del evangelio se descarten como meros cristales. La doctrina protege el tesoro del evangelio de los piratas, a quienes no les gustan los diamantes pero que viven de cambiarlos por otras piedras. La doctrina pule las gemas viejas que se encuentran enterradas en el fondo del cofre, pone las joyas de la verdad del evangelio en orden sobre el tapiz escarlata de la historia para que se les pueda ver en el lugar más hermoso.

Y, desde el principio, la doctrina lleva a cabo todo esto con la cabeza baja, asombrada de que se permita palpar las cosas de Dios. Suspira alabando y agradeciendo mientras atiende los diamantes del Rey. Sus dedos tiemblan debido al valor de lo que manipulan. Las oraciones ascienden en busca de ayuda para que ninguna piedra sea subvalorada o perdida. Y, de rodillas, la doctrina del evangelio sabe que sirve de heraldo. El evangelio no necesita de tantas explicaciones. Las explicaciones son necesarias pero no primordiales. Una carta de amor debe ser inteligible pero la gramática y la lógica no vienen al caso. El amor es lo que importa. El evangelio es buenas nuevas. A ellas sirve la doctrina. Sirve a aquel cuyos pies están llenos de moretones (¡y belleza!) para que no tenga que caminar y llevar las buenas nuevas a los lugares que no ha alcanzado: “¡Vengan! ¡Escuchen las buenas nuevas de Dios! ¡Escuchen lo que hizo Dios! ¡Escuchen! ¡Entiendan! ¡Reverencien! ¡Crean!”

DEFINIR LAS BUENAS NUEVAS

¿Qué son las buenas nuevas? ¿Cuál es el mensaje que hay que proclamar y explicar? A eso nos referiremos en los capítulos siguientes. Pero no olvide cuál es la perspectiva del presente libro. Nuestra pregunta no es sencillamente: ¿Qué es el evangelio? Nuestras preguntas son: ¿Cuál es el mayor bien del evangelio que hace que todos los aspectos de las buenas nuevas sean buenos? ¿Cuál es el objetivo del evangelio, que si lo pasamos por alto el evangelio pierde todo bien? ¿A qué nos referimos cuando decimos que Dios es el evangelio?



EL EVANGELIO: EL ENFOQUE BÍBLICO Y SU SIGNIFICADO

*Pero de ninguna cosa hago caso,
ni estimo preciosa
mi vida para mí mismo,
con tal que acabe mi carrera con gozo,
y el ministerio que recibí del Señor Jesús,
para dar testimonio del evangelio
de la gracia de Dios.
HECHOS 20:24*

En el presente capítulo veremos cómo la Biblia define el evangelio. Sin embargo, en un final, el objetivo del capítulo es demostrar que se pueden ratificar muchos de los aspectos verdaderos y valiosos del evangelio y no obstante, pasar por alto el bien mayor y decisivo del evangelio. Las múltiples glorias del evangelio son hermosas pero esa es precisamente la cuestión. Si no vemos la principal belleza —a saber, la belleza de la gloria de Cristo—, no alcanzaremos el propósito del evangelio. Volveremos a tratar este asunto al final del capítulo. Por ahora, veamos las facetas bíblicas de los diamantes del evangelio y fijemos la vista en la gloria que intentan revelarnos.

¿CÓMO DEFINIMOS EL EVANGELIO?

¿Cómo define la Biblia el evangelio? Curiosamente, la Biblia (incluyendo el Antiguo Testamento griego¹ y el Nuevo Testamento) emplea el sustantivo “evangelio” (εὐαγγέλιον) setenta y siete veces y el verbo que significa “anunciar el evangelio” (εὐαγγελίζω) setenta y siete veces. En su vasta mayoría, el significado se asume por el contexto, más que por definición. No obstante, existen varias definiciones que sirven para denotar con exactitud qué es el evangelio. He estructurado el presente capítulo sobre la base de los usos de la palabra “evangelio” que son definiciones (o frases que realizan función de definición) en el contexto en que se encuentran. La difícil empresa que entraña definir una palabra o frase tan común y tan

¹ Solamente uno de estos usos (εὐαγγελίζομαι) en el Antiguo Testamento Griego, no está en el Antiguo Testamento Protestante (Salmos de Salomón 11:1).

amplia como “buenas nuevas” o “anunciar buenas nuevas” es evitar los dos extremos. Uno sería el de definir el evangelio cristiano de manera tan amplia que se le llame evangelio a todo lo bueno que aparezca en el mensaje cristiano y el otro sería dar una definición tan restringida del evangelio cristiano que no haga justicia a todos los usos empleados en el Nuevo Testamento. Espero encontrar un término medio.

HAY UN DIOS VIVO

El evangelio incluye la buena nueva de que hay un Dios vivo que creó los cielos y la tierra. Cuando Pablo y Bernabé llegaron a Listra, una ciudad de Asia Menor, Dios los facultó para sanar a un cojo. Las personas estaban asombradas y gritaban: “Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros” (Hch. 14:11). Llamaron Júpiter (el rey de los dioses) a Bernabé y Mercurio (el mensajero de los dioses) a Pablo. El sacerdote de Júpiter quería ofrecer a ellos sacrificio.

Pero en ese instante, Pablo comenzó a predicar el evangelio. Comenzó de la siguiente manera: “...Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos [εὐαγγελιζόμενοι] que de estas vanidades os convertáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay” (Hch. 14:15). El “evangelio” incluye la verdad de que hay un Dios vivo que creó todas esas cosas.

Sencillamente, no puede haber buenas nuevas sin un Dios vivo que haya creado el universo. Ninguno de los preciados aspectos del evangelio cristiano tendría carácter redentor si no existiera un Dios vivo que hubiera creado los cielos y la tierra. Por eso Lucas, el escritor del libro Hechos, dice que Pablo comenzó a predicar el evangelio con las buenas nuevas de que existía algo mucho más vasto y grande que lo que habían imaginado los habitantes de Listra en su religión: Hay un Dios que vive y creó todo lo demás. He ahí una piedra angular en la estructura del evangelio cristiano.

LA LLEGADA DE LA AUTORIDAD IMPERIAL DE DIOS

El evangelio incluye no solo la verdad de que Dios es el Creador que hoy vive, incluye también la verdad de que Él es el Rey del universo que ahora, en Jesucristo, ejerce su autoridad imperial en el mundo por el bien de su pueblo. En Romanos 10:15, el apóstol Pablo cita a Isaías 52:7 para demostrar que Dios había anunciado el evangelio.⁷ ¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas [εὐαγγελιζομένου],

del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien [εὐαγγελιζόμενος], del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!”

Esas últimas palabras definen una parte fundamental de las buenas nuevas que Isaías predijo. Tu Dios reina. El reinado soberano de Dios es esencial para el evangelio. Isaías predijo el día en que el reinado soberano de Dios sobre todas las cosas irrumpiría en este mundo de una manera más abierta, trayendo gran bendición al pueblo de Dios. Por eso, cuando el Mesías prometido vino al mundo, es esta la manera principal en que anuncia el evangelio. “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: *El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado*; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr. 1:14).² En otras palabras, el reino de Dios ha irrumpido en este mundo para arreglar las cosas por el bien de su pueblo; *por consiguiente*, arrepíentanse y crean las buenas nuevas. De hecho, si usted lo hace, pasará a formar parte del pueblo de Dios. Sencillamente, en un mundo tan lleno de descomposición y pecado no puede haber buenas nuevas si Dios no irrumpe con su regia autoridad. Si Dios no viene con derechos soberanos como Rey del universo que es, solo habrá desesperanza en este mundo.

JESÚS: UN SALVADOR QUE ES CRISTO, EL SEÑOR

En la medida en que el mensaje y el ministerio de Jesús se reveló en la tierra hace dos mil años, se hizo evidente que la llegada del reino de Dios y la llegada de Jesús eran una misma cosa. Se puede apreciar cómo de esa manera se sintetiza el evangelio en Hechos 8:12: “Felipe... *anunciaba el evangelio* [εὐαγγελιζομένω] *del reino de Dios y el nombre de Jesucristo*, [y] se bautizaban hombres y mujeres”. La razón por la que la venida del reino de Dios y la venida de Jesús eran una misma cosa es que Jesús era el tan esperado “hijo de David”. Él era el Rey que se había prometido. El evangelio era la buena nueva de que había llegado el Rey que se le había prometido a Israel. Por eso, Pablo inicia el libro Romanos con la siguiente descripción del evangelio: “el *evangelio* [εὐαγγέλιον] *de Dios*, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, *acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David*” (1:1–3).

Cuando los ángeles anunciaron la llegada de Jesús en la primera Navidad, lo unieron todo. Era el evangelio. Era la llegada del Rey soberano,

² Veá además Lucas 4:43: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado”. Lucas 8:1 añade: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios”. Lucas 16:16 dice: “La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él”. Para una excelente introducción a las enseñanzas de Jesús acerca del reino de Dios vea George Eldon Ladd, *The Presence of the Future* [La presencia del futuro] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1996).

del Señor. Era la llegada del Mesías prometido (que es lo que significa “Cristo”), el Hijo de David. Y, con su poder divino y su linaje real, el Señor Jesucristo se convertiría en Salvador. “Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os *doy nuevas* [εὐαγγελίζομαι] *de gran gozo*, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, *un Salvador, que es CRISTO el Señor*” (Lc. 2:10–11). La buena nueva es que el Rey del universo (el Señor), el Mesías (Cristo), ha venido para ser Salvador.

CRISTO MURIÓ POR NUESTROS PECADOS CONFORME A LAS ESCRITURAS

¿Cómo fue que Jesús, el Mesías, el Señor del cielo, se convirtió en Salvador? Él nos lo dice con claridad: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45). Él moriría para pagar el rescate de manera que muchos otros no perecieran. De la misma manera, durante la última cena, dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lc. 22:20). En otras palabras, cuando Él derrama su sangre, lo hace por otros y con ella obtendrá la promesa del “nuevo pacto” que prometía: “perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31:34). Hasta ese punto dejó Jesús claras las cosas.

Pero fue el apóstol Pablo quien estableció el vínculo explícito entre la palabra *evangelio* y la muerte de Jesús por nuestros pecados: “Además os declaro, hermanos, el *evangelio* [εὐαγγέλιον] que os he predicado [εὐηγγελισάμην]... Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: *Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras*” (1 Co. 15:1–3). La venida del Rey, el Señor, el Mesías, fue la venida de un Salvador porque Él murió para llevar la carga de nuestros pecados, no los de Él —ya que no había cometido ninguno— (He. 4:15). Su muerte fue el rescate que Él pagó por nosotros y que no podíamos pagar nosotros mismos.³

JESÚS,

RESUCITADO DE ENTRE LOS MUERTOS CONFORME A MI EVANGELIO

Pero no existiría evangelio alguno si Jesús no hubiera resucitado. Pablo lo dejó bien claro en 1 Corintios 15:17: “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”. Esa fue la razón por la que la

³ El Salmo 49:7, 8, 15 dice: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás) ... Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo”.

definición que dio Pablo del evangelio en 1 Corintios 15:1, 3–4 incluye tanto la muerte como la resurrección de Jesús: “os declaro, hermanos, el evangelio [εὐαγγέλιον] que os he predicado... Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y *que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras*”.

El Rey no podría reinar sobre un pueblo que fue rescatado si no resucitara de entre los muertos. Y si el Rey de reyes no gobierna, no hay evangelio. Jesús dejó claro que Él resucitaría de entre los muertos⁴ y Pablo dejó claro que esto constituía parte esencial del evangelio: “Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, *resucitado de los muertos* conforme a mi evangelio [εὐαγγέλιόν]” (2 Ti. 2:8).⁵ Por consiguiente, el Dios vivo, el Creador, el Rey del universo vino en su Hijo, Jesús el Mesías y murió por nuestros pecados y resucitó de entre los muertos. Todo eso es el evangelio pero hay más.

EL EVANGELIO NO ES BUENA NUEVA SIN LA PROMESA DEL ESPÍRITU

Cuando Juan el Bautista predicó el evangelio, el aspecto que más enfatizó fue que el Fuerte que llegaría detrás de él, a saber Jesús, no bautizaría con agua, sino en Espíritu Santo y fuego. Dijo: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; *él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*”. Entonces, para demostrar que esto era parte del evangelio, Lucas dijo: “Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas [εὐηγγελίζετο] al pueblo” (Lc. 3:16, 18). La palabra “otras” implica que lo que él acababa de decir formaba parte de las buenas nuevas y que hay “otras” cosas que decir que también son parte del evangelio.

Cuando Jesús resucitó y regresó al cielo, no dejó a sus discípulos sin su presencia ni su fuerza; sin su comunión y ayuda. Había dicho a sus discípulos: “el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce;... vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y

⁴ Veá Mateo 12:40: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. También Marcos 8:31: “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días”. Veá también Marcos 9:31; 10:34. Juan 2:19: “Respondió Jesús y les dijo: Destruíd este templo, y en tres días lo levantaré”.

⁵ Veá también Hechos 13:32–33: “Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús”. La definición que dio Pablo sobre el evangelio en Romanos 1:1–4 incluye a la resurrección: “(...) el evangelio [εὐαγγέλιον] de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”.

estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Jn. 14:17–18). En otras palabras, cuando el Espíritu venga, será el Espíritu de Cristo. El Espíritu será para nosotros la presencia y la fuerza de Cristo mismo. La comunión de Cristo, prometida en el evangelio, ocurre por la presencia del Espíritu en nosotros.

En las últimas horas antes de su partida, Jesús confirmó las palabras del evangelio pronunciadas por Juan el Bautista: “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto... Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días... recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Lc. 24:49; Hch. 1:5, 8). El Espíritu Santo es el anticipo, una garantía de la plenitud de gozo que conoceremos en la perfecta comunión con el Padre y el Hijo en la era venidera (2 Co. 1:22; 5:5). Lo que en un final hace del evangelio una buena nueva es el disfrute de la gloria de Dios en Cristo. El Espíritu Santo nos da la experiencia de dicho disfrute que hoy vivimos. Por consiguiente, la promesa del Espíritu en el evangelio es lo que le da carácter de buena nueva.

LA PROMESA DE LA SALVACIÓN PARA TODO EL QUE CREA

Sobre la base de todas esas nuevas —nuevas acerca de cosas que Dios ya hizo en Cristo y de las que nosotros todavía no hemos sentido los efectos— la Biblia habla ahora de las *consecuencias* o de los *logros* de dichos sucesos como buenas nuevas. Una de las palabras más abarcadoras que describe las buenas nuevas de lo que Dios hace *por* nosotros y *en* nosotros es la *salvación*. Pablo hace referencia al “evangelio de vuestra salvación” en Efesios 1:13: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio [εὐαγγέλιον] de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”.

Pablo dice en Romanos 1:16: “Porque no me avergüenzo del evangelio [εὐαγγέλιον], porque es poder de Dios *para salvación* a todo aquel que cree al judío primeramente, y también al griego”. ¿Cómo hablar entonces de la salvación en relación con el evangelio? ¿Debemos hablar de la salvación solamente como el resultado del evangelio o como parte del evangelio? El texto plantea que el evangelio es poder de Dios *para* salvación. Por lo tanto, hay quien puede inferir que la salvación no forma parte del evangelio.

El problema es que necesitamos hacer la distinción entre la *experiencia* de salvación en particular y la *promesa* de salvación a los que crean en

Cristo. La experiencia de la salvación de una persona en particular no forma parte del evangelio pero la experiencia tiene lugar cuando la persona cree en el evangelio y parte de lo que cree es la promesa de que será salvo sobre la base de la muerte y la resurrección de Jesús. Así que, la forma en que debemos plantearlo es la siguiente: La *promesa* de salvación es parte del evangelio, pero la *experiencia* de salvación de una persona en particular no forma parte del evangelio, sino que es resultado del evangelio. Lo que deja claro Romanos 1:16 es que para “todo aquel que cree”, la promesa de salvación viene a ser personalmente una verdad para ellos. Así que, sí, el evangelio es la buena nueva que, gracias a la muerte y resurrección de Jesús, la salvación vendrá a los creyentes. Por consiguiente, es el poder de Dios para salvación de todo el que cree.

Esa palabra que todo lo abarca, *salvación*, comprende todas las promesas del evangelio como son las promesas de curación, de ayuda para el pobre, de libertad para los cautivos, de paz, de vida eterna, de expansión mundial y de la visión de la gloria de Dios, que nos llena de satisfacción.

LO QUE LA CRUZ GANÓ HACE DE LA CRUZ UNA BUENA NUEVA

Cuando Jesús curó a los enfermos, expulsó a los demonios, resucitó a los muertos y ayudó a los pobres, mostró por qué “el evangelio del reino” era una buena nueva. “Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y *predicando el evangelio* [εὐαγγέλιον] *del reino*, y *sanando toda enfermedad* y toda dolencia en el pueblo” (Mt. 4:23). Cuando comenzó su ministerio en Nazaret, Jesús dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido *para dar buenas nuevas* [εὐαγγελίσσασθαι] *a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos*” (Lc. 4:18). Esas eran el tipo de bendiciones que caracterizaban al reino de Dios, en parte, en aquella época y, completamente, en la que está por venir.

Lo que nos muestra el progreso de la revelación, en la medida en que el Nuevo Testamento se nos hace conocido, es que la muerte y resurrección de Cristo para cubrir nuestros pecados constituye el basamento de todas las bendiciones que anuncia el evangelio del reino. El Rey debe morir antes de reinar. De lo contrario, la justicia de su reino traería solamente juicio y no salvación. Así, todas las bendiciones del reino que se demuestran en el evangelio se ganaron por la sangre de Cristo. Por eso es que la cruz debe ser siempre el centro y basamento del evangelio y por eso es que a las

bendiciones del evangelio solo se les puede llamar evangelio en relación con la cruz.

LA BUENA NUEVA DE LA PAZ CON DIOS Y DE LOS UNOS CON LOS OTROS
 Junto con la curación, la ayuda para los pobres y la libertad para los cautivos que Jesús proclamó como buenas nuevas, Pablo y Pedro hablan de la paz con Dios, la vida eterna y la expansión mundial como parte de las buenas nuevas. Por ejemplo, Pedro caracterizó el evangelio que Dios envió por medio de Jesús como el “mensaje [de Dios] a los hijos de Israel, *anunciando el evangelio* [εὐαγγελιζόμενος] *de la paz por medio de Jesucristo*” (Hch. 10:36). Y Pablo hablo de tener los pies calzados con “con el apresto del *evangelio* [εὐαγγελίου] *de la paz*” (Ef. 6:15). La paz que el evangelio promete y crea tiene lugar primero entre el hombre y Dios (Ro. 5:10; 2 Co. 5:18) y después entre las personas. Cuando grupos étnicos distintos comparten una reconciliación vertical común, se produce una horizontal (Ef. 2:14–18).

LAS BUENAS NUEVAS PROMETEN VIDA ETERNA

El resultado de la paz con Dios es la vida eterna y es lo que hace del evangelio de Cristo una buena nueva. Pablo dice en 2 Timoteo 1:10: “[La gracia de Dios] ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y *sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio* [εὐαγγελίου]”. El evangelio deja claro, literalmente, lo que Dios logró con la muerte y la resurrección de Jesús: “vida e incorruptibilidad”. William Mounce dice que “la palabra ‘incorruptibilidad’ [ἀφθαρσίαν], cuando se une con *zwhv*, ‘vida’, es sinónimo de vida eterna”.⁶ Yo opino que está en lo correcto. La razón por la que el evangelio saca la vida eterna a la luz es que deja bien claro *por qué* la vida eterna es posible (la muerte y resurrección de Jesús) y *cómo* será la vida eterna (la vida con Cristo resucitado).

“EN TI SERÁN BENDITAS TODAS LAS NACIONES”

Las buenas nuevas de todo lo que Cristo logró cuando murió y resucitó comprenden a todos los pueblos de la tierra. Esto no es solamente un comentario acerca de cuán amplio es el alcance de las buenas nuevas, es una parte de lo que hace que las buenas nuevas sean buenas. El evangelio del

⁶ William Mounce, “Pastoral Epistles” [Epístolas pastorales], *Word Biblical Commentary*, tomo 46 (Nashville: Thomas Nelson, 2000), 485.

cielo no sería una buena nueva si el Rey no gobernara a todos los pueblos. Pablo identifica explícitamente las bendiciones de las naciones como parte del evangelio. Por ejemplo, en Gálatas 3:8, dice: “la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, *dio de antemano la buena nueva* [προεσηγγέλισατο] a Abraham, diciendo: *En ti serán benditas todas las naciones*”. Predicar el evangelio significa anunciar las buenas nuevas de que todas las naciones serán benditas por medio de Abraham. Es decir, por medio de la muerte y resurrección de la simiente de Abraham, Jesucristo (Gá. 3:16).

El mensaje del evangelio incluye la verdad “que los *gentiles son coherederos* y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por *medio del evangelio* [εὐαγγελίου]” (Ef. 3:6). El hecho de que la salvación de las naciones tenga lugar “por medio del evangelio” no significa que el evangelio no contenga en su definición la promesa de dicha salvación. Significa que la promesa de la salvación de los gentiles de todo el mundo, basada en la muerte y resurrección de Jesús, es el medio para llevar a cabo la salvación. La *verdadera* salvación de las naciones viene por medio de la *promesa*, obtenida por sangre, de la salvación de los gentiles mediante el evangelio. Si el evangelio fuera de índole parroquial, no sería el evangelio.

“EL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS”

El evangelio contiene las nuevas de su basamento. El fundamento de todas las buenas nuevas es la gracia de Dios. Esa es la razón por la que Pablo titula su mensaje “el evangelio de la gracia de Dios”. Estas mismas palabras aparecen en uno de sus testimonios más conmovedores en Hechos 20:24: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del *evangelio* [εὐαγγέλιον] *de la gracia de Dios*”. En más de una ocasión se llama al evangelio “la palabra de su gracia” (Hch. 14:3; 20:32). El evangelio es la buena nueva de la promesa de la gracia de Dios para con los pecadores y como alcanzarla por medio de Cristo.

La gracia es la bendición de Dios que fluye de su corazón hacia los pecadores culpables e indignos de ella. Por consiguiente, la iniciativa o mérito humano es completamente opuesto a lo relativo a alcanzar la salvación. Eso fue lo que Pablo quiso decir en su declaración esencial: “no es por obras, de otra manera la gracia ya no es gracia” (Ro. 11:6). En la

siguiente declaración, se refiere a ser escogidos por Dios: “ha quedado un remanente escogido por gracia” (Ro. 11:5) o literalmente: “un remanente según la *elección* de gracia”. Antes de haber hecho algo bueno o malo, Dios nos escogió en Cristo. El privilegio de la gracia se acentúa porque su origen está dado en la eternidad, donde fuimos escogidos “en él *antes de la fundación del mundo...* para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:4, 6). La gracia de Dios es el basamento de todas las bendiciones del evangelio.

LA MUERTE DE JESÚS HACE JUSTA LA GRACIA DEL EVANGELIO DE DIOS

El acto decisivo de la gracia de Dios fue la llegada y el sufrimiento de Cristo, el suceso medular del evangelio: “Porque ya conocéis *la gracia de nuestro Señor Jesucristo*, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9). Jesús sufrió y murió “para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (He. 2:9). La muerte de Jesús en lugar nuestro fue el acto de la gracia de Dios que hace justos, a los ojos de Dios, todos los actos de gracia. No resulta obvio que absolver la culpa resulte ser algo justo como para que un juez lo lleve a cabo (“El que justifica al impío, y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación a Jehová” [Pr. 17:15]). Por consiguiente, como Dios es justo y misericordioso a la vez, envió a Cristo para que cargara con el justo castigo que merecía el pecado, para que manifestara “su justicia” (Ro. 3:25). “con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26). Por lo tanto, Dios es justo al ser misericordioso en el evangelio.

LA GRACIA DEL EVANGELIO ES EL BASAMENTO DE TODA BUENA PROMESA

De dicho acto medular de gracia del evangelio fluye un caudaloso río de bendiciones misericordiosas del evangelio. El llamado de Dios que nos despertó de nuestro sueño de muerte plagado de pecado fue obra de la gracia. Dios nos “*llamó con llamamiento santo*, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y *la gracia*” (2 Ti. 1:9). Nosotros respondimos conforme a la fe, no porque nuestra voluntad fuera dócil por naturaleza, sino que creímos porque la gracia de Dios nos permitió creer. “*Por gracia* sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8). “Pero *la gracia* de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1 Ti. 1:14). De cuando Apolos trabajó en Acaya, Lucas dice: “fue de gran provecho a los que *por la gracia*

habían creído” (Hch. 18:27). El que cualquiera de nosotros crea se debe a la magnífica obra de la gracia de Dios, la gracia que fue posible gracias a la sangre de Cristo. Y la gracia obtenida por la sangre es esencial para que las buenas nuevas sean buenas.

En presencia de dicho don misericordioso de fe, Dios nos *justifica* “por su gracia” (Ro. 3:24; Tit. 3:7), *perdona* nuestras ofensas “según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7), nos *salva* “por la gracia del Señor Jesús” (Hch. 15:11), hace “que abunde en vosotros toda gracia” por “*toda buena obra*” (2 Co. 9:8), hace que nos baste su gracia para todas nuestras debilidades (2 Co. 12:9), nos capacita “por la gracia de Dios” para trabajar *más* de lo que pensábamos que podíamos (1 Co. 15:10), nos concede “gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16) y nos da “consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2 Ts. 2:16) para que, al final “el nombre de nuestro Señor Jesucristo *sea glorificado* en vosotros, y *vosotros en él*, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:12).

En otras palabras, toda bendición que llega para redimir pecadores viene basada en la gracia de Dios y por el poder de ella. Por gracia, Dios envió al Hijo a morir y por su muerte tenemos todo lo que necesitamos para ser eternamente felices. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). El evangelio es la buena nueva de que como Dios no escatimó a Cristo, no escatimará esfuerzo omnipotente alguno para darnos todo lo que nos es bueno.

NADA BUENO EN EL EVANGELIO ES BUENO SIN EL BIEN DEFINITIVO Y SUPREMO: DIOS

Ya es hora de hurgar en la tesis del presente libro. La cuestión es que los preciosos sucesos y bendiciones del evangelio de los que he dado una idea general en el presente capítulo no son suficientes para hacer del evangelio buenas nuevas. Lo que hace que el evangelio sea una buena nueva inapelable y suprema no se ha mencionado aún. Vislumbramos algo al respecto en la sección acerca del Espíritu Santo cuando mencioné:

Cuando el Espíritu venga, será el Espíritu de Cristo. El Espíritu será para nosotros la presencia y la fuerza de Cristo mismo. La comunión de Cristo, prometida en el evangelio, ocurre por la presencia del Espíritu en nosotros... Lo que en un final hace del evangelio una buena nueva es el disfrute de la gloria de Dios en Cristo. El Espíritu Santo nos da la experiencia de dicho disfrute

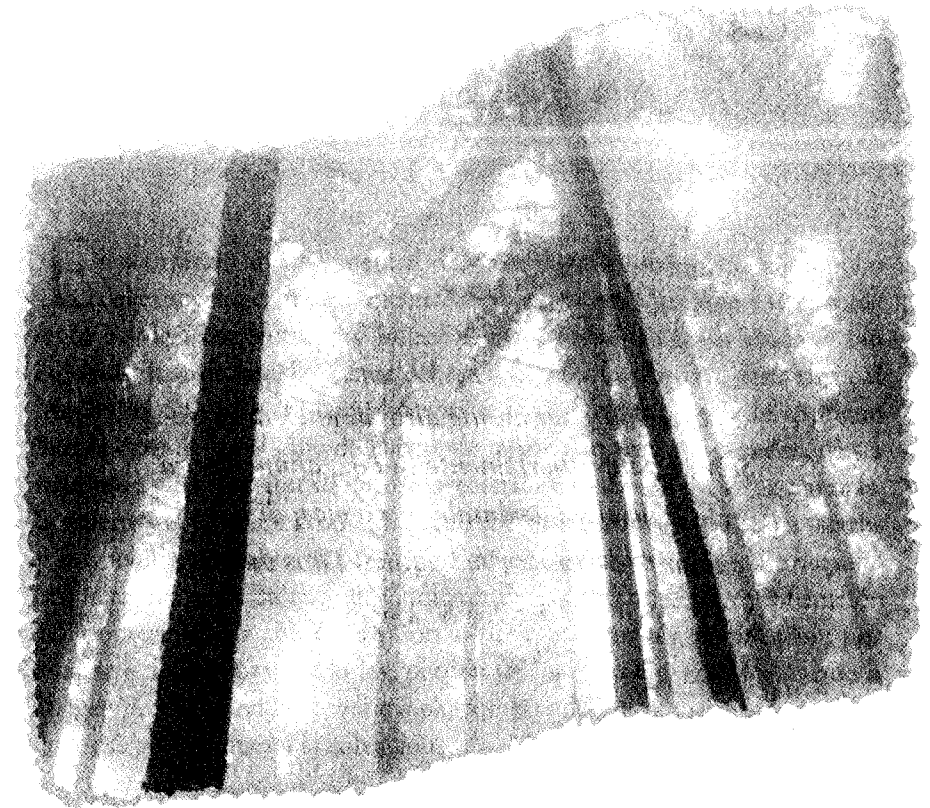
que hoy vivimos. Por consiguiente, la promesa del Espíritu en el evangelio es lo que le da carácter de buena nueva.

Otro breve vistazo tuvo lugar cuando hice la observación de que el evangelio nos da “buena *esperanza* por gracia” (2 Ts. 2:16) para que, al final “el nombre de nuestro Señor Jesucristo *sea glorificado en vosotros, y vosotros en él*, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:12).

Pero en su mayoría, las bondades que se mencionan en el presente capítulo como parte esencial del evangelio no son el bien supremo del evangelio y no serán en lo absoluto buenas nuevas para nosotros si no vemos y abrazamos el bien supremo que aún falta por mencionar. Dicho bien es ver y saborear a Dios mismo en toda su gloria. Concentrarse en las caras de un diamante sin apreciar su belleza como un todo resulta degradante para el diamante. Si los que escuchan el evangelio no ven la gloria de Cristo, la imagen de Dios, en todos los sucesos y dones del evangelio, no ven lo que hace finalmente del evangelio una buena nueva. Si usted abraza todo lo que ya mencioné en el presente capítulo con respecto de las facetas del evangelio pero lo hace de manera que la gloria de Dios en Cristo no representa su tesoro supremo, entonces usted no ha abrazado el evangelio.

Hasta que los *sucesos* del Viernes Santo, la Pascua de resurrección y las *promesas* de justificación y vida eterna lo lleven a contemplar y abrazar a *Dios mismo* como su mayor gozo, usted no ha abrazado el evangelio de Dios. Usted ha abrazado algunos de sus dones. Usted se ha regocijado con algunas de sus recompensas. Usted se ha maravillado ante algunos de sus milagros. Pero aún no se ha dado cuenta de por qué han llegado los dones, las recompensas y los milagros. Han llegado por un gran motivo: Que usted pueda contemplar para siempre la gloria de Dios en Cristo y que al contemplarla se convierta en la clase de persona que se deleita en Dios por sobre todas las cosas y que al deleitarse exteriorice su belleza y valía supremas con brillo y dicha por siempre crecientes.

Esto nos lleva al siguiente capítulo para hablar acerca del objetivo esencial del evangelio: El *bien* supremo que las *buenas* nuevas le ofrecen a usted. Su título debo mostrárselo ahora mediante las Escrituras.



EL EVANGELIO: “¡VED AQUÍ AL DIOS VUESTRO!”

*Súbete sobre un monte alto, anunciadora de
Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora
de Jerusalén; levántala, no temas; di a las
ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!*

ISAÍAS 40:9

En el capítulo anterior, desarrollamos el significado bíblico más amplio del evangelio cristiano. Incluía la existencia del Dios vivo y su entrada en la historia con autoridad imperial sobre todas las cosas como el tan esperado Rey de Israel y Señor del universo. Dicho Rey fue Jesucristo, el Mesías, el Salvador. Él cumplió con todas las expectativas del Antiguo Testamento de ser el Hijo de David, de morir por nuestros pecados, de ser enterrado y de resucitar de entre los muertos triunfando así sobre Satanás, la muerte y el infierno. Prometió que su propio Espíritu estaría con nosotros y nos ayudaría. Sobre la base de su muerte y resurrección, el evangelio promete una gran salvación: Curación de las enfermedades y liberación de la opresión, paz con Dios y con los demás creyentes, justificación por fe aparte de las obras de la ley, perdón de los pecados, transformación a imagen de Cristo, vida eterna e inclusión mundial para todas las personas de todas las naciones a la salvación.

CRISTO SUFRIÓ PARA LLEARNOS A DIOS

Ya demostramos que el bien mayor y supremo del evangelio no fue incluido en la serie de dones del evangelio. Mi tarea en el presente libro es dejar tan claro como me sea posible que los predicadores pueden predicar acerca de los grandes aspectos del evangelio y sin embargo, nunca guiar a las personas al objetivo del evangelio. Los predicadores pueden decir docenas de cosas verdaderas y maravillosas acerca del evangelio y no guiar a las personas adonde el evangelio guía. Las personas pueden oír predicar el evangelio o leerlo en la Biblia y no ver el objetivo del evangelio que hace que las buenas nuevas sean buenas.

Lo que hace que el Viernes Santo, la Pascua de resurrección y todas las promesas que se nos aseguran sean buenas nuevas, es que nos guían a Dios. “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, *para llevarnos a Dios...*” (1 P. 3:18). Y cuando lleguemos allí, será Dios mismo quien satisfará para siempre nuestras almas. Todo lo demás en el evangelio está destinado a mostrar la gloria de Dios y quitar todo obstáculo en Él (como su ira) y en nosotros (como nuestra rebelión) para que podamos disfrutar de Él para siempre. Dios es el evangelio. Es decir, Él es quien hace que las buenas nuevas sean buenas. Nada de menor envergadura puede hacer que el evangelio sea una buena nueva. Dios es el más elevado y supremo don que hace que las buenas nuevas sean buenas. Hasta que las personas no utilicen el evangelio para llegar a Dios, lo estarán utilizando incorrectamente.

LA JUSTIFICACIÓN SE ENCARGA DE NUESTRO MAYOR PROBLEMA

Antes de extendernos en el apoyo que nos brinda la Biblia para dicha afirmación, permítame intentar mostrarle como incluso algunas de las caras más brillantes del diamante del evangelio pueden llamarnos tanto la atención que no vemos la gloria de Dios que se refleja en todo el diamante mismo.

La justificación, por ejemplo. Pocas facetas del evangelio me resultan más preciadas. Yo escribí todo un libro para demostrar por qué dicha doctrina constituye el corazón del evangelio y por qué esta incluye la imputación de la justicia de Cristo sobre nosotros solo por fe, aparte de las obras de la ley.¹ No entraré a analizar dicha defensa aquí excepto para citar algunas opiniones probadas. Por ejemplo, G. C. Berkouwer escribió: “La confesión de la justificación divina toca la vida del hombre en su corazón, en el punto de su relación con Dios. Define la predicación de la iglesia, la existencia y progreso de la vida de fe, la raíz de la seguridad humana y las perspectivas del hombre para el futuro”.²

La necesidad fundamental del hombre que aborda el evangelio es planteada por el don de la justificación. No nos encontramos meramente alienados de Dios, sino que la ira de Dios está sobre nosotros (Jn. 3:36; Ro. 1:18; 5:9; Gá. 3:10). Esto significa que lo que debemos cambiar es,

¹ John Piper, *Counted Righteous in Christ: Should We Abandon the Imputation of Christ's Righteousness?* [Contado como justo en Cristo: ¿Debemos abandonar la imputación de la justificación de Cristo?] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2002).

² G. C. Berkouwer, *Faith and Justification* [Fe y justificación] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1954), 17.

fundamentalmente, la ira de Dios hacia nosotros debido a nuestro pecado que deshonra a Dios (Ro. 3:23). No podemos cambiar a Dios. No podemos ni pagar nuestra propia deuda. “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate” (Sal. 49:7). Por consiguiente, en su gran misericordia, Dios intervino y puso a Cristo como propiciación de la propia ira de Dios (Ro. 3:25). Cristo asumió la maldición que nosotros merecíamos (Gá. 3:13). “quién llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero...” (1 P. 2:24).

EL GRAN INTERCAMBIO

Pero no solo nuestros pecados se le imputarán a Él, su justicia se nos imputará a nosotros. A lo anterior se le llama “el gran intercambio”. Por ejemplo, J. I. Packer plantea: “El juez declara a los pecadores culpables, inmunes al castigo y justos a su vista. El *gran intercambio* no es una ficción legal, no es una pretensión arbitraria, no es un mero juego de palabras de parte de Dios, sino un costoso logro”.³ El planteamiento bíblico de “el gran intercambio” es 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Así, la justificación tiene las dos siguientes aristas: La supresión del pecado porque Cristo asume nuestra maldición y la imputación de la justicia porque estamos en Cristo y su justicia se cuenta como nuestra.⁴ Asimismo, Calvino define la justificación como: “La aceptación con la que Dios nos recibe en su favor como hombres justos. Y decimos que consiste en la remisión de los pecados y la imputación de la justicia de Cristo”.⁵ De igual forma, Lutero (quien llamó a la doctrina de la justificación la creencia que determina si la iglesia ha de mantenerse o caer⁶) afirmó los dos siguientes aspectos de la justificación: “Cristo asumió todos los pecados y por ellos murió en la cruz” y “son justos porque creen en Cristo, cuya justeza los cubre y se les ha imputado”.⁷

³ J. I. Packer, “Justification in Protestant Theology” [La justificación en la teología protestante], en *Honoring the People of God, the Collected Shorter Writings of J. I. Packer* [Honrando al pueblo de Dios, la colección de escritos cortos de J. I. Packer], 4 tomos. (Carlisle, Cumbria, UK: Paternoster, 1999), 4:227. Cursivas añadidas.

⁴ Defender esta afirmación fue la esencia del libro anteriormente citado: John Piper, *Counted Righteous in Christ* [Contado como justo en Cristo].

⁵ Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion* [Institución de la religión cristiana], 2 tomos., ed. John T. McNeill, trad. Ford Lewis Battles (Filadelfia: Westminster Press, 1960), 1:727 (III.11.2).

⁶ Citado en Packer, “Justification in Protestant Theology” [La justificación en la teología protestante], 19.

⁷ Citado en *Ibid.*, 225-226.

LA JUSTIFICACIÓN ES EL CORAZÓN DEL EVANGELIO, NO SU MÁS ELEVADO BIEN

Por consiguiente, los protestantes han considerado la doctrina de la justificación (solo por gracia, solo por medio de la fe, solo sobre la base de la justicia y la sangre de Cristo, solo por la gloria de Dios, solo como nos lo enseñan las Escrituras con autoridad definitiva) como “el corazón del evangelio bíblico”.⁸ Yo concuerdo con dicho juicio. Me estremezco de llamar a la justificación el corazón del evangelio. Pero el lenguaje figurativo (como “corazón” y “centro”) es ambiguo. ¿Qué significa? Con “corazón” quiero decir que la justificación aborda el problema principal entre Dios y el hombre de la manera más directa (ver arriba) y se convierte, por consiguiente, en la fuente sustentadora de todos los demás beneficios de evangelio.

Esto da pie a la pregunta clave del presente libro: ¿Por qué es la justificación una buena nueva? ¿Qué tiene de bueno ser justificado solo por fe? O, de manera más amplia: ¿Por qué es el evangelio, que tiene como centro la justificación por fe, una buena nueva? Rara vez se formula esta pregunta hoy día porque ser perdonados por nuestros pecados, ser hallados inocentes en la corte de delitos capitales y justos ante un Dios santo resulta en un estado tan evidente de alegría que hasta parecería una impertinencia preguntar por qué es una buena nueva.

Pero yo creo que debemos formular la pregunta con énfasis porque la respuesta es infinitamente importante. Debería exigirse a todos que respondieran la siguiente pregunta: “¿Por qué le resulta una buena nueva que sus pecados sean perdonados?” “¿Por qué le resulta una buena nueva comparecer como justo en la corte del Juez del universo?” La razón por la que hay que preguntarlo es que hay respuestas al parecer bíblicas que ignoran por completo el don de Dios mismo. Una persona puede responder: “Ser perdonado es la buena nueva porque yo no quiero ir al infierno”. Otro puede responder: “Ser perdonado es la buena nueva porque tener la conciencia sucia es algo horrible y siento gran alivio cuando creo que mis pecados son perdonados”. Otro: “Yo quiero ir al cielo”. Pero entonces debemos preguntar *por qué* quieren ir al cielo. Puede que respondan: “Porque la alternativa es dolorosa”. O: “Porque mi difunta esposa está

⁸ “El corazón del evangelio bíblico fue [para los reformadores] el regalo de Dios del don de la justicia y la justificación. Aquí estaba la suma y sustancia de esa *sola fide—sola gratia—solo Christo—sola Scriptura—soli Deo gloria*, lo cual fue tema continuo de sus proclamaciones, polémicas, alabanzas y oraciones”. *Ibid.*, 219.

allí”. O: “Porque habrá un cielo nuevo y una tierra nueva donde finalmente habrá justicia y belleza por doquier”.

¿Qué tienen de erróneo dichas respuestas? Es cierto que nadie debería querer ir al infierno. Es verdad que el perdón alivia los remordimientos. En el cielo, se nos devolverá a los seres queridos que murieron en Cristo y escaparemos del dolor del infierno y disfrutaremos de la justicia y la belleza de la nueva tierra. Todo esto es cierto. ¿Qué tienen entonces las respuestas de erróneo? El error en dichas respuestas es que no consideran a Dios el bien supremo y más elevado del evangelio. No expresan el deseo supremo de estar con Dios. Ni siquiera mencionan a Dios. Solo sus dones se mencionan. Estos dones son valiosísimos pero no son Dios y no constituyen el evangelio si no se valora a Dios mismo como el don supremo del evangelio. Es decir, si no se valora a Dios como el don esencial del evangelio, ninguno de los dones será evangelio ni buenas nuevas. Si se valora a Dios como el don supremo e invaluable del evangelio, también se disfrutará de todos los demás dones menores.

La justificación no es un fin en sí misma. No es perdón de pecados ni imputación de justicia. No es escapar del infierno ni entrar al cielo ni librarse de enfermedades ni liberación de la esclavitud ni vida eterna ni justicia ni misericordia ni los encantos de un mundo sin dolor. Ninguna de dichas caras del evangelio-diamante es el bien principal ni la meta más elevada del evangelio. Solamente es una: Contemplar y deleitarse en Dios mismo, siendo cambiado a imagen de su Hijo para que nos deleitemos y mostremos más y más la belleza y la valía infinitas de Dios.⁹

¿POR QUÉ QUIERO QUE ME PERDONEN?

Pongo a su consideración un ejemplo de lo que quiero decir. Suponga que me levanto en la mañana y mientras voy camino al baño tropieza con un bulto de ropa sucia que mi esposa dejó en medio del pasillo. En vez de sencillamente mover yo mismo el bulto de ropa sucia y pensar lo mejor de ella, reacciono de manera exagerada e insulto a mi esposa justo cuando se está levantando. Ella se levanta, aparta el bulto de ropa sucia y camina escaleras abajo delante de mí. Me doy cuenta por el silencio y mi propia conciencia que nuestra relación está en serios problemas.

Mientras bajo las escaleras, mi conciencia me condena. Sí, el bulto de ropa sucia no debió haber estado ahí. Sí, pude haberme roto el cuello.

⁹ Vea el capítulo 11 para la explicación de la relación entre la meta de contemplar a Dios y la meta de ser como Dios.

Pero esos pensamientos son sencillamente las palabras de la carne que se defiende. La verdad es que mis palabras se pasaron de la raya. No solo los insultos fueron exagerados en relación con la falta, sino que la Biblia me dice que la pase por alto. “¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?” (1 Co. 6:7).

Así, al entrar a la cocina, hay frialdad en el ambiente. La espalda de mi esposa ostensiblemente se encuentra en dirección mía, mientras ella parece trabajar en algo de la cocina. ¿Qué ha de suceder ahora? La respuesta es clara: Tengo que disculparme y pedir perdón. Ese sería el momento apropiado para hacerlo. Pero he aquí la analogía: ¿Por qué quiero que ella me perdone? ¿Para que me prepare mi desayuno favorito? ¿Para que mi sentimiento de culpa desaparezca y yo pueda concentrarme hoy en mi trabajo? ¿Para que me complazca en la cama esta noche? ¿Para que los niños no nos vean disgustados? ¿Para que ella reconozca por fin que el bulto de ropa sucia no debería haber estado allí?

Puede que cada uno de esos deseos se haga realidad pero todos son motivos imperfectos por querer que ella me perdone. Lo que falta por añadir es lo siguiente: Quiero que me perdone para recobrar la dulce unión con mi esposa. Ella es la razón por la que quiero que me perdone. Quiero que la relación vuelva a ser la de antes. El perdón es sencillamente una manera de quitar obstáculos del camino para poder mirarnos el uno al otro con alegría.

¿SERÍA USTED FELIZ EN EL CIELO SI DIOS NO ESTUVIERA ALLÍ?

Mi tesis en el presente libro es que todos los sucesos salvadores y todas las bendiciones salvadoras del evangelio son medios para quitar obstáculos del camino para que podamos conocer y disfrutar de Dios más plenamente. Propiciación, redención, perdón, imputación, santificación, liberación, curación, cielo: Ninguno de ellos constituye una buena nueva excepto porque nos llevan a Dios para que disfrutemos de Él eternamente. Si creemos que todas las cosas que se mencionaron anteriormente nos han sucedido pero no las abrazamos para poder acercarnos a Dios, no nos han sucedido. Cristo no murió para perdonar pecadores que valoran cualquier cosa por encima de contemplar y deleitarse en Dios. Las personas que se sentirían felices en el cielo si Cristo no estuviera allí, no estarán allí. El evangelio no es una vía para llevar a las personas al cielo, es una vía para llevar a las personas a Dios. El evangelio es una forma de sortear todo obstáculo para el gozo eterno en Dios. Si no queremos a Dios por encima de todas las cosas, el evangelio no nos ha convertido.

¿CUÁL ES EL BIEN SUPREMO QUE HACE QUE EL EVANGELIO SEA UNA BUENA NUEVA?

Ahora veamos los fundamentos bíblicos de esta verdad. Ya analizamos la amplia definición bíblica de evangelio y hemos centrado la atención en el corazón del evangelio en justificación. Ahora debemos preguntar: ¿Cuál es el bien supremo del evangelio? ¿Cuál es su fin? ¿Qué bien supremo hace que los demás aspectos del evangelio sean buenas nuevas?

Para esto, debemos primero dirigirnos al Antiguo Testamento, a la gran declaración del evangelio que aparece en Isaías 40:9: “Súbete sobre un monte alto, anunciadora [ὁ εὐαγγελιζόμενος, LXX] de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora [ὁ εὐαγγελιζόμενος, LXX] de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: *¡Ved aquí al Dios vuestro!*”.

LA GRAN AÑORANZA DEL EVANGELIO: MUÉSTRAME TU GLORIA

El bien supremo fue posible por medio de la muerte y resurrección de Cristo y se ofrece en el evangelio: “¿Ved aquí al Dios vuestro!” Moisés había rogado por dicho don mientras luchaba por la presencia de Dios, por el viaje a la Tierra Prometida. Moisés dijo: “Te ruego que me *muestrés tu gloria*” (Éx. 33:18). El rey David expresó la singularidad de dicha bendición en el Salmo 27: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar *la hermosura de Jehová*, y para inquirir en su templo... Mi corazón ha dicho de ti: Buscad *mi rostro*. *Tu rostro* buscaré, oh Jehová” (vv. 4, 8). El recuerdo de los encuentros con Dios sostiene a David en medio de su aflicción: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, *para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario*” (Sal. 63:1-2).

Sabemos que ver a Dios es imposible en dos sentidos: *Moralmente*, no somos lo bastante buenos en nuestra condición de caídos y seríamos consumidos en el fuego de su santidad si lo viéramos plenamente como en realidad es. Por eso fue que Dios le mostró a Moisés sus “espaldas” y no su rostro: “...No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éx. 33:20). Así, Dios puso a Moisés en una roca, pasó y dijo: “Verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” (v. 23).

Pero no nos resulta imposible ver a Dios solo debido a nuestra condición moral, sino también porque Él es Dios y nosotros no. Ese parece ser el significado de 1 Timoteo 6:16: “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede

ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén”. Los seres que fueron creados no pueden sencillamente mirar a su creador y verlo como en realidad es.¹⁰

Por consiguiente, la contemplación de Dios en el Antiguo Testamento se realizaba por mediación. Había algo que se interponía. Dios se revelaba a sí mismo en acciones (Sal. 77:11-13) y visiones (p. ej., Ez. 1:28) y la naturaleza (Sal. 19:1) y ángeles (Jue. 13:21-22) y en especial, por su palabra: “Y Jehová volvió a *aparecer* en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo *por la palabra de Jehová*” (1 S. 3:21).

LA GLORIA DEL SEÑOR SERÁ REVALADA EN JESUCRISTO

Pero llegará el día en que la gloria del Señor sea revelada y vista de una nueva forma. Esa era la mayor esperanza y expectativa del Antiguo Testamento. “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará *la gloria de Jehová*, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado” (Is. 40:3-5). “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y *la gloria de Jehová* ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento” (Is. 60:1-3). “Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos; tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas; y vendrán, y *verán mi gloria*” (Is. 66:18).

El día comenzó con la llegada de Jesús. Él era la Palabra de Dios y era verdaderamente Dios y era la encarnación de la gloria de Dios. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y *vimos su gloria*, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:1, 14). Cuando llevó a cabo los milagros, la gloria que vieron las personas si creyeron fue la gloria de Dios. Jesús dijo a Marta justo antes de resucitar a

¹⁰ He tomado los pasajes de las Escrituras que parecen ser excepciones de esto (por ejemplo Génesis 32:30: “Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”) como declaraciones de acuerdo con Salmo 27:4, 8 donde contemplar la faz de Dios significa ver reflejos y evidencias de su brillantez y valía. Algunos de estos reflejos de Dios son tan extraordinarios que los testigos hablan de ver a Dios mismo pero no tenemos por que pensar que ellos quieren decir sin mediador alguno. John Sailhamer comenta acerca de Génesis 32:30: “La observación de Jacobo no significa necesariamente que el ‘varón’ con el cual Jacobo luchó fue efectivamente Dios. Preferiblemente, como en otras declaraciones semejantes (p. ej., Jue. 13:22), cuando alguien ve al ‘ángel de Jehová’, sería apropiado decir que vio la faz de Dios”. El Génesis, en *The Expositor's Bible Commentary* [El comentario bíblico del expositor], 12 tomos, ed. Frank E. Gaebelein (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1990), 1:210.

su hermano Lázaro de entre los muertos: “... ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40).

VIMOS MÁS DE DIOS DE LO QUE LOS PROFETAS SOÑARON

La gloria del Señor se ha alzado sobre el mundo de manera más plena y maravillosa de lo que se imaginaron los profetas. Ellos sabían que el Mesías llegaría y que pondría de manifiesto la justeza y la fidelidad de Dios como nunca antes pero no podían ver claramente,¹¹ como podemos ver nosotros, que en Jesús “...habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9), que Él es en el Padre y el Padre es en Él y que los dos son uno solo (Jn. 10:30, 38). Ellos se hubieran quedado sin habla si hubieran oído a Jesús decirle a Felipe: “...¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Jn. 14:9) o de escuchar a Jesús decir las sencillas e impresionantes palabras: “...Antes que Abraham fuese, yo soy” (Jn. 8:58).

Por eso el apóstol Pablo llamó a Jesús: “...Cristo, el cual es *Dios sobre todas las cosas*, bendito por los siglos...” (Ro. 9:5) y por eso describió a Cristo en su encarnación como “*en forma de Dios*” (Fil. 2:6).¹² Pero Jesús “no estimó el ser *igual a Dios* como cosa a que aferrarse”. Es decir, Él no se aferró a todas sus manifestaciones para evitarse la humillación de la encarnación. En vez, estuvo dispuesto a dejar a un lado las manifestaciones externas de deidad y tomar la forma de un siervo y nacer a similitud de los hombres (Fil. 2:6-7). Por eso Pablo describió a la segunda venida de Jesús como “la manifestación gloriosa de *nuestro gran Dios* y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13).

Por eso es que encontramos en el libro de Hebreos las increíbles palabras acerca de Jesús: “Mas del Hijo dice: Tu trono, *oh Dios*, por el siglo del siglo... Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (He. 1:8, 10). Podemos concluir, a partir de estas y

¹¹ Primera Pedro 1:10-11 dice: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos”.

¹² Siendo “en forma de Dios” (ἐν μορφῇ θεοῦ) no significa que lo sea solamente en “forma” de Dios y por lo tanto, no verdaderamente Dios. “Forma” (μορφή) adquiere su significado de la siguiente frase: “ser igual a Dios” (ἴσα θεῷ) y de su contraparte humano en el idioma en Filipenses 2:7: “tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (μορφήν δούλου λαβών, ἐν ὁμοιώματι ἀνθρώπων). El paralelismo lingüístico es para mostrar que Cristo fue realmente hombre y realmente Dios. Vea uno de los estudios más exhaustivos de este importantísimo texto, Ralph P. Martin, *CARMEN CHRISTI: Philippians 2:5-11 in Recent Interpretation and in the Setting of Early Christian Worship* [CARMEN CHRISTI: Filipenses 2:5-11 en la interpretación reciente y en la antigua adoración cristiana] (Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, 1967).

otras palabras acerca de Jesús, que finalmente había llegado la hora en que Dios se revelaría de una manera en que nadie había soñado: Dios mismo, el Hijo divino, se convertiría en hombre, y los seres humanos verían la gloria de Dios de una manera en que no la habían visto antes. Anteriormente, la Biblia dice que: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo *el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia*, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...” (He. 1:1-3). Cuando vemos a Jesús, vemos la gloria de Dios como en ninguna otra manifestación.¹³

LA EXCELENCIA DE CRISTO QUE NO TODOS VIERON

Por supuesto, hubo muchos que vieron a Jesús y no vieron la gloria de Dios. Vieron a un glotón, un borracho (Mt. 11:19). Vieron a Beelzebú, el príncipe de los demonios (Mt. 10:25; 12:24). Vieron a un impostor (Mt. 27:63). “Viendo no ven, y oyendo no oyen” (Mt. 13:13). La gloria de Dios en la vida y ministerio de Jesús no fue la gloria cegadora que veremos cuando Él venga por segunda vez con el “rostro... como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Ap. 1:16; cp. Lc. 9:29). Su gloria, en la primera venida, fue el exquisito e incomparable despliegue de perfección espiritual, moral, intelectual, verbal y práctica que se puso de manifiesto en una especie de obra milagrosa humilde y una enseñanza irrefutable y actos de humildad que separaron a Jesús de todos los hombres.¹⁴

Lo que intento señalar es que la gloria de Cristo, cuando Él apareció entre nosotros, no consistía en uno u otro atributo ni en una u otra acción,

¹³ Cuando la Biblia dice que: “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Sal. 19:1), se refiere a algo esencialmente diferente a cuando dice que Cristo es la luminosidad de la gloria de Dios. En ninguna parte la Biblia dice o sugiere que la naturaleza es Dios. Pero con frecuencia la Biblia dice y muestra que Jesús es Dios.

¹⁴ En su comentario acerca del convencimiento de Pedro en la fe tras haber visto la gloria exterior de Cristo en el monte de la transfiguración (Mt. 17:1-9), donde Pedro dice: “habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 P. 1:16), Jonathan Edwards explica la diferencia entre esta “gloria exterior” y la “gloria espiritual” que uno ve con los ojos del corazón: “Si una visión de la gloria exterior de Cristo podría dar un convencimiento racional de su divinidad, ¿por qué no puede una aprehensión de su gloria espiritual hacerlo también? La indudable gloria espiritual de Cristo es en sí misma tal distintiva y tan clara mostrando su divinidad, como su gloria exterior; y aún mucho más: Porque su gloria espiritual es aquella en la cual consiste su divinidad; y la gloria exterior de su transfiguración mostró que era divino solo como una imagen o representación extraordinaria de esa gloria espiritual. Indudablemente, por lo tanto, aquel que haya tenido una clara visión de la gloria espiritual de Cristo, puede decir: ‘No he seguido fábulas artificiosas, sino que he visto con mis propios ojos su majestad’, con tan buen fundamento para esto como los apóstoles, cuando la tenga, respecto a la gloria exterior de Cristo, la cual ha visto”. “A Divine and Supernatural Light [Una luz sobrenatural y divina]”, en “Sermons and Discourses” [Sermones y discursos], 1730-1733, en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 17, ed. Mark Valeri (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1999), 419.

sino en lo que Jonathan Edwards llamó: “Una conjunción admirable de diversas excelencias”.¹⁵ En un sermón titulado “La excelencia de Cristo”, Edwards hace suyo el texto Apocalipsis 5:5-6 donde se compara a Cristo con un león y un cordero. Su tesis planteaba que la gloria única de Cristo consistía en que dichas diversas excelencias (león y cordero) se unían en Él. Dichas excelencias son tan diversas que “nos hubieran parecido completamente incompatibles en un mismo sujeto”.¹⁶ En otras palabras:

- Lo admiramos por su gloria, pero aún más porque su gloria está mezclada con humildad;
- Lo admiramos por su trascendencia, pero aún más porque su trascendencia viene acompañada de condescendencia;
- Lo admiramos por su justicia intransigente, pero aún más porque la misericordia la atenúa;
- Lo admiramos por su majestuosidad, pero aún más porque es una majestuosidad en mansedumbre;
- Lo admiramos por su igualdad con Dios, pero aún más porque, a pesar de ser igual de Dios, muestra por Dios una profunda reverencia;
- Lo admiramos por cuán merecedor fue de todo bien, pero aún más porque a esto le acompañaba una asombrosa paciencia para sufrir el mal;
- Lo admiramos por su dominio soberano sobre el mundo, pero aún más porque dicho dominio estaba cubierto con un espíritu de obediencia y sumisión;
- Amamos la manera en que dejó perplejos con su sabiduría a los orgullosos escribas y lo amamos aún más porque podía ser tan sencillo como para que le agradasen los niños y pasar tiempo con ellos;
- Y lo admiramos porque podía aquietar la tormenta pero aún más porque rehusó hacer uso de dicho poder para atacar a los samaritanos con un rayo (Lc. 9:54-55) y rehusó hacer uso de él para librarse de la cruz.

La lista es interminable pero hasta aquí es suficiente para ilustrar que la belleza y la excelencia en Cristo no son cosas sencillas. Son complejas. Es agrupar cualidades en extremo diversas en una sola persona con proporción y equilibrio perfectos. Eso hace de Cristo alguien excepcionalmente

¹⁵ Jonathan Edwards, “The Excellency of Christ” [La excelencia de Cristo], en “Sermons And Discourses” [Sermones y discursos], 1734-1738, en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 19, ed. M. X. Lesser (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2001), 565.

¹⁶ *Ibid.*

glorioso, excelente y admirable. El corazón humano fue concebido para asombrarse ante tan suprema excelencia. Fuimos concebidos para admirar a Jesucristo, el Hijo de Dios.

VIENDO, NO VIERON PORQUE AMABAN LA GLORIA DE LOS HOMBRES

Pero no todos vieron. A pesar de tener ojos, algunos no vieron. Pero los que tuvieron ojos para ver, vieron la gloria de Dios cuando Cristo estuvo en la tierra. Jesús dijo que solo los que crean podrán ver su gloria. Por ejemplo, cuando Marta se preocupó si Jesús resucitaría o no a su hermano muerto de entre los muertos, Él le dijo: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40). Algunos vieron a Lázaro resucitar de entre los muertos pero no vieron la gloria de Dios.¹⁷ “Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. *Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho*” (Jn. 11:45-46).¹⁸

La gloria de Dios no es sinónimo de poder puro. La gloria es la belleza divina de sus múltiples perfecciones y para verla hace falta un cambio de actitud. Jesús lo deja bien claro cuando pregunta: “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Jn. 5:44). La condición egocéntrica de los corazones humanos no puede creer porque no pueden ver la belleza espiritual. No es una discapacidad física que no les permita actuar incluso si tuvieran el deseo. Es una discapacidad moral porque están tan ensimismados que son incapaces de ver algo que condenaría su orgullo y les daría alegría al admirar a otro. Por eso es que para ver la gloria espiritual de Cristo hace falta un profundo cambio espiritual.

NO PODRÁ VER A MENOS QUE VUELVA A NACER

Así, cuando los discípulos ven la gloria de Cristo y creen en Él, Jesús dice: “bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos,

¹⁷ “El verdadero significado de lo que Él haría es solamente accesible a la fe. Todos allí, creyeran o no, verían el milagro. Pero Jesús le promete a Marta que vería la gloria”. Leon Morris, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1971), 560. “Lo que Él quería dar a entender era esto: que si Marta dejaba de preocuparse por el cuerpo y centraba su atención en Jesús, confiando en Él por completo (en su poder y en su amor), ella vería este milagro como una verdadera señal, una revelación y prueba de la gloria de Dios reflejada en el Hijo de Dios”. William Hendriksen, *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan], (Edimburgo: Banner of Truth, 1954), 158.

¹⁸ “Uno podría generosamente esperar que el motivo de al menos algunas de ellas fue convencer a los fariseos de la verdad pero el contraste que se establece entre los que creen y los que van con los fariseos da a entender que su intención era menos ingenua”. D. A. Carson, *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1991), 419.

porque oyen” (Mt. 13:16). Existe una obra de gracia especial —una bienaventuranza especial— que cambia nuestros corazones y nos permite contemplar la gloria espiritual. Cuando Pedro dijo a Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, había visto la gloria de Cristo y había creído. A esto, Jesús respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:16-17).

Eso fue lo que quiso decir Jesús cuando dijo: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3:6). Cuando renazcamos por el Espíritu de Dios, nuestros espíritus serán vivificados y podremos percibir la belleza espiritual que se autentica a sí misma en la persona y obra de Cristo.¹⁹

VER LA GLORIA DE CRISTO TIENE SUS ALTAS Y SUS BAJAS

La capacidad de ver la belleza espiritual no vacila. En nuestra comunión con Cristo hay altas y bajas. Hay momentos de visión borrosa, en especial si el pecado saca ventaja en nuestra vida por algún tiempo. “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). Sí, en nuestra realidad no es todo o nada. Hay grados de pureza y grados de visión. Solo cuando seamos perfeccionados en la era que está por venir, nuestra visión quedará totalmente nítida. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Co. 13:12).

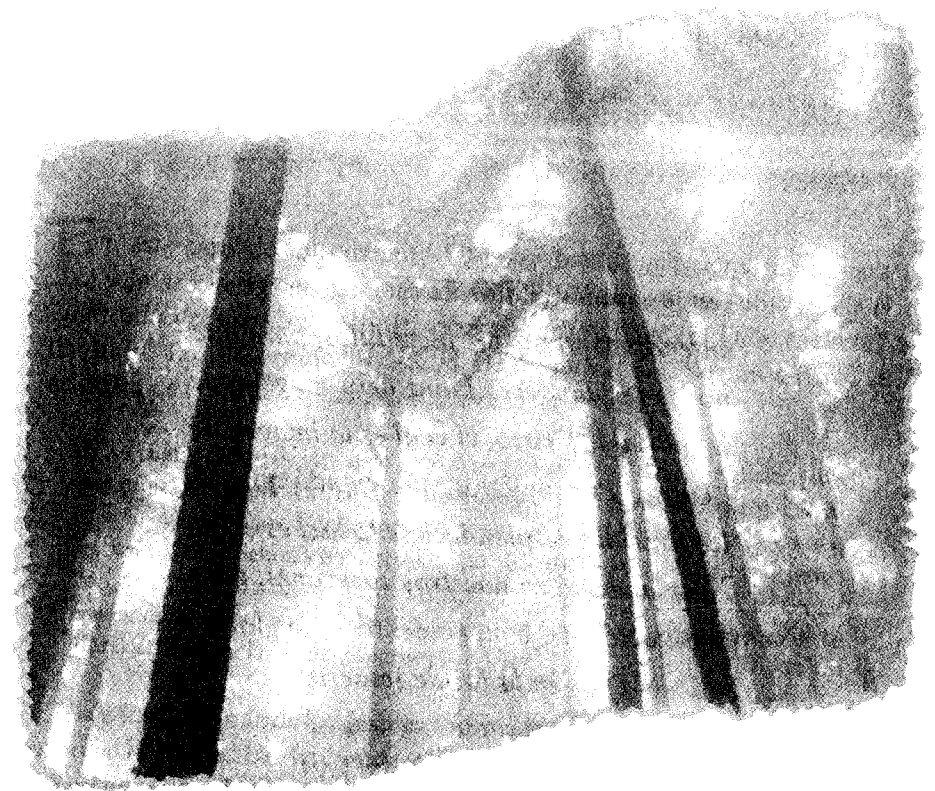
Por eso fue que Pablo oró de la manera en que lo hizo por los creyentes de Éfeso: “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Ef. 1:17-19). Fíjese en la distinción que hace Pablo entre los ojos de la cabeza y los ojos del corazón. Hay visión de corazón, no solo la visión de la cabeza, hay una visión espiritual y una visión física y lo que Él ansía

¹⁹ Textos adicionales que enseñan esta verdad incluye a Lucas 10:22: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”. Juan 6:44: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”. Juan 6:65: “ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre”. Hechos 13:48: “creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”.

que veamos es “la esperanza a que él os ha llamado”, “las riquezas de la gloria de su herencia” y “la supereminente grandeza de su poder”. En otras palabras, lo que Él quiere que veamos es la realidad espiritual y el valor de dichas cosas, no solo los hechos fríos que los incrédulos pueden leer y repetir. Ese no es el concepto de la visión espiritual. La visión espiritual consiste en ver las cosas espirituales como en realidad son. Es decir, verlas tan hermosas y valiosas como en realidad son.

EL MANDAMIENTO DE MAYOR MISERICORDIA Y MEJOR DON DEL EVANGELIO

El bien supremo del evangelio es contemplar y deleitarse en la belleza y valor de Dios. La ira de Dios y nuestro pecado obstruyen dicha visión y dicho placer. Usted no podrá contemplar y deleitarse en Dios como algo que le brinde satisfacción suprema si se encuentra lleno de rebeldía contra Él y Él está lleno de ira contra usted. El evangelio sirve para quitar dicha ira y rebeldía. El fin supremo del evangelio es mostrar la gloria de Dios y quitar cualquier obstáculo que nos dificulte contemplarla y deleitarnos en ella como nuestro mayor tesoro. “¡Ved aquí al Dios vuestro!” es el mandamiento de mayor misericordia y el mejor don del evangelio. Si no lo contemplamos y nos deleitamos en Él como nuestra mayor fortuna, no habremos obedecido ni creído en el evangelio. Hay un pasaje en la Biblia que lo deja aún más claro que ningún otro que hayamos analizado. Vamos a verlo.



EL EVANGELIO: LA GLORIA DE CRISTO, LA IMAGEN DE DIOS

en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios... Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

2 CORINTIOS 4:4-6

En este capítulo abordaremos el texto bíblico más importante para aclarar la tesis del presente libro. Es la manera en que Pablo revela el significado del mandamiento del evangelio: “¡Ved aquí al Dios vuestro!” (Is. 40:9). En 2 Corintios 4:4-6, al ver la gloria de Dios en Cristo, se identifica de manera explícita con el evangelio.

en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca¹ la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

La anterior es una de las descripciones más extraordinarias del evangelio en toda la Biblia. No hay nada parecido. Define el evangelio como “el evangelio de la gloria de Cristo” y dice que el evangelio de la gloria de Cristo emite una “luz”: “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”. Dice que Satanás no quiere que veamos dicha luz porque ver “la luz del evangelio de la gloria de Cristo” es lo que libera a las personas de su poder.

LIBERADOR DE LA OBRA CEGADORA DE SATANÁS

Compare la comisión que Cristo dio a Pablo al enviarlo como su apóstol. Cristo dice que envió a Pablo donde los gentiles para que estos abrieran

¹ Esta poco usual palabra con el sentido de “ver” (ἀνύσσει) se utiliza solamente aquí en el Nuevo Testamento. Puede querer decir “brillar”, “ser brillante” o “ver claramente”. En el contexto “ver claramente” es la traducción apropiada ya que el dios de este siglo ciega las mentes para que eso no suceda. Pero la ceguera no evita que una luz brille. Evita que la luz pueda verse.

sus ojos, para que se *convirtieran de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*; para que recibieran, por la fe que es en Él, perdón de pecados y herencia entre los santificados (Hch. 26:18). En otras palabras, en el ministerio del evangelio por medio de Pablo se abren los ojos de la ceguera espiritual, se ilumina el corazón, se rompe el poder de las tinieblas de Satanás, se despierta la fe, se reciben el perdón de los pecados y comienza la santificación.²

En 2 Corintios 4:7 Pablo se describe a sí mismo como un vaso de barro con un poderoso evangelio dentro: “Pero tenemos este tesoro [el evangelio de la gloria de Cristo] en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. Su ministerio no es para exaltarse a sí mismo. Dios se encarga de que Pablo no tenga mucho de que jactarse, incluso estando entre hombres. Las aflicciones y las debilidades abundan (4:8-18). Pero esto no constituye ningún obstáculo para que la luz del evangelio brille. “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (4:5).

¡SEA LA LUZ!

Dios usa frágiles vasijas de barro para llevar “el incomparable poder” de “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”. ¿Qué sucede cuando estas vasijas de barro predicán el evangelio y se ofrecen a sí mismas como siervas? El versículo 6 nos proporciona la respuesta: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. Esto significa que en el corazón oscuro y atribulado del incrédulo, Dios hace lo que hizo en la creación oscura y desordenada que al comienzo fue nuestro mundo. Él dijo: “Sea la luz” y fue la luz. Así, dice Él al corazón ciego en tinieblas: “Sea la luz” y es la luz en el corazón del pecador. En dicha luz vemos la gloria de Dios en la faz de Cristo.

² Seyoon Kim señala la similitud entre Hechos 26:16-18 y 2 Corintios 4:4-6 en *Paul and the New Perspective: Second Thoughts on the Origin of Paul's Gospel* [Pablo y la Nueva Perspectiva: Dudas acerca del origen del Evangelio de Pablo] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2002), 102 n. 4. Vea la tabla siguiente:

Hechos 26:16-18	2 Corintios 4:4-6
(1) llamamiento de Pablo	llamamiento de Pablo
(2) visión de Dios	visión de Dios
(3) existencia bajo Satanás	bajo “el dios de este siglo”
(4) [cegado—presupuesto]	cegado
(5) conversión a Dios (ἐπιστρέφειν)	[implícito: conversión a Dios; cp. 3:16-18 (ἐπιστρέφειν)]
(6) de las tinieblas a la luz	de las tinieblas a la luz

Observe los paralelismos entre los versículos 4 y 6:

<i>Versículo 4</i>	<i>Versículo 6</i>
el dios de este siglo cegó	Dios, que mandó
la luz	la luz
del evangelio de	del conocimiento
la gloria	de la gloria
de Cristo	de Dios
el cual es la imagen de Dios	en la faz de Jesucristo

En el versículo 4, Satanás ciega la mente; en el versículo 6 Dios manda a que resplandezca la luz en nuestros corazones. El versículo 4 describe el problema; el versículo 6 describe el remedio. Ambos versículos son descripciones de la condición de todas las personas antes de convertirse y de lo que sucede en la conversión que les proporciona la salvación. La relación entre 2 Corintios 4:4 y 6, más que ningún otro fragmento de la Biblia que yo conozca, arroja luz sobre el supremo significado de *buenas nuevas* en el término *buenas nuevas*.

EL EVANGELIO ES LA GLORIA DE CRISTO

Que quede claro que nos referíamos al *evangelio* en dichos versículos. El hecho de que Pablo no mencione los hechos de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo no significa que no les dé importancia. Continúan siendo el centro del evangelio. No puede haber evangelio sin la declaración de Cristo, que fue crucificado por los pecadores y resucitó de entre los muertos (1 Co. 15:1-4). Esto es lo que se interpreta del fragmento. Cuando Pablo habla del “evangelio de la gloria de Cristo”, se refiere a que los sucesos del evangelio son designio de Dios para revelar la gloria de Cristo. Esto no es suplemento del evangelio, le es esencial. El evangelio no sería una buena nueva si no revelara la gloria de Cristo para que pudiéramos contemplarla y deleitarnos en ella. Es la gloria de Cristo la que finalmente satisface nuestra alma. Fuimos hechos para Cristo y Cristo murió para quitar todo obstáculo que nos impida contemplar y deleitarnos en el tesoro que más satisface en todo el universo: Cristo, quien es la imagen de Dios.

El valor supremo de la gloria de Cristo que nos revela el evangelio es lo que hace que Satanás se enfurezca tanto con el evangelio. El principal interés de Satanás no es provocarnos sufrimiento. Su principal interés es hacer que Cristo quede mal. Él odia a Cristo y odia la gloria de Cristo. Él hará todo lo que esté a su alcance para impedir que las personas vean a

Cristo como alguien glorioso. El evangelio es el instrumento de Dios para liberar a las personas de exaltarse en sí mismos a exaltarse en Cristo. Por consiguiente, Satanás odia el evangelio.

LAS ESTRATEGIAS DE SATANÁS PARA SILENCIAR EL EVANGELIO

En 2 Corintios 4:4 dice que Satanás ciega a las personas para impedir que vean “la luz del *evangelio*” y cuenta con más de una forma para lograrlo. Una manera es evitar que se predique el evangelio. Lo logra desviando a muchos predicadores y misioneros de su ministerio. Puede que mueran o los envíen a prisión (Ap. 2:10) u olviden el ministerio (2 Ti. 4:10). O puede que abandonen la verdad y prediquen “un evangelio diferente” (Gá. 1:6-8; Hch. 20:30).

Pero en 2 Corintios 4:4 la manera en que Satanás impide que las personas vean “la luz del evangelio” no es impidiendo la predicación, sino evitando la percepción espiritual. Se escuchan las palabras del evangelio, se entienden los hechos pero no es “luz”. ¿Qué significa esto? Significa que las personas cegadas toman en consideración los hechos del evangelio pero no ven ninguna belleza espiritual que los cautive, ni tesoro ni nada preciado de forma suprema. Ven solo hechos. Puede que hasta estén de acuerdo con que los hechos históricos sean ciertos —Satanás de seguro también lo está— pero no tienen un “verdadero sentido de la excelencia divina de las cosas que se revelan en la Palabra de Dios ni una convicción de la verdad y la realidad que de ellas surgen”.³

La última cita es de Jonathan Edwards. Edwards ahondó acerca de esta espiritual “luz del evangelio” más que algún otro autor que haya leído. He aquí su descripción acerca de lo que Satanás impide en el versículo 4 y lo que Dios otorga en el versículo 6.

[Es] un sentido verdadero... de la excelencia de Dios y Jesucristo y de la obra de redención y las formas y obras de Dios que se revela en el evangelio. Son poseedores de una gloria divina y superlativa, una excelencia que es de un tipo infinitamente más elevado y de naturaleza más sublime, [y] una gloria que, con grandeza, los distingue de todo lo que es mundano y temporal. Aquel que es iluminado espiritualmente lo percibe y lo aprecia realmente. No cree que Dios es glorioso de manera meramente racional, sino que tiene un sentido de la gloria de Dios en su corazón.⁴

³ Jonathan Edwards, “A Divine and Supernatural Light” [Una luz sobrenatural y divina] en “Sermons and Discourses” [Sermones y discursos] 1730-1733, en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 17, ed. Mark Valeri (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1999), 413.

⁴ *Ibid.*

DEGUSTAR Y VER, PORQUE DEGUSTAR ES VER

Ver la “luz del evangelio de la gloria de Cristo” no resulta neutral. No se puede ver y después odiarla. No se puede ver y después rechazarla. Si uno clama haberla visto solo para rechazarla, la vio solo de la manera en que Satanás la ve y quiere que la veamos. En ese caso, nos encontramos aún bajo su poder cegador. La clase de visión que Satanás impide no es la visión neutral que lo coloca ante una comida ni le gusta ni le deja de gustar. El tipo de visión que Satanás anula (v. 4) y Dios crea (v. 6) se acerca más a la degustación espiritual que a la degustación racional.

Dicha clase de visión no es la inferencia circunstancial de que el fluido color carmelita que se encuentra en la botella con el panal dentro debe ser miel. Esta visión es más bien un conocimiento inmediato de que es miel porque se untó un poco en la lengua. No existen argumentos que despierten la certeza de la dulzura. Eso significa ver la luz. Si usted está ciego, alguien puede convencerlo de que el sol brilla pero Pablo no se refiere a la persuasión. Cuando usted abre los ojos —es decir, cuando Dios dice: “Sea la luz”— la persuasión es de otro tipo. Eso mismo sucede al predicar el evangelio. Es lo que sucede cuando Dios obra con su poder de Creador sobre las tinieblas de los corazones humanos.

Jonathan Edwards nuevamente nos asiste para ver las cosas con más claridad:

Existe un doble entendimiento o conocimiento del bien, del que Dios ha hecho capaz a la mente humana. El primero es el que resulta meramente especulativo o nocional... El otro es el que consiste en las sensaciones del corazón: Como cuando se siente la belleza, la afabilidad o la dulzura de algo... Por lo tanto, no es lo mismo tener la opinión de que Dios es santo y misericordioso a tener la sensación del amor y la belleza de su santidad y gracia. No es lo mismo tener un juicio racional de que la miel es dulce a sentir su dulzura... Cuando el corazón es conciente de la belleza y la afabilidad de algo, necesariamente siente placer en su percepción... lo que es completamente diferente a tener una opinión racional de que es excelente.⁵

Guárdese de pensar que Edwards le da demasiada importancia a la visión espiritual. Dichos pensamientos no son invenciones, son producto de la meditación larga y seria sobre el significado de la palabra “luz” que aparece en 2 Corintios 4:4 y 6. Es la “luz del evangelio” y la “luz... del conocimiento”. Lo que ha de verse no son meras nuevas ni mero conocimiento. Lo que ha de verse es *luz*. Y la luz adquiere su carácter único

⁵ *Ibid.*, 414.

del hecho que el “evangelio... de gloria” y la luz del “conocimiento... de la gloria” son uno. La luz de la gloria de Cristo y la luz de la gloria de Dios son una sola luz. Al final, demostrarán que son una sola gloria. El razonamiento es el siguiente: La gloria de Dios en Cristo, que el evangelio revela, es una *luz* real y objetiva que debe verse espiritualmente para que sea la salvación. Si no se le ve —se degusta espiritualmente como gloriosa y preciosa—, Satanás continuará saliéndose con la suya y no habrá salvación.⁶

EL EVANGELIO REVELA UNA PERSONA GLORIOSA

Hay que tomar en cuenta, además, que Pablo habla aquí de que Cristo revela su gloria por medio del evangelio. Primero está Cristo, luego está la revelación de su gloria y luego está la revelación de su gloria por medio del evangelio. Reflexionemos acerca de cada uno de los tres pasos.

Primero está Cristo. La gloria a la que se hace referencia en 2 Corintios 4:4 no es una gloria vaga, impersonal como la gloria de la luz del sol, es la gloria de una *persona*. Pablo habla de “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”. El tesoro que contiene dicho texto no es la gloria *por si*, es *Cristo* en su gloria, es el glorioso *Cristo*. Él es el don supremo y tesoro del evangelio. El resto de las palabras y hechos son medios para ver a Jesucristo, verlo de manera que uno lo contemple y se deleite en Él simultáneamente.

Segundo está la revelación de la gloria: Cristo revela su *gloria* por medio del evangelio. Anteriormente (en el capítulo 3), vimos que su gloria, en la primera venida, fue un exquisito e incomparable despliegue de perfección espiritual, moral, intelectual, verbal y práctica que se puso de manifiesto en una especie de obra milagrosa humilde y una enseñanza irrefutable y actos de humildad que separaron a Jesús de todos los hombres. Cada una de las obras, palabras y actitudes de Jesús fue gloriosa pero es la manera en que todas se juntan en hermosa suma —yo lo llamo despliegue exquisito— lo que constituye su gloria.

Sin embargo, el clímax de la gloria de su vida en la tierra fue la manera en que esta terminó. Fue como si todos los colores más oscuros del espectro de la gloria se juntaran en la más hermosa puesta de sol en el Viernes Santo con el Cristo crucificado como un sol de rojo sangre en el cielo carmesí. Y fue como si todos los colores más brillantes del espectro de la gloria se juntaran en el más hermoso amanecer en la mañana de Pascua con el

⁶ En el Nuevo Testamento, una de las formas de distinguir a los que perecen de los que son salvos es por el hecho de que ellos no han “visto” a Dios. Por ejemplo, 1 Juan 3:6 b: “todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”. Y 3 Juan 11: “El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios”.

Cristo resucitado como un resplandeciente sol dorado en toda su fuerza. La gloria de la puesta de sol y la gloria del amanecer resplandecieron en el horizonte de toda una vida de amor incomparable y maravilloso. Eso fue lo que Pablo quiso decir en 2 Corintios 4:4 cuando habló de “la gloria de Cristo”. Es la gloria de una persona pero la persona muestra su gloria en palabras, acciones y sentimientos. La gloria no es la gloria de una pintura o siquiera una puesta de sol. Esas son solo analogías. Son demasiado estáticas y les falta vida.

La belleza espiritual de Cristo es Cristo en acción: Cristo amando, Cristo tocando leprosos, Cristo bendiciendo niños, curando a los cojos, resucitando muertos, dando órdenes a demonios, enseñando con autoridad inigualable, silenciando escépticos, reprendiendo a sus discípulos, prediciendo los detalles de su muerte, poniendo su rostro como un pedernal hacia Jerusalén, llorando por la ciudad, guardando silencio ante sus acusadores, siendo soberano humilde sobre Pilato (“Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” Jn. 19:11), siendo crucificado, orando por sus enemigos, perdonando al ladrón, cuidando de su madre que agonizaba, dando su espíritu en muerte y resucitando de entre los muertos: “Nadie me la quita, [la vida] sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”. (Jn. 10:18). Tal es la gloria de Cristo.

EL EVANGELIO ES LA REVELACIÓN DE LA GLORIA DE DIOS EN CRISTO

Tercero, es el evangelio: Cristo que revela su gloria *por medio del evangelio*. El evangelio es una buena nueva, es la proclamación de lo que sucedió. La primera generación de discípulos vio los acontecimientos con sus propios ojos pero para nosotros, desde entonces, la gloria de Cristo es mediada por la proclamación de ellos. La siguiente es la manera en que ellos dijeron que sucedería: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida ... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos” (1 Jn. 1:1-3).

La persona gloriosa que una vez caminó en la tierra permanece ahora oculta. Todas sus acciones decisivas están en el pasado invisible. No contamos con ningún vídeo ni grabación de Jesucristo en la tierra. Lo que nos relaciona con Cristo y su cruz y resurrección es la Palabra de Dios y su centro, el evangelio. “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya

presentado claramente entre vosotros como crucificado?” (Gá. 3:1). Dios ha ordenado que la verdad, la realidad de carne y hueso de Cristo, se porte a través de los siglos por medio de las Escrituras y su resplandeciente centro, el evangelio de Cristo crucificado y resucitado.

Así define Pablo el centro del evangelio: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras... fue sepultado y... resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3-4). Esos son los hechos indispensables del evangelio. Hay otras cosas incluso esenciales se infieren pero esas son las explícitas y esenciales.

Su muerte y resurrección están donde la gloria de Cristo resplandece con más fuerza. Hay gloria divina en la manera en que Jesús acogió su muerte y lo que logró con esto. Así, Pablo dice: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, *Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios*”. (1 Co. 1:23-24). “la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Co. 1:18). Para todo el que tenga ojos para ver, hay gloria divina en la muerte de Jesús.

Lo mismo sucede con la resurrección. Pablo dijo que cuando el cuerpo humano muere “Se siembra en deshonra” y cuando resucita, lo hace “en gloria” (1 Co. 15:43). Fue la gloria de Dios lo que resucitó a Jesús y fue a la gloria de Dios adonde resucitó: “Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre” (Ro. 6:4) y el Padre le dio “gloria” (1 P. 1:21). Jesús mismo dijo antes de resucitar: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:26).

Por consiguiente, cuando se predica el evangelio a plenitud y por la todopoderosa gracia de Dios, se vence al poder cegador de Satanás. Dios entonces dice al alma humana: “¡Sea la luz!”. Lo que el alma contempla y con lo que se deleita en el evangelio es “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”. Ese es el objetivo de predicar el evangelio.

LA GLORIA DE CRISTO ES LA GLORIA DE DIOS

La gloria de Cristo que vemos en el evangelio es la gloria de *Dios* por, al menos, tres razones. La primera es que Dios hace resplandecer la luz de la gloria en nuestros corazones. 2 Corintios 4:6 lo deja claro: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de

Dios en la faz de Jesucristo”. En el versículo se dice dos veces que Dios hizo que la luz resplandeciese: La primera vez se refiere a la creación de este mundo (“Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz”) y la segunda se refiere a la creación de la luz en nuestros corazones (“resplandeció en nuestros corazones”). Por lo tanto, es la luz de Dios. Él hace que resplandezca. Él la da.

Pero no podemos cometer el error de pensar que porque Dios hace que la luz resplandezca en nuestros corazones, no es la misma luz de la gloria de los sucesos del Viernes Santo y la Pascua. Pablo no dice que Dios hace que la luz resplandezca en el corazón aparte de los sucesos del evangelio. No, la luz que Dios hace resplandecer es “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”. No es una luz independiente o distinta de lo que Cristo nos reveló en la historia. Cuando dicha luz resplandece en el alma por creación soberana de Dios, lo que el alma ve es la gloria de Cristo obrando en el evangelio.

Por consiguiente, debemos aferrarnos a dos verdades, no solo una, incluso si parecen estar en conflicto. Primero debemos aferrarnos a la verdad de que la luz espiritual a la que Pablo hace referencia en el versículo 4 parte realmente de los sucesos del evangelio de Cristo. La otra verdad es que Dios hace resplandecer dicha luz en el corazón. No la origina la predicación humana. Dios la origina inmediatamente. He aquí cómo Jonathan Edwards describe ambas verdades:

Dicha luz es dada inmediatamente por Dios, no se obtiene por medios naturales... No es aquí, como en la inspiración [de las Escrituras], donde se sugieren nuevas verdades porque solo por dicha luz nos es dada una correcta percepción de las mismas verdades que se revelan en la Palabra de Dios y por lo tanto, no se otorgan sin la Palabra... La Palabra de Dios... transmite a nuestras mentes estas y aquellas doctrinas; es la causa de que tengamos noción de ellas pero no el sentido de su divina excelencia en nuestros corazones. En verdad, una persona no puede tener luz espiritual sin la Palabra... Por ejemplo, la noción de que existe un Cristo y de que dicho Cristo es sagrado y misericordioso se transmite a la mente por medio de la Palabra de Dios pero el sentido de la excelencia de Cristo motivo de dicha santidad y gracia es, sin embargo, obra del Espíritu Santo.⁷

Así, la luz de la gloria de Cristo que resplandece en el evangelio es la luz de la gloria de Dios. Y la razón principal es que Dios mismo habla de la luz de la gloria que resplandece en nuestros corazones.

⁷ Edwards, “A Divine and Supernatural Light” [Una luz sobrenatural y divina], 416-417

LA GLORIA DE CRISTO ES LA GLORIA DE DIOS EN LA FAZ DE CRISTO

La segunda razón por la que la gloria de Cristo es la gloria de Dios es que Cristo es la imagen de Dios. Pablo lo dice explícitamente en el versículo 4 y luego, de manera diferente, en el versículo 6. En el versículo 4 se refiere a “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, *el cual es la imagen de Dios*” y en el versículo 6 se refiere a “la luz... del conocimiento de la gloria de Dios *en la faz de Jesucristo*”. Así, al decirlo de dos maneras, demuestra que la gloria es una sola. Primero es la gloria de Cristo pero Cristo es “la imagen de Dios” y por lo tanto, la gloria es también de Dios. O también: Es la gloria de Dios pero es “en la faz de Jesucristo” y por consiguiente, también es la gloria de Cristo.

La referencia a “la faz de Jesucristo” (v. 6) es sorprendente. Dios “mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios *en la faz de Jesucristo*”. Al combinarla con la palabra “imagen” que aparece en el versículo 4, el énfasis parece estar en su visibilidad, transparencia y capacidad de conocerse.⁸ Dios debe tener una imagen para poder verlo. Otra forma de decirlo es que Dios debe tener un rostro humano. Dicha imagen es Cristo y dicho rostro es la faz de Cristo. Pero verlo no como ver una fotografía o un video. Solo se le puede ver por medio de la Palabra y por el Espíritu. Jesús sí tuvo un rostro humano, literal, físico. Se da a entender y es importante. La gloria de Dios resplandeció en la faz histórica, corporal de Jesús.

Su faz fue el resplandor de su persona. Si usted quiere conocer a alguien, no le mira principalmente el cuello, el hombro o la rodilla. Usted le mira el rostro. El rostro es la ventana al alma. El rostro es la revelación del corazón. El rostro lleva las emociones de alegría, tristeza, enojo o dolor. Contamos con palabras como *sonreír* y frases como *fruncir el ceño* para expresar cómo se manifiesta el corazón en el rostro. No reímos ni fruncimos el ceño con la muñeca o la rodilla. El rostro representa a la persona en comunicación directa. Si alguien esconde el rostro de nosotros, no quiere que lo conozcan. La faz real y corporal de Jesús es de importancia, significa que Él fue un ser

⁸ Varios versículos antes de 2 Corintios 4:4-6 Pablo había hablado de otra faz: La de Moisés. Pablo señaló que lo que Moisés había visto en el Monte Sinaí dejó su faz radiante de gloria. Pero era esta una gloria que se desvanecía y Moisés se cubrió su rostro para que nadie se fijara en la gloria que se desvanecía. “los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer (...) [Por lo que Moisés] ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido” (2 Co. 3:7, 13). Pero Pablo dice que la gloria de Cristo en el nuevo pacto no será una gloria que se desvanezca. “Porque si lo que parece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece” (2 Co. 3:11). Así que tiene sentido que Pablo se refiera a la “faz de Jesucristo” ya que está contrastando el ministerio de Cristo con el ministerio de Moisés, cuyo rostro debía llevar un velo.

humano real y que fue una persona que se reveló en la vida real, histórica y física.

LA FAZ FUTURA DE CRISTO

Lo siguiente también resulta de importancia porque Jesús resucitó de entre los muertos con el mismo rostro. Nuestra esperanza para el futuro junto a Él no es la de un fantasma, es la esperanza de verlo cara a cara. Pablo lo plantea en palabras que anticiparían el siguiente pasaje: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Co. 13:12). Si ahora lo vemos vagamente y tenemos la esperanza de luego verlo cara a cara, lo que ahora vemos vagamente es “la faz de Jesucristo”. Es decir, estamos en presencia de la gloria de la persona histórica manifiesta en palabras, acciones y sentimientos, como realmente estuvo en el cuerpo en esta tierra.

Eso es lo que esperamos ver a su regreso y es lo que Pablo dice que todos los que no crean se perderán: “sufrirán pena de eterna perdición, *excluidos* de la presencia [literalmente: faz] del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:9). Pero los que crean serán “admirados” y “glorificados” en la faz de Cristo a su regreso (2 Ts. 1:10). No nos sentiremos satisfechos hasta que llegue el día en que veamos a Jesús cara a cara. Un rostro real. Un rostro humano. ¡Y mucho más! Un rostro infinitamente resplandeciente de la gloria de su poder.

LA RAZÓN DE MAYOR PESO POR LA QUE LA GLORIA DE CRISTO ES LA GLORIA DE DIOS

Implícito en lo que se ha planteado hasta el momento acerca de que la gloria de Cristo es la gloria de Dios queda que Cristo y Dios son uno en esencia. Los dos son Dios. No obstante, tenemos que hacerlo más explícito ahora, por su enorme peso para comprender el significado del evangelio en 2 Corintios 4:4-6. La tercera razón por la que la gloria de Cristo es la gloria de Dios es que Cristo es Dios.⁹

⁹ Para una excelente y amena introducción a la doctrina de la Trinidad (la deidad del Padre, el Hijo y el Espíritu como un solo Dios aunque tres personas) vea Bruce Ware, *Father, Son, and Holy Spirit: Relationships, Roles, and Relevance* [Padre, Hijo, y Espíritu Santo: Su relaciones, papel y relevancia] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2005). Para un resumen histórico de la doctrina vea Robert Letham, *The Holy Trinity: In Scripture, History, Theology, and Worship* [La Santa Trinidad en las Escrituras, la historia, la teología y la adoración] (Phillipsburg, N.J.: P&R, 2004). Para un banquete de reflexiones bíblicas vea Jonathan Edwards “Writings on the Trinity, Grace, and Faith” [Escritos acerca de la Trinidad, la gracia y la fe], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Sang Hyun Lee, tomo 21 (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2003).

Jesucristo es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)” (Jn. 1:14). Esta no es la gloria de un engendro, es la gloria de un Hijo engendrado engendrado desde la eternidad como se infiere de Juan 1:1: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Su gloria es la gloria de Dios porque Jesucristo es Dios. La gloria del Hijo único —no de los hijos producto de la creación como nosotros, sino del Hijo divino— es la gloria del Padre porque ambos son de la misma esencia, son el mismo Ser Supremo.¹⁰ “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9; vea 1:19). Esta es la razón por la que se le llama “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15). Es también la razón de mayor peso por la que Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30) y: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9) y: “El Padre está en mí, y yo en el Padre” (Jn. 10:38) y: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Ap. 22:13).¹¹

La gloria de Cristo es la única gloria que todo su pueblo está esperando: “la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13). Jesús es “nuestro gran Dios”. Existe la gloria del Padre y la gloria del Hijo pero están tan unidas que si se divisa la una, se divisa la otra. No desempeñan el mismo papel en la obra de redención pero la gloria, manifiesta en cada una de sus funciones, resplandece desde ambos. A nadie que conozca la gloria del Hijo le resulta extraña la gloria del Padre y a nadie que conozca la gloria del Padre le resulta extraña la gloria del Hijo.

CONOCER AL HIJO SIGNIFICA CONOCER AL PADRE

Solo el Hijo y el Padre pueden conocerse el uno al otro plenamente, ya que tienen una sola esencia única: Ambos son Dios. Por consiguiente, no podemos conocerlos verdaderamente si no se nos concede por medio de alguna obra de gracia especial. Dios Espíritu, en servicio de la gloria de Dios Hijo (Jn. 16:14), nos concede la capacidad espiritual de conocer a

¹⁰ Para algunas de mis reflexiones acerca de la unicidad del Padre y el Hijo vea “The Pleasure of God in His Son” [El placer de Dios en su Hijo] en John Piper, *The Pleasures of God: Meditations on God's Delight in Being God* [Los placeres de Dios: Meditaciones sobre el deleite de Dios en ser Dios] (Sisters, Ore.: Multnomah, 2000), 25-45.

¹¹ “Los atributos expresados en estas palabras son atribuidos a Dios mismo en [Apocalipsis] 1:8 y 21:6. Cristo puede ser el juez de los hombres porque Él trasciende toda experiencia humana, compartiendo la naturaleza eterna de Dios mismo”. George Ladd, *A Commentary on the Revelation of John* [Comentario sobre el Apocalipsis de Juan] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1972), 293.

Dios Padre (Jn. 3:6-8). Gracias a dicha capacidad de conocer a Dios, el Hijo hace uso de su prerrogativa divina de darnos a conocer al Padre. Jesús dijo entonces: “nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27). Si el Hijo elige revelarnos al Padre, estaremos en comunión con el Padre y el Hijo por medio del Espíritu que da la vida. En dicha comunión disfrutamos contemplando y deleitándonos en la gloria del Padre y el Hijo.

El Padre y el Hijo son uno tan inseparable en gloria y esencia que conocer a uno supone conocer al otro y amar a uno supone amar al otro. “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (1 Jn. 4:15). Confesarse a Cristo, el Hijo, trae como resultado que Dios Padre venga a nosotros y se manifieste. El Padre y el Hijo están tan unidos que tener a uno es tener al otro. “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Jn. 2:23). “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Jn. 9).

No hay posibilidades de conocer a Dios o tener con Él una relación de salvación sin conocer ni confiar en el Hijo. Esto se deja claro una y otra vez tanto de forma positiva como negativa. “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23). “El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece” (Jn. 15:23). “si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (Jn. 8:19). “El que me recibe a mí, recibe al que me envió (Mt. 10:40). “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lc. 10:16).

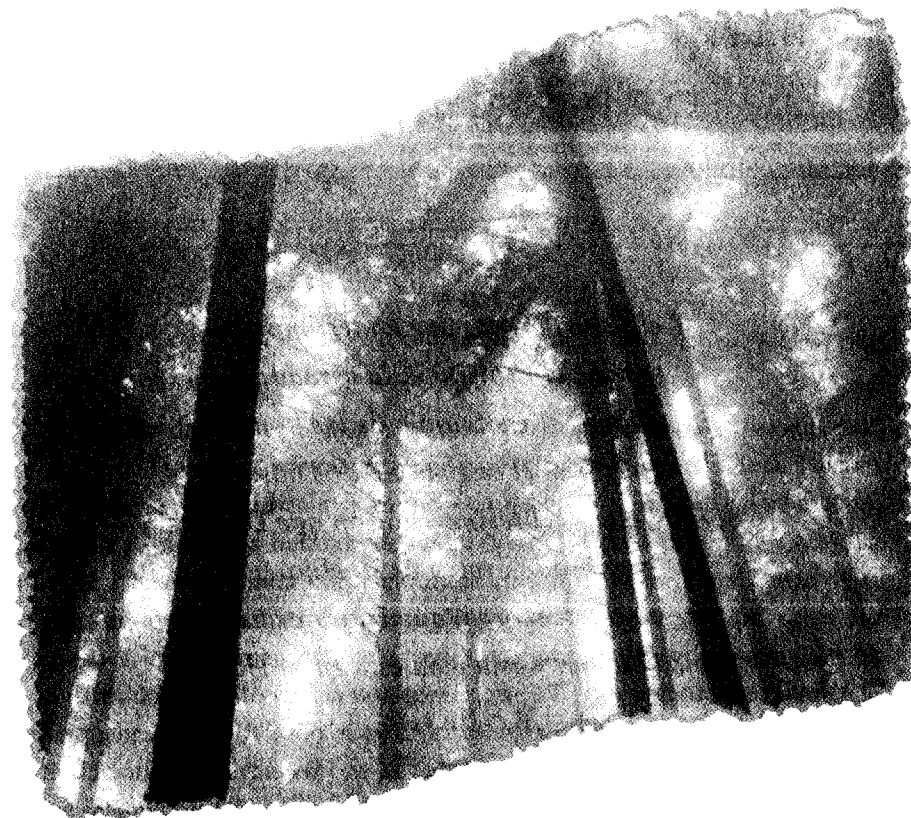
EL EVANGELIO NO ES BUENA NUEVA SIN LA GLORIA DE DIOS

El entendimiento de 2 Corintios 4:4-6 supone muchísimas cosas. “...del evangelio de la gloria de Cristo” es el evangelio de la gloria de Dios, porque Cristo es Dios. Ver la gloria de la obra de Cristo en los sucesos del Viernes Santo y la Pascua es ver la gloria de Dios. Amar a Cristo por su obra salvadora en el evangelio es amar a Dios. No estoy destruyendo las diferencias entre el Padre y el Hijo, mas bien me estoy oponiendo a cualquier tipo de separación. Esgrimo que no es solo permisible, sino esencial contemplar y deleitarse en Dios en la gloria del evangelio. En esto hace énfasis 2 Corintios 4:4, 6 y es la tesis del presente libro y la razón por la que lo titulé *Dios es el evangelio*.

El evangelio es la luz de la gloria de Cristo *que es la imagen de Dios*. Es la luz de gloria de Dios *en la faz de Jesucristo*. Por eso el evangelio es una buena nueva. Si la gloria de Dios en Cristo no nos fuera dada en el evangelio para nuestra contemplación y deleite eternos, el evangelio no sería una buena nueva. El énfasis no podría ser más claro en dichos versículos. Al despertar nuestras almas para contemplar y deleitarnos en la gloria del evangelio, Pablo enfatiza que en dichos versículos, por sobre todas las cosas, el evangelio nos da *la gloria de Dios* para que la contemplemos y nos deleitemos en ella por siempre.

“NO VEN EL SOL DE MEDIODÍA”

Y no dejemos de ver el sol en pleno día. Hablamos de *gloria*: Resplandor, brillantez, brillo. La gloria eclipsa a todo lo que sea glorioso. La gloria de Dios es el hermoso brillo de Dios. No hay brillo mayor. Nada en el universo ni en la imaginación de ningún hombre o ángel es más brillante que la brillantez de Dios. Esto hace que la ceguera de 2 Corintios 4:4 sea impactante. Calvino lo dice con la clase de asombro que merece: “No ven el sol de mediodía”.¹² Así de clara aparece la gloria de Dios en el evangelio. Cuando Dios declara la palabra omnipotente de creación y resplandece “en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”, se recogen las cortinas de la ventana de nuestro chalet alpino y el sol de la mañana, que se refleja en los Alpes de Cristo, llena la habitación de gloria.



¹² Juan Calvino, *The Second Epistle of Paul the Apostle to the Corinthians* [La Segunda Epístola del apóstol Pablo a los Corintios], trad. T. A. Smail (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), 53.

EL EVANGELIO: CONFIRMADO POR SU GLORIA, EL TESTIMONIO INTERNO DEL ESPÍRITU SANTO

*Y el Espíritu es el que da testimonio;
porque el Espíritu es la verdad...
Si recibimos el testimonio de los hombres,
mayor es el testimonio de Dios;
porque este es el testimonio con que Dios ha
testificado acerca de su Hijo...
Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado
vida eterna; y esta vida está en su Hijo.*

1 JUAN 5:6-11

LA GLORIA DE DIOS EN EL EVANGELIO Y EL TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU SANTO

La gloria de Dios en el evangelio es de vasta importancia en formas que, en un inicio, puede que no notemos. Por ejemplo, la gloria de Dios en el evangelio se autentica a sí misma y da poder a la palabra del evangelio, incluso para la más humilde de las personas. ¿Cómo puede una persona llegar a tener fe sólida e inquebrantable en el evangelio de Cristo? A lo largo de los siglos, para millones de personas comunes y corrientes sin acceso a los argumentos intelectuales de la apologética, el evangelio ha constituido el camino hacia una confianza en Cristo segura, bien arraigada e inquebrantable. ¿Cómo es posible? ¿Cuál es la base de esa fe? ¿No es la revelación en el evangelio de la “gloria de Dios en la faz de Jesucristo”, que se autentica a sí misma? Reflexionar acerca de la pregunta anterior en relación con la doctrina histórica del testimonio interior del Espíritu Santo arrojará aún más luz sobre la valía y belleza de la verdad que la gloria de Dios es el resplandor supremo del evangelio.

LA FE EN EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU NO ES IRRACIONAL

La revelación de la majestad de la gloria de Dios en el evangelio es una razón por la que no resulta irracional ni arbitrario creer en el evangelio debido al testimonio interior del Espíritu Santo. A veces, cuando escuchamos que el Espíritu Santo nos posibilita creer en el evangelio o que el Espíritu da testimonio de la verdad del evangelio, tenemos la noción de que la validez

del evangelio dependerá de la nueva información que facilite el Espíritu. No obstante, eso no es lo que el testimonio interior del Espíritu históricamente plantea. Podemos ver lo que Juan Calvino¹ y Jonathan Edwards pensaban al respecto.

NO ES LA IGLESIA, SINO EL ESPÍRITU QUIEN CONFIRMA LA PALABRA

Cuando Juan Calvino reflexionaba acerca de los fundamentos de nuestra confianza en el evangelio, se quedó consternado de que la Iglesia Católica Romana hiciera que la autoridad de la Palabra dependiera de la iglesia:

Un error altamente pernicioso impera: Las Escrituras tienen solo el peso que les concede el consentimiento de la iglesia. ¿Cómo si la verdad eterna e invariable de Dios dependiera de las decisiones de los hombres!... Sin embargo, si así fuera, ¿qué le ocurrirá a las conciencias miserables que buscan asegurar la vida eterna si todas las promesas al respecto dependen únicamente del juicio de los hombres?²

¿Cómo sabemos con certeza que el evangelio es la Palabra de Dios? ¿Cómo estar seguros no solo de que estos hechos ocurrieron, sino de que el significado bíblico que se le otorga a los grandes sucesos del evangelio es su verdadero significado, el significado de Dios? Calvino continúa:

El testimonio del Espíritu tiene más excelencia que toda razón. Como Dios solo es testigo digno de sí mismo en la Palabra, tampoco la Palabra encontrará aceptación en los corazones humanos antes de que sea sellada por el testimonio interior del Espíritu. Por consiguiente, el mismo Espíritu que ha hablado por boca de los profetas debe penetrar en nuestros corazones para persuadirnos de que dichos profetas proclaman fielmente los mandamientos divinos... porque si Él no iluminara sus mentes, ellos flaquearían entre tantas dudas.³

LA INCONFUNDIBLE MAJESTAD DE DIOS MANIFIESTA EN LA PALABRA

Pero ¿cómo tiene lugar la persuasión? ¿Es porque el Espíritu nos da a conocer un nuevo hecho, o sea, nos dice en un suspiro: “Este libro es verdadero”? ¿Escuchamos una voz? Eso no es lo que sucede. La gloria de Dios en el evangelio no necesita otro testigo de esa índole. ¿Cómo obra

entonces el testimonio interior del Espíritu en conjunción con la gloria de Dios en el evangelio? ¿Qué hace el Espíritu?

La respuesta no es que el Espíritu nos revela más de lo que aparece en las Escrituras, sino que nos despierta, como de entre los muertos, para contemplar y deleitarnos en la realidad divina de la gloria de Cristo en el evangelio. (Recuerde el análisis de 2 Corintios 4:4, 6.) Esta visión auténtica del evangelio como la Palabra de Dios mismo. Calvino dice: “Nuestro Padre celestial, al revelar su majestad [en el evangelio], impulsa la reverencia por las Escrituras más allá del reino de la controversia”.⁴ La clave para Calvino es la siguiente: El testigo de Dios con relación al evangelio es la inmediata, insaciable y vivificadora revelación ante la mente de la majestad de Dios manifiesta en la Palabra misma, no ninguna nueva revelación acerca de ella.

Ya casi llegamos al final de la experiencia del testimonio interior del Espíritu. A continuación se encuentran las palabras que nos llevarán más allá.

Por consiguiente, por poder [del Espíritu], no creemos por nuestro juicio [¡Preste atención!] ni por el de nadie que las Escrituras partieron de Dios. Pero por encima del juicio humano afirmamos con suma certeza (como si estuviéramos contemplando la majestad de Dios mismo) que fluyó hacia nosotros desde la boca misma de Dios por el ministerio de los hombres.⁵

EL TESTIMONIO DE DIOS ES EL DON DE LA VIDA Y POR LO TANTO, DE LA VISIÓN

Esto es casi desconcertante. Calvino dice que su convicción con respecto de la majestad de Dios en las Escrituras —es decir, la gloria de Dios en el evangelio— no yace en el juicio humano, ni siquiera en el suyo propio. ¿Qué quiso decir? Mientras trataba de descifrar el fragmento, las palabras del apóstol Juan ayudan a la comprensión de lo que Calvino intenta explicarnos. He aquí las palabras claves de 1 Juan 5:6-11:

Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad... Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios [esto es, el Espíritu]; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo... Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

¹ En lo que sigue me apoyo en lo que escribí en “The Divine Majesty of the Word” [La majestad divina del mundo], en *The Legacy of Sovereign Joy* [El legado de un gozo soberano] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2000), 115-142.

² Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion* [Institución de la religión cristiana], 2 tomos, ed. John T. McNeill, trad. Ford Lewis Battles (Filadelfia: Westminster Press, 1960), 1:75 (I.vii.1).

³ *Ibid.*, 79 (I.vii.4).

⁴ *Ibid.*, 92 (I.viii.13).

⁵ *Ibid.*, 80 (I.vii.5).

En otras palabras “el testimonio de Dios”. Es decir, el testigo interior del Espíritu es mayor que cualquier testigo humano, incluyendo —creo que diría el apóstol en este contexto nuestro propio juicio. ¿Y cuál es el testimonio de Dios? No es meramente una palabra que se entrega a nuestro juicio para la reflexión. ¿Qué es entonces? El versículo 11 contiene la clave: “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna”. Pienso que signifique que Dios testifica acerca de nosotros en su realidad y la realidad de su Hijo y del evangelio al darnos vida después de muertos para que lleguemos vivos a su gloria en el evangelio que se autentica a sí misma. En ese instante, no partimos de premisas para arribar a conclusiones; mas bien vemos que estamos despiertos y que no hay siquiera un juicio humano anterior en que apoyarnos. Cuando Lázaro resucitó en la tumba por el llamado del “testimonio” de Cristo, supo sin necesidad de razonar que estaba vivo y que aquel llamado lo había despertado.

Así, cuando le preguntaron a Calvino: “¿Cómo podemos estar seguros de que [el evangelio] surgió de Dios a menos que hallamos recurrido al decreto de la iglesia?” y respondió asombrado: “Es como si alguien preguntara: ¿Dónde aprenderemos a distinguir la luz de la oscuridad, lo blanco de lo negro, lo dulce de lo amargo? En verdad, las Escrituras exponen claras evidencias de su propia verdad como lo blanco y lo negro lo hacen respecto al color, como lo dulce y lo amargo lo hacen respecto al gusto”.⁶

EL EVANGELIO QUE EXALTA A DIOS SE AUTENTICA A SÍ MISMO

Así, el testimonio interior del Espíritu Santo, que nos persuade de que el evangelio es cierto, no consiste en agregar información nueva a lo que aparece en el evangelio. A su vez, es lo mismo que Pablo describe en 2 Corintios 4:6: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. En otras palabras, el Espíritu nos permite ver lo que hay realmente en el evangelio. Hay luz verdadera y gloria verdadera y es divino de manera manifiesta. Se autentica a sí mismo. J. I. Packer lo afirma de la siguiente manera:

Calvino afirma que las Escrituras se autentican a sí mismas por medio del testigo interior del Espíritu Santo. ¿A qué se refiere Calvino con “testigo interior”? No es una cualidad especial dada por la experiencia ni una revelación

⁶ *Ibid.*, 76 (I.vii.2).

nueva y privada ni una “decisión” existencial, sino una obra de inspiración en la cual por medio del testimonio verbal los ojos ciegos del espíritu se abren y se reconocen y abrazan las realidades divinas por lo que verdaderamente son. Dicho reconocimiento, dice Calvino, es tan inmediato e imposible de analizar como lo son la percepción del color o el gusto como sensaciones físicas: Un suceso acerca del cual no se puede decir otra cosa que no sea que ocurrió cuando el estímulo apropiado se hizo presente y tenemos conciencia de que ocurrió una vez pasado el hecho.⁷

Por lo tanto, la doctrina del testimonio interior del Espíritu es válida porque el evangelio es una revelación de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios. Si restamos importancia a la majestad de Dios como el mayor bien en las buenas nuevas, arrancamos del evangelio el fundamento de la fe salvadora. Esto se hace incluso más evidente cuando cavilamos acerca de por qué Jonathan Edwards se enfrascó en responder la pregunta de cómo las personas —en especial las comunes y corrientes, las personas sin instrucción como los indios de la frontera con Nueva Inglaterra— pudieron tener fe inquebrantable al punto de soportar el martirio.

LOS FUNDAMENTOS DE NUESTRA FE DEBEN SER RACIONALES

Jonathan Edwards y Calvino compartían la misma convicción acerca de los fundamentos de nuestra fe en el evangelio. Es la gloria de Dios vista con los ojos del corazón como majestuosa, que se autentica a sí misma. Pero Edwards le da un toque diferente. Él hace énfasis en que la convicción de la verdad del evangelio debe ser *racional* y *espiritual*. La gloria de Dios en el evangelio es la clave de ambos.

Edwards plantea que incluso si una persona siente un profundo fervor religioso que nace de la creencia de la verdad del evangelio, dicho fervor no tiene valor alguno “a menos que la creencia sea una creencia o convencimiento *racional*”.⁸ ¿Qué quiere decir con “racional”?

Por convicción racional entiendo una convicción basada en evidencias reales o algo que constituya una buena razón o fundamento adecuado para tal convicción. Los hombres pueden tener la creencia de que la religión cristiana es verdadera, aun cuando su creencia no se haya formado sobre la base de evidencias, sino sobre la base de la educación en general y las opiniones de

⁷ J. I. Packer, “Calvin the Theologian” [Calvino el teólogo], en *Juan Calvino: A Collection of Essays* [Juan Calvino: Una colección de ensayos] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1966), 166.

⁸ Jonathan Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], ed. John E. Smith, tomo 2 (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 295.

otros; como muchos mahometanos creen con fervor en la verdad de la religión mahometana⁹ porque sus padres y vecinos y nación lo creen. Dicha creencia de la verdad de la religión cristiana, que se sustenta sobre la misma base que la creencia de los mahometanos de la religión mahometana, es la misma clase de creencia. Y aunque en lo que se crea resulte ser superior, esto no hace que la creencia misma sea superior; porque aunque en lo que se crea sea cierto, la creencia no se debe a dicha verdad, sino a la educación. Así, como la convicción no es superior a la de los mahometanos, la creencia que de ella surge no es mejor en sí misma que la creencia religiosa de los mahometanos.¹⁰

Una de mis principales preocupaciones a la hora de escribir el presente libro fue que muchas personas profesan la fe en Cristo de esa manera. Esa fe no se basa en la gloria de Cristo mismo, sino en la tradición, la educación o la opinión de otras personas. Si ese es el caso, la fe no es fe salvadora. La fe salvadora en Cristo se edifica sobre la base, como plantea Edwards, de: “Una buena razón o fundamento adecuado para tal convicción”.

LOS FUNDAMENTOS RACIONALES DE LA FE DEBEN SER ESPIRITUALES

Pero ¿qué es esa “buena razón” o “fundamento adecuado” sobre el que se debe basar la fe? La respuesta a la pregunta anterior también define a lo que Edwards se refiere con que la convicción verdadera debe ser “espiritual”. Para que la fe y su fruto sean verdaderamente de “gracia” es decir, salvadores dice: “Es requisito que la creencia no solo... sea *racional*, sino también una convicción o creencia espiritual”.¹¹ Lo dice porque la “buena razón” y el “fundamento adecuado” de la convicción deben surgir a partir de la visión espiritual —es decir, posible gracias al Espíritu— de la gloria de Dios en el evangelio.

Una convicción de la verdad de las grandezas del evangelio es *espiritual* si surge a partir de que se tiene en mente una creencia o juicio espiritual de dichas grandezas. Y esto se hace evidente en las Escrituras, en las que a menudo se representa que una creencia salvadora de la realidad y la divinidad de lo que se nos propone y expone en el evangelio provienen de la luz que arroja el Espíritu de Dios sobre nuestras mentes.¹²

Luego, para sustentar su tesis, Edwards cita el texto que nos ocupó en el capítulo anterior: 2 Corintios 4:4-6, en especial el versículo 6 (“Dios,

que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”). Después se refiere al versículo: “Resulta más que evidente que aquí el apóstol se refiere a una creencia salvadora del evangelio que surge de la mente consciente para contemplar la gloria divina de lo que expone”.¹³

LOS SUCESOS Y LAS PROMESAS DEL EVANGELIO ESTÁN DESTINADOS A MOSTRAR LA GLORIA DE DIOS

Aunque Juan Calvino y Jonathan Edwards enfatizan que la fe salvadora en el evangelio debe basarse en la contemplación posible gracias al Espíritu de la gloria de Dios en al faz de Cristo. Creo que dejan claro lo que nos enseñan 2 Corintios 4:4-6 y otros numerosos textos.¹⁴ Así, la gloria de Dios en al faz de Cristo —es decir, la gloria de Cristo que es la imagen de Dios— resulta esencial para el evangelio. No es marginal o prescindible. Pablo llama al evangelio: “el evangelio de la gloria de Cristo”. Los sucesos del evangelio están destinados a revelar dicha gloria. Si una persona se acerca al evangelio y conoce de los sucesos del Viernes Santo y la Pascua y cree que ocurrieron y que le pueden brindar serenidad pero no contempla ni se deleita en esta gloria divina, esa persona no tiene fe salvadora.

Ver la gloria de Dios en Cristo en el evangelio resulta esencial para la conversión. Edwards hace énfasis en esto con toda su fuerza mientras lucha contra el doloroso hecho pastoral de la falsa conversión. Un cristiano practicante puede tener muchas palabras bonitas pero no fruto espiritual. ¿Qué pasa? El cambio supernatural de la oscuridad a la luz no tuvo lugar. Los efectos cegadores del pecado y Satanás no fueron vencidos. Los ojos del corazón aún son incapaces de contemplar y deleitarse en la gloria de Cristo que es la imagen de Dios.

Cuando los hombres se convierten, se les llama de una región a otra: De la región de la oscuridad a la tierra de la luz... En la conversión, se les muestran propósitos espirituales. Algunas cosas de las que anteriormente solo habían oído, ahora se les dan a conocer: La visión de Dios, la visión de Cristo, la visión del pecado y la santidad, la visión del camino a la salvación, la visión del mundo espiritual e invisible, la visión de la felicidad del gozo de Dios y de su misericordia, la visión de la horribilidad de su ira... Ahora se convencen de que Dios existe, de una manera distinta a como lo habían hecho antes... No es

⁹ Mahometano: Término antiguo para referirse a un musulmán.

¹⁰ Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], 295.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, 296.

¹³ *Ibid.*, 298.

¹⁴ Por ejemplo, Edwards cita Lucas 10:21-22; Juan 6:40; 17:6-8; Mateo 16:16-17; Gálatas 1:14-16. *Ibid.*, 297.

un mero producto del razonamiento¹⁵ que todas esas cosas les resulten confirmadas, sino que están convencidos de que existen porque las ven existir.¹⁶

Ahora bien, hagamos hincapié —ya que es el tema del presente libro— que todas estas cosas divinas y esenciales aparecen *en el evangelio*. Es cierto que las Escrituras *todas* llevan la marca de la gloria de Dios, ya que Él es su tema y autor. No obstante, en los sucesos del evangelio de la crucifixión y resurrección de Cristo —los sucesos terribles y maravillosos del Viernes Santo y la Pascua— la gloria de Cristo resplandece con más brillo. Así, resulta de especial importancia que pensemos en el evangelio en términos de la revelación de la gloria de Dios. Dios lo diseñó para ser el lugar *principal* en que se revelaría su gloria a través de los siglos. Jonathan Edwards dice: “Ahora la gloria que caracteriza a este Ser divino se manifiesta y aparece de la manera más resplandeciente en lo que *el evangelio* nos propone y expone: las doctrinas que enseñaron, las palabras que hablaron y los consejos, las acciones y las obras divinas que ahí se revelan”.¹⁷

La importancia de ver la gloria de Cristo en el evangelio se hará más clara y urgente si reflexionamos cómo esta verdad obstaculiza la evangelización y las misiones y los múltiples ministerios de la iglesia para intentar cambiar el comportamiento de las personas. De eso trata el siguiente capítulo.



¹⁵ “...no que [una persona] juzgue si la doctrina del evangelio proviene de Dios, sin argumento ni deducción alguna; sino que lo es sin una larga cadena de argumentos; el argumento no es sino uno y la evidencia directa; el entendimiento asciende a la verdad del evangelio de un solo paso, y ese paso es su gloria divina”. *Ibid.*, 298.

¹⁶ Jonathan Edwards, “Christians a Chosen Generation” [Los cristianos: Una generación escogida], en “Sermons and Discourses” [Sermones y discursos] 1730-1733, en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 17, ed. Mark Valeri (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1999), 322.

¹⁷ Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], 300. *Cursivas añadidas.*

EL EVANGELIO: LA GLORIA DE CRISTO EN EL EVANGELISMO, LAS MISIONES Y LA SANTIFICACIÓN

*para que abras sus ojos, para que se
conviertan de las tinieblas a la luz,
y de la potestad de Satanás a Dios; para que
reciban, por la fe que es en mí, perdón de
pecados y herencia entre los santificados.*

HECHOS 26:18

*Por tanto, nosotros todos, mirando
a cara descubierta como en un espejo la
gloria del Señor, somos transformados de
gloria en gloria en la misma imagen,
como por el Espíritu del Señor.*

2 CORINTIOS 3:18

El evangelio es la revelación de la gloria de Cristo que es la imagen de Dios. Es la muestra que se autentica a sí misma de la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo. El mayor bien del evangelio es el don de contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en Cristo por siempre. Esto es de importancia suprema si nos disponemos a utilizar el evangelio bíblicamente en evangelismo, misiones y el ministerio de la iglesia para santificar los santos. La santidad de las personas cristianas y la conversión de las personas condenadas radican en contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en el evangelio.

LA CARGA DE EDWARDS DE LOS NO CREYENTES ANALFABETOS

Pocas mentes han sobrepasado la mente de Jonathan Edwards en cuanto a grandeza en vigor, creatividad, perspicacia e integridad mental. Pero Edwards llevaba la carga enorme de las personas comunes y corrientes en Nueva Inglaterra, de los indios de la frontera y los “mahometanos” de ultramar. Él señala que dichas personas sencillamente no podrán llegar a tener fe verdadera y bien fundamentada en el evangelio (se describió en el capítulo anterior) si no llegan a ella por medio de la percepción espiritual de la gloria de Dios que se autentica a sí misma en el evangelio.

A menos que los hombres logren arribar a una sólida y racional persuasión y convicción de la verdad del evangelio por medio de las evidencias contenidas en él en la forma en que se ha pronunciado, dígase *por la visión de su gloria*; es

imposible que los que son analfabetos y no estén familiarizados con la historia consigan alcanzar una convicción absoluta y válida del mismo.¹

Edwards continúa abundando, ya que considera que pocas personas alcanzan la fe por medio de argumentos académicos relacionados con la validez histórica de la Biblia:

Pero el evangelio no fue dado solo a hombres cultos. Al menos diecinueve de cada veinte si no noventa y nueve de cada cien para quienes se escribieron las Escrituras son incapaces de alcanzar algún grado de convicción válida de la autoridad divina de las Escrituras por medio de argumentos tales como los que utilizan los hombres cultos.²

Y mucho peor están los que “han sido criados en ateísmo” y no tienen conocimiento de la historia del mundo, mucho menos de la Biblia. Si creemos que la verdadera convicción y certeza espirituales deben aguardar la llegada de un argumento histórico, esto “hará infinitamente difícil la divulgación del evangelio entre ellos”.³

LA FE QUE SOBREVIVE A LA TORTURA NO SE BASA EN PROBABILIDADES

Incluso si las personas llegan a creer en que hay grandes probabilidades de que el evangelio sea verdadero sobre la base del razonamiento histórico, esto no será suficiente como para que una persona soporte sufrimientos y torturas. En los siglos pasados hubo muchos santos que sufrieron incluidos mujeres y niños con poca o ninguna instrucción que vivieron en épocas de gran oscurantismo espiritual. Pero cuán maravillosas son las historias de cómo se entregaron a la muerte. En vista de aquellos miles de santos de los que el mundo no era merecedor, Edwards realizó la siguiente observación:

Para tener una convicción tan clara, evidente y segura que sea suficiente como para llevarlos a arriesgarlo todo con audacia, para con seguridad y valentía correr el riesgo de perderlo todo, de soportar los tormentos más intensos y continuados, de pisar el mundo bajo sus pies y de dedicar todo a Cristo excepto las cosas desagradables, la evidencia que puedan haber obtenido de la historia no puede ser suficiente... Después de todo lo que los hombres cultos les han dicho, quedarán innumerables dudas en sus mentes, estarán prestos,

¹ Jonathan Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], ed. John E. Smith, tomo 2 (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 303.

² *Ibid.*, 304.

³ *Ibid.*

cuando tengan que enfrentar alguna gran prueba de fe, a decir: “¿Cómo sé esto o lo otro? ¿Cómo sé cuándo escribieron estas historias?”...Un sinnúmero de dudas y escrúpulos quedarán.⁴

Por consiguiente, resulta crucial para el evangelismo y las misiones que comprendamos que la verdadera fe salvadora se basa en la visión espiritual de la gloria de Dios en el evangelio. Esto tendrá un enorme efecto en la forma en que pensamos acerca de las misiones y el evangelismo. El primero de ellos será asegurarnos de que el misionero y el evangelista son personas espirituales que contemplan y se deleitan en la gloria de Dios en la faz de Cristo.

CONTAR LA VIEJA, VIEJA HISTORIA Y ORAR POR EL ESPÍRITU

Claro que esto no significa que no contaremos la vieja, vieja historia. La contaremos a menudo y la contaremos bien. El centro del evangelio es la narración de los acontecimientos de la muerte y la resurrección de Cristo. ¡Son nuevas! Además, tenemos la explicación de lo que dicha muerte y resurrección han logrado en cuanto al perdón de los pecados y la esperanza de la vida eterna. Y en todo esto está presente el propósito y las oraciones por que la gloria de Cristo resplandezca, porque hay que ver su gloria para que la fe tenga un sólido basamento salvador. El Espíritu Santo debe realizar su obra que otorga vida, abre los ojos, quita la ceguera y revela la gloria. El Espíritu y la Palabra son esenciales. La historia de Cristo ha de ser contada y el Espíritu de Cristo ha de triunfar. Veremos a continuación por qué el Espíritu no realiza su obra salvadora sin la predicación del evangelio.

CONTEMPLAR LA GLORIA DE CRISTO EN EL EVANGELIO PARA SER SANTO

El evangelio resulta esencial no solo en la conversión, sino en la transformación constante de los creyentes. Comprender el propósito decisivo del evangelio como la revelación de la gloria de Cristo es la clave bíblica para la santidad cristiana. Esto se deja claro en el contexto de 2 Corintios 4:4-6, el cual ha resultado ser el fundamento de todas nuestras reflexiones a lo largo del presente libro. Cuatro versículos antes, Pablo edifica su tesis de semejanza de Cristo en la convicción de que el evangelio revela “la gloria de Cristo, que es imagen de Dios” (4:4).

⁴ *Ibid.*, 303.

Dice en 3:18: “Por tanto, nosotros todos, *mirando* a cara descubierta como en un espejo *la gloria del Señor*, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Preste atención a los tres aspectos siguientes.

1) El camino a la semejanza de Cristo está en mirar “la gloria del Señor”. Mirar o contemplar es transformarse. Nos transformamos “en la... imagen” del Señor fijando nuestra atención en su gloria. En vista de todas las observaciones realizadas con respecto de los versículos que le siguen 2 Corintios 4:4-6 no cabe duda acerca de cómo contemplamos “la gloria del Señor” y quién es el Señor. El Señor es Cristo y es la imagen de Dios (4:4). También podemos decir que el Señor es Dios visto en la faz de Cristo (4:6). Y la forma en que contemplamos “la gloria del Señor” aparece en “el evangelio de la gloria de Cristo”. No oramos por un trance, oramos por que la gracia medie en la plenitud del evangelio de Cristo crucificado y resucitado.

¿Cómo llega la transformación a la imagen de Cristo? Al final del versículo 18, Pablo dice que nos llega “por el Espíritu del Señor”. Así, describe en otras palabras lo que ya habíamos visto en 2 Corintios 4:6: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. Esa es la forma en que el Espíritu Santo realiza el cambio constante en nosotros. Él no nos cambia directamente, nos cambia permitiéndonos ver la gloria de Cristo.

EL ESPÍRITU VUELA EN FORMACIÓN DETRÁS DEL EVANGELIO QUE EXALTA A CRISTO

Resulta crucial comprender esto. Muestra cuánto exalta el Espíritu Santo a Cristo. Él no hará su obra santificadora utilizando directamente su poder divino. Solo la llevará a cabo haciendo de la gloria de Cristo su causa inmediata. De esta manera obra en el evangelismo y esa es la manera en que obra en santificación.

En el evangelismo, el Espíritu Santo abre los ojos de los pecadores para que puedan ver la gloria de Cristo que fielmente se predica en el evangelio. Si no se predica a Cristo y no se exalta su gloria, el Espíritu Santo no abrirá nuestros ojos porque no tendremos Cristo glorioso que ver. El Espíritu Santo no obra aparte del evangelio ya que su labor consiste en abrir nuestros ojos para que veamos a Cristo reflejado en el evangelio, y no es hasta que se predique el evangelio que podremos ver a Cristo. Podemos

decir que el Espíritu Santo vuela en perfecta formación detrás del motor del evangelio que exalta a Cristo. Él lleva a cabo su obra de abrir corazones de forma milagrosa para que podamos contemplar y deleitarnos en Cristo en la medida en que se predica de Él en el evangelio.⁵ El Espíritu fue enviado para glorificar al Hijo de Dios (Jn. 16:14) y no hará a nadie a un lado a la hora de atraer su atención a la gloria del Hijo en el evangelio.

Entonces se realiza por medio de la santificación. Nos transformamos a imagen de Cristo —eso es la santificación— atentamente contemplando y deleitándonos⁶ en la gloria de Cristo. Así sucede con el Señor, que es el Espíritu. La labor del Espíritu es la siguiente: Hacer que resplandezca la luz de la verdad en la gloria de Cristo para que podamos verla como realmente es: Infinitamente preciosa. La labor del Espíritu Santo de transformarnos no consiste en obrar directamente sobre nuestros malos hábitos, sino hacer que admiremos a Jesucristo en tal medida que los hábitos pecaminosos nos parezcan extraños y desagradables. Mi objetivo no es dar todos los detalles,⁷ sino nombrarlos para que el evangelio lleve a cabo su obra de manera decisiva en revelar la gloria de Cristo que es la imagen de Dios. Por consiguiente, si faltamos a la gloria de Dios en Cristo como el mayor don del evangelio, paralizamos la obra santificadora de la iglesia.

ASIMILAMOS AQUELLO QUE ADMIRAMOS

2) La dinámica de la transformación personal en 2 Corintios 3:18 supone que nos transformamos en aquello que admiramos y en que fijamos nuestra atención. “Mirando... la gloria del Señor, somos transformados... en la misma imagen”. Sabemos que es así por experiencia. Mirar con admiración provoca cambios. De sus héroes adquiere gestos, frases, tonos de voz, expresiones faciales, hábitos, conductas, convicciones y creencias. Mientras más digno de admiración sea el héroe y más intensamente lo admire, más profunda será su transformación. En el caso de Jesús, Él es infinitamente

⁵ Vea Hechos 16:14: “Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”. Esta es la obra de “el Señor que es Espíritu” (2 Co. 3:18) para fortalecer la atención espiritual en lo predicado, Jesucristo.

⁶ Incluyo “deleitarse” con “contemplar”, aunque solo contemplar (mirar) se menciona explícitamente en 2 Corintios 3:18, porque la contemplación no puede hacerse con indiferencia o descontento por dos razones: 1) Ese no es el tipo de contemplación que el Espíritu Santo provoca, sino el tipo de contemplación que tenemos de Cristo antes de que obre el Espíritu Santo pero aquí es el Espíritu el que está produciendo la contemplación; 2) la contemplación que no es deleite no nos hace a la imagen de Cristo, porque no deleitarse en Cristo sería lo contrario a ser como Cristo. No queremos ser como las personas que vemos pero no admiramos.

⁷ Traté de explicar detalladamente esta batalla por la transformación y el gozo en *Cuando no deseo a Dios* (Grand Rapids, Mich.: Editoria Portavoz, 2006). Vea especialmente el capítulo titulado “La batalla por el gozo es una lucha por ver”.

admirable y nuestra admiración se eleva a la más absoluta adoración. Por lo tanto, cuando lo contemplamos como debemos, el cambio es profundo.

Claro, no es tan sencillo. Los reflejos de la imitación no constituyen la única causa por la que cambiamos. Parte de lo que incorporamos cuando vemos a Jesús en el evangelio es una visión de todo el mundo. La visión del mundo dicta todos nuestros valores y moldea profundamente nuestro pensamiento y toma de decisiones. Otra cosa que incorporamos es una mayor confianza en el consejo de Jesús y sus promesas. Esto tiene sus propias consecuencias sobre lo que tememos, deseamos y elegimos. Otra cosa que adquirimos de contemplar la gloria de Cristo es un mayor deleite en su comunión y una mayor añoranza por encontrarnos con Él en el cielo. Esto conlleva su propio efecto liberador de las tentaciones de este mundo. Todos tienen su propia manera peculiar de transformarnos a semejanza de Cristo. Por lo tanto, no debemos creer que buscar la semejanza de Cristo no conlleva más componente que sencillamente observar a Jesús. Observar a Jesús mueve a santidad a lo largo de muchos y diferentes senderos.⁸

SOMOS TRANSFORMADOS GRADUALMENTE

3) La transformación que ocurre a partir de contemplar la gloria de Cristo en el evangelio tienen lugar de manera paulatina. “Contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen *de gloria en gloria*”. Hablar de su transformación en términos de “gloria” muestra que la glorificación cristiana comienza con la conversión, no la muerte ni la resurrección. De hecho, en la mente de Pablo, la santificación constituye la primera fase de la glorificación.⁹

Por consiguiente, debemos pensar que la vida cristiana se conforma más y más a la gloriosa persona de Cristo. El primer y más importante significado de dicha conformación es espiritual y moral. Vemos a Cristo mismo como infinitamente hermoso en su perfección espiritual y moral y por lo tanto, infinitamente invaluable. Él es el mayor tesoro del universo.

⁸ Por ejemplo, junto a mi libro *Cuando no deseo a Dios* (vea nota 7), el cual enfatiza la contemplación de Cristo, recomendaría *The Purifying Power of Living by Faith in Future Grace* [El poder purificador de vivir por fe en la gracia futura] (Sisters, Ore.: Multnomah, 1995), el cual pone énfasis en la confianza en las promesas de Dios como modo esencial de conformar nuestra conducta para Cristo. Estas promesas son parte de la revelación de la gloria de Cristo y la gloria de Cristo es parte de por qué abrazamos la promesa con tanta certeza.

⁹ Probablemente sea por esto que en la serie esplendorosa de Romanos 8:30 falta el término santificación: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”. Cuando Pablo salta directamente de la justificación a la glorificación, él no está pasando por alto a la santificación, porque en su mente ese proceso es sinónimo de la primera fase de la glorificación y comienza con la conversión.

Así lo vemos y nos deleitamos en haber encontrado la fuente de todo placer y el cofre del tesoro de la dicha sagrada.

Cuando lo contemplamos a Él, también participamos cada vez más en la percepción espiritual de Cristo del Padre y el mundo. Logramos ver cada vez más la divinidad de Dios de la manera en que Cristo ve la divinidad de Dios. Y vemos que la gloria del Padre y la gloria del Hijo son una sola. No se elige a una por sobre la otra. Ambos se han convertido en un Dios en nuestro corazón.

Y mientras contemplamos la gloria de Cristo en el evangelio y nos deleitamos en su pureza, comenzamos a ver al pecado como algo repugnante y a la salvación con magnífica. Ya no vemos más a las personas, como dice Pablo: “...según la carne...” (2 Co. 5:16), sino con un amor que “Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Co. 13:7). No perdemos las esperanzas en nadie porque, a pesar de la depravación humana “...para Dios todo es posible” (Mt. 19:26). Y no vemos más la cultura con los ojos de la seducción y la desesperación, sino con los ojos de la esperanza. El Cristo vivo y soberano reclamará algún día este mundo para sí. Nuestro espíritu despierto y con vida gracias a la contemplación de la gloria de Cristo y su pasión para hacer que todas las cosas sirvan a la gloria del padre.¹⁰

DE GLORIA EN GLORIA AMAMOS COMO CRISTO

Al cambiar nuestra percepción espiritual de todas las cosas por mantener la vista fija en Cristo, nuestra conformidad con Cristo se hace muy práctica. Nuestro comportamiento cambia. Dijo Cristo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; *como yo os he amado*, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35). En la medida en que contemplamos la gloria del Señor en el evangelio, la gloria de su perfección moral se convertirá cada vez más en nuestro deseo y experiencia, en especial la gloria de su amor por sus enemigos. “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). “...De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:13). “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús... se humilló a sí mismo, haciéndose

¹⁰ Juan 17:1, 4: “levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”. Juan 12:27-28: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre”.

obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:5, 8). En la medida en que fijemos la atención de nuestra mente y nuestro más profundo afecto en la gloria del amor de Cristo, más y más amantes seremos.

DE GLORIA EN GLORIA INTERIORMENTE, NO EXTERIORMENTE... AÚN

La transformación gradual de gloria en gloria no será para nuestros cuerpos físicos en la era presente. Aunque Dios en ocasiones ha sanado a su pueblo de enfermedades en esta vida, dándoles así un anticipo de la venidera glorificación física,¹¹ la experiencia de todos los cristianos es esta vida consiste en paulatinamente envejecer, debilitarse, enfermarse y morir. Pablo deja bien claro que esto es parte de la experiencia cristiana mientras esperamos “la redención de nuestro cuerpo”. “y no sólo ella [la creación], sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23). Pero Pablo estaba ansioso por señalar que la decadencia externa ocurre simultáneamente con la renovación interior de gloria en gloria en la medida en que fijamos nuestra vista en la gloria de Cristo. Esto se hace plena y hermosamente explícito en 2 Corintios 4:16-18:

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

Los paralelismos entre el texto anterior y 2 Corintios 3:18 resultan instructivos. Ser renovados “de día en día” forma parte de ser “transformados... de gloria en gloria”. Y ver “las cosas que se ven” incluye la contemplación de “la gloria del Señor”; porque “la gloria del Señor” en la mente de Pablo se encuentra en la categoría de “las cosas que se ven” con el ojo físico común y corriente.¹² Ver la gloria que no se ve de Cristo en el evangelio es la clave para la transformación interior día tras día y de gloria en gloria.

No obstante, dicha transformación interior constituye en primer paso en la transformación total, incluyendo la transformación de nuestro cuerpo. “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Ro. 8:11). Resultar conformado a imagen de Cristo, a su debido tiempo, incluye la conformidad con el cuerpo de su gloria: “... nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya...” (Fil. 3:20-21). “Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Co. 15:49).

VISIÓN TOTAL SIGNIFICARÁ CAMBIO TOTAL

Esta última glorificación física no deja de estar relacionada con la contemplación de la gloria del Señor, ni ahora ni entonces. Solo contemplando la gloria del Señor nos mantenemos en el camino que lleva a Cristo glorificado. Existe una “santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14). Dicha santidad es la transformación “de gloria en gloria” y ocurre si mantenemos nuestra vista fija en la gloria de Cristo en el evangelio. Por consiguiente, nuestro encuentro final con Cristo y nuestra transformación final a su imagen de gloria depende *ahora* de que contemplemos la gloria del Señor.

Pero la relación entre la contemplación de la gloria de Dios en la faz de Cristo y nuestro último cambio físico es también válido al final. Esto se expresa en 1 Juan 3:2: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que *cuando él se manifieste*, seremos semejantes a él,¹³ porque *le veremos tal como él es*”. La finalización de nuestra transformación ocurrirá al término de nuestra contemplación. Verlo “cómo él es” supone que la manera en que lo vemos ahora es incompleta. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Co. 13:12).

¹¹ Probablemente sea a esto a lo que se refiere Hebreos 6:5 cuando dice que algunos “gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero”.

¹² Así, cuando Pablo dice en 2 Corintios 5:7 que “(porque por fe andamos, no por vista)”, él no se refiere a que no “contemplamos la gloria del Señor”. Más bien quiere decir: “no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven” (2 Co. 4:18).

¹³ “Él” en este contexto es Dios Padre. Pero todo el sentido del pensamiento de Pablo en 2 Corintios 3:18-4:6 es mostrar que la gloria del Padre brilla en la faz de Cristo y la gloria de Cristo es la gloria del Padre. Así que no hago diferenciación aquí.

NO HABRÁ EVANGELIO NI SALVACIÓN DONDE NO SE MUESTRE NI SE VEA LA GLORIA DE DIOS

El énfasis inmenso de estos pensamientos bíblicos recae en la gloria de Dios que resplandece en la faz de Cristo por medio del evangelio. La revelación de la gloria de Dios en el evangelio constituye el basamento y el medio de nuestra glorificación presente y futura. El efecto que se quiso lograr con dichos textos es hacernos imposible pensar en nuestra conversión, carácter y consumación como sucesos separados de nuestra visión de la gloria de Dios en el evangelio. El propósito del evangelio —de los cruciales sucesos del Viernes Santo y la Pascua y su proclamación en el mundo— es hacer de la gloria de Dios en Cristo el basamento y el medio para toda salvación, santificación y glorificación. No hay evangelio donde no se muestre la gloria de Dios en Cristo. Y no hay salvación por medio del evangelio donde no se vea la gloria de Dios en Cristo.

Existe un texto más en el Nuevo Testamento que relaciona explícitamente el evangelio con la gloria de Dios. Es una de las más inusitadas descripciones de la relación de Dios con el evangelio bíblico. Veamos dicho texto en el siguiente capítulo.



EL EVANGELIO: LA GLORIA DEL GOZO DE DIOS

*la ley no fue dada para el justo, sino para
los transgresores y desobedientes... y para
cuanto se opongá a la sana doctrina, según el
glorioso evangelio del Dios bendito,*

I TIMOTEO 1:9-11

Una de las descripciones más sencillas y profundas del evangelio en el Nuevo Testamento aparece en 1 Timoteo 1:11. Pablo está describiendo el uso correcto de la ley del Antiguo Testamento como medio de exponer y contener el pecado. Enumera doce males específicos y después añade: “y para cuanto se opongá a la sana doctrina”. Luego continúa con otra precisión: “... según el glorioso evangelio del Dios bendito” (1 Ti. 1:11).¹ William Mounce comenta que las palabras “evangelio de la gloria” no deben traducirse como “glorioso evangelio”, como hacen la mayoría de las versiones modernas. “Más bien es τῆς δόξης” [la gloria] el verdadero contenido de ese evangelio, por ejemplo: ‘El evangelio que habla de la gloria del Dios bendito’.²

El evangelio revela la gloria de Dios. El argumento del presente libro es que precisamente esta revelación es lo que hace del evangelio una buena nueva y que no es una buena nueva si la gloria de Dios no puede verse en él. En otras palabras, la gloria de Dios no es marginal ni prescindible, sino esencial para que las buenas nuevas sean realmente buenas.

¹ La mayoría de las versiones tratan la frase “de la gloria” en “evangelio de la gloria del Dios bendito” como un adjetivo y la traducen así: “el glorioso evangelio del Dios bendito”. Pero esto no es necesario porque todas estas versiones traducen una frase similar en 2 Corintios 4:4 como “el evangelio de la gloria de Cristo”, y no como “el glorioso evangelio de Cristo”. Estoy de acuerdo con Henry Alford en que las versiones deberían seguir el mismo principio literal en 1 Timoteo 1:11 que el que siguieron en 2 Corintios 4:4. “Toda norma y belleza de expresión es aquí [en 1 Timoteo 1:11], como siempre, destruida por esta traducción adjetivizada. El evangelio es ‘las buenas nuevas de la gloria de Dios’, como de Cristo en 2 Corintios 4:4, puesto que nos revela a Dios en toda su gloria”. Henry Alford, *The Greek Testament* [El testamento griego], tomo 3 (Chicago: Moody Press, 1958), 307. De forma similar, J. N. D Kelly escribe: “El evangelio que habla de la gloria del Dios bendito (esta traducción es preferible a la de ‘el glorioso evangelio ...’) porque, a diferencia de la ley, la cual solo sirve para sacar a la luz el pecado de los hombres, el evangelio revela en la persona de Cristo el poder divino, su majestad y misericordia”. *A Commentary on the Pastoral Epistles* [Comentario de las epístolas pastorales] (Londres: Adam and Charles Black, 1963), 51.

² William Mounce, *Pastoral Epistles* [Epístolas pastorales] (Nashville: Thomas Nelson, 2000), 43.

LA FELICIDAD DE DIOS ES UNA GRAN PARTE DE SU GLORIA

En 1 Timoteo 1:11 Pablo se concentra en el evangelio como “la gloria del Dios *bendito*”. La palabra traducida como “bendito” en esta frase (*μακαρίου*) es la misma utilizada en las bienaventuranzas de Jesús en Mateo 5:3–11. “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”, y así por el estilo. La palabra significa “gozoso” o “afortunado”. Pablo mismo la utiliza en otros momentos para referirse a la felicidad de la persona cuyos pecados son perdonados (Ro. 4:7) o a la persona que tiene su conciencia tranquila (Ro. 14:22). Es sombrero que de todo el Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, solamente aquí y en 1 Timoteo 6:15³ esta palabra se refiera a Dios. Pablo evidentemente ha hecho algo poco acostumbrado al llamar a Dios *makarios*, gozoso.⁴

Con la frase “la gloria del Dios gozoso” nos enteramos de que gran parte de la gloria de Dios es su felicidad.⁵ Era inconcebible para el apóstol Pablo que Dios no tuviera infinito gozo y aún así fuera todo glorioso. Ser infinitamente glorioso era ser infinitamente gozoso. Él utilizó la frase “la gloria del Dios gozoso”, porque es algo glorioso para Dios ser tan gozoso como lo es Él. La gloria de Dios consiste en gran medida en el hecho de que Él es mucho más feliz de lo que podamos imaginarnos.

NO HAY EVANGELIO SIN UN DIOS GOZOSO

Algo aún más extraordinario: Pablo dice que esto es parte del evangelio, “el *evangelio* de la gloria del Dios gozoso”. Una parte esencial de lo que hace que el evangelio de la muerte y resurrección de Cristo sea *buenas* nuevas es que revela un Dios infinitamente gozoso. Nadie querría pasar la eternidad con un Dios descontento. Si Dios no estuviese gozoso, entonces el propósito del evangelio no sería un propósito feliz y eso quiere decir que no sería evangelio entonces. Pero en realidad Jesús nos invita a pasar la eternidad con un Dios soberanamente gozoso cuando nos dice lo que nos dirá al final de los tiempos: “... entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:23). Jesús vivió y murió para que este gozo —el gozo de Dios— fuese nuestro y nuestro gozo

³ En 1 Timoteo 6:15 dice: “el bienaventurado [makavrio-] y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores”.

⁴ Todos los lugares en que Dios es llamado “bendito” en el resto de la Biblia griega utiliza otra palabra para “bendito”: *eulogetos*, no *makarios*. “Bendito sea el Señor” es εὐλογητός, κύριος (Sal. 41:13 = Sal. 40:4 LXX), pero “Bienaventurado el varón” es μακάριος ἄνθρωπος (Sal. 1:1).

⁵ Para un estudio más a fondo de la felicidad de Dios vea John Piper, *The Pleasures of God* [Los placeres de Dios] (Sisters, Ore.: Multnomah, 2000). En este punto estoy recurriendo a cosas que dije allí.

fuera pleno (Jn. 15:11; 17:13). Por lo tanto, el evangelio es “el evangelio de la gloria del Dios gozoso”.

¿QUÉ TIENE DE BUENO TENER UN DIOS GOZOSO EN EL EVANGELIO?

Debo ser cuidadoso aquí, no sea que comience a describir el libro que ya escribí: *The Pleasures of God: Meditations on God's Delight in Being God* [Los placeres de Dios: Meditaciones acerca del deleite de Dios en ser Dios]. Pero al menos una de sus ideas tiene que estar en este libro. Uno de los fundamentos del gozo de Dios es tan esencial para captar qué tiene de sumamente bueno el evangelio que debo explicarlo en este libro.

La felicidad de Dios es en primer lugar y ante todo una felicidad en su Hijo.⁶ Así, cuando participamos de la felicidad de Dios, participamos del propio placer que el Padre siente en el Hijo. Esto es en última instancia lo que hace del evangelio buenas nuevas. No abre el camino para contemplar y deleitarnos en la gloria de Cristo. Y cuando alcancemos la meta final nos encontraremos deleitándonos en el Hijo con la misma felicidad que el Padre siente por el Hijo.

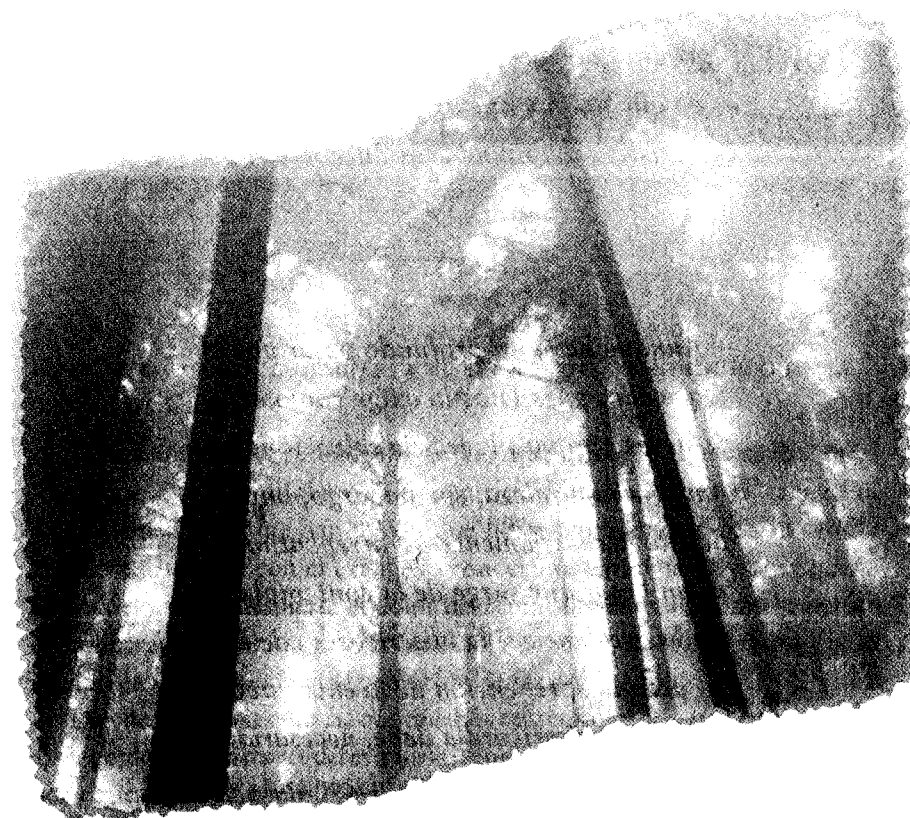
Es por esto que Jesús nos dio a conocer al Padre. Al final de su gran oración en Juan 17:26, Él le dice al Padre: “Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”. El amor que siente Dios por el Hijo estará en nosotros. Es decir, el amor por el Hijo que estará en nosotros será el amor del Padre por el Hijo. No solamente amaremos al Hijo con nuestra insignificante capacidad de amar. Sino que a nuestro amor por el Hijo le será infundido el amor divino entre el Padre y el Hijo. Por lo tanto, a través de Juan 17:26 comprendemos que Jesús nos dio a conocer a Dios para que el placer de Dios en su Hijo pudiera estar en nosotros y convertirse en nuestro placer en Cristo.

Imagínese poder disfrutar de lo que es infinitamente disfrutable con una energía sin límites y una pasión eterna. Esto no es lo que experimentamos ahora. Tres cosas nos son obstáculos para nuestra completa satisfacción en el mundo. Una es que nada aquí tiene un valor personal lo bastante grande como para satisfacer los más profundos anhelos de nuestro corazón. Otra es que carecemos de la fuerza para deleitarnos en los mejores tesoros en su máximo valor. Y el tercer obstáculo a la completa satisfacción es que nuestra alegría aquí es finita. Nada perdura.

⁶ Vea el capítulo “The Pleasure of God in His Son” [El placer de Dios en su Hijo] para una más completa defensa y explicación de esta verdad. *Ibid.*, 25-46.

Pero si el propósito del evangelio —el propósito de Jesús en Juan 17:26 y el propósito de Pablo en 1 Timoteo 1:11 y 2 Corintios 4:4-6— se hace realidad, todo esto cambiará. Si el placer de Dios en su Hijo se convierte en nuestro placer, entonces el objeto de nuestro placer, Jesús, será inagotable en valor personal. Él nunca será aburrido ni decepcionante ni frustrante. No puede concebirse mayor tesoro que el propio Hijo de Dios. Además, nuestra capacidad de deleitarnos en este inagotable tesoro no estará limitada por las debilidades humanas. Disfrutaremos del Hijo de Dios con la misma alegría que su omnipotente y gozoso Padre. El deleite de Dios en su Hijo estará en nosotros y será nuestro. Y no tendrá fin, porque el Padre y el Hijo son infinitos. Su amor recíproco será nuestro amor por ellos y por lo tanto, nuestro amor por ellos nunca morirá.

Esta es en última instancia la razón que hace del evangelio buenas nuevas. Si esto no se hace realidad para el pueblo de Cristo, no hay buenas nuevas. Por lo tanto, al predicar las buenas nuevas debemos esforzarnos por guiar a las personas hasta aquí. Debemos dejar claro a las personas que si se acaban sus esperanzas de contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en Cristo, es porque no están concentrando su corazón en la razón principal, y mejor, por la cual Cristo murió: Contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en la faz de Cristo con eterna y siempre creciente alegría.



Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.

2 CORINTIOS 7:10

Aunque haya un profundo pesar por el pecado, pues Dios lo exige como algo necesario para lograr la salvación; su misma naturaleza, sin embargo, implica deleite necesariamente. El arrepentimiento es un pesar que surge de la contemplación de la excelencia y la misericordia de Dios pero la aprehensión de la excelencia o de la misericordia debe, necesaria e inevitablemente, engendrar placer en la mente del que contempla... Por mucho que parezca una paradoja, es cierto que el arrepentimiento es un dulce dolor, por lo que cuanto más de este dolor, más placer se sentirá.

JONATHAN EDWARDS

EL EVANGELIO: LA GLORIA DE CRISTO COMO EL CAUSAL DEL ARREPENTIMIENTO QUE EXALTA A CRISTO

LA CONTRICIÓN QUE DESPIERTA EL EVANGELIO COMO UN ECO DE LA GLORIA DE CRISTO

Una manera sorprendente de ver que Dios es el evangelio es al penetrar en el alma de la contrición que despierta el evangelio. Aquellas personas que han tenido que lidiar intensamente con su propio pecado en relación con el evangelio conocen la paradoja de que la buena nueva del perdón despierta el dolor del remordimiento así como la alegría de la liberación. Solo la alegría artificial no pasa a través del dolor por el pecado en su camino hacia la emoción de ser perdonado.

Una de las razones por las que muchos cristianos no parecen emocionarse al ser perdonados a través del evangelio es que no se han sentido desconsolados por el pecado cometido. No se han sentido desesperados. No han tenido que batallar contra un justificado auto-desprecio. No han sufrido porque su pecado es moralmente repugnante, sino por el sentimiento de culpa y la amenaza del infierno. La pregunta que nos hacemos en este capítulo es la siguiente: ¿Cómo demuestra la contrición que despierta el evangelio la verdad de que contemplar y deleitarnos en la gloria de Cristo es el bien importantísimo y supremo del evangelio?

JONATHAN EDWARDS ME VUELVE A AYUDAR

Aquí también he recibido una gran ayuda de Jonathan Edwards. La enseñanza más grande que aprendí de Edwards es que Dios se nos muestra más valioso y más hermoso cuando su pueblo lo ve claramente en el

evangelio y se deleita en Él por encima de todo lo demás. En otras palabras, Dios es mayormente glorificado en nosotros cuando nosotros nos sentimos más satisfechos en Él.¹ Lo cual significa que nunca tendremos que escoger entre nuestra mayor alegría y la mayor alegría de Dios.

La pregunta que nos hacemos aquí es la siguiente: ¿Cómo se relaciona esto con el dolor necesario de la vida cristiana, especialmente el dolor de la contrición que despierta el evangelio? ¿Cómo se relaciona el evangelio de la gloria de Dios en la faz de Cristo (2 Co. 4:6) con el dolor de la contrición? O hagamos la pregunta más clara: ¿Cómo se relaciona el deleite de la gloria de Dios en el evangelio con el dolor del remordimiento por el pecado que despierta el evangelio? Si el gran bien del evangelio es el deleite de la gloria de Dios en el evangelio, ¿cómo puede también producir dolor? Cuando hacemos esta pregunta, ponemos la anterior conclusión a prueba. Si vamos bien encaminados sobre Dios y el evangelio, el resultado deberá ser la confirmación.

EL PESAR SURGE DE LA CONTEMPLACIÓN DE LA GLORIA QUE SATISFACE POR COMPLETO

En un sermón de 1723 titulado “El deleite de la religión”², Edwards formuló la siguiente pregunta: “¿Cómo se relaciona la importancia central

¹ La sección de los escritos de Edwards que hizo más claro esto fue:

Dios se glorifica a sí mismo hacia las criaturas... de dos maneras: 1. Apareciéndoseles a... su entendimiento. 2. Comunicándose Él mismo con sus corazones y en su regocijo y deleite y alegría, las manifestaciones que Él hace de sí mismo... *Dios se glorifica no solo cuando se contempla su gloria, sino cuando hay deleite en ella.* Cuando los que la contemplan se deleitan en ella, Dios se glorifica más que si solamente la contemplan. Su gloria es recibida entonces por el alma toda, tanto por el entendimiento como por el corazón. Dios hizo al mundo de manera que Él pudiera comunicarse con él y que la creación recibir su gloria; y [de manera] que pudieran ser recibidas tanto por la mente como por el corazón. Aquel que testifica su idea de la gloria de Dios no glorifica tanto a Dios como aquel que testifica también su aprobación de esta y su deleite en ella. Jonathan Edwards “The ‘Miscellanies’” [Las “misceláneas”], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 13, ed. Thomas Schafer (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1994), 495. Miscellany #448 [Miscelánea #448]; vea también #87 (pp. 251-252); #332(p. 410); #679 (no en el tomo de New Haven). Cursivas añadidas.

Vea también los comentarios de Benjamin Warfield sobre la primera pregunta del Catecismo de Westminster. A la respuesta: “El fin supremo del hombre es glorificar a Dios y regocijarse en Él para siempre”, le sigue este comentario: “No regocijarse en Dios, ciertamente, sin glorificarlo, porque: ¿Como podríamos regocijarnos en Él, a quien pertenece la gloria de forma inherente, sin glorificarlo? Pero igual de ciertamente no glorificar a Dios sin regocijarnos en Él, porque: ¿Cómo podríamos glorificarlo a Él, cuya gloria está en sus perfecciones, sin regocijarnos en Él?” Benjamin Warfield “The First Question of the Westminster Shorter Catechism” [La primera pregunta del catecismo abreviado de Westminster], en “The Westminster Assembly and Its Work” [La Asamblea de Westminster y su trabajo], en *The Works of Benjamin Warfield* [Las obras de Benjamin Warfield], tomo 6 (Grand Rapids, Mich.: Baker, 2003), 400.

² Jonathan Edwards “The Pleasantness of Religion [El placer de la religión]”, en *The Sermons of Jonathan Edwards: A Reader* [Los sermones de Jonathan Edwards: Un lector] (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1999), 15. Su tesis en este sermón es: “Valdría la pena ser religioso tan solo por lo placentero que resulta serlo”, basado en Proverbios 24:13-14.

de deleitarse con la gloria de Dios en el evangelio con el dolor de la contrición que despierta el evangelio? He aquí el pensamiento clave:

Está el arrepentimiento del pecado: Aunque haya un profundo pesar por el pecado, pues Dios lo exige como algo necesario para lograr la salvación; su misma naturaleza, sin embargo, implica deleite necesariamente. *El arrepentimiento es un pesar que surge de la contemplación de la excelencia y la misericordia de Dios* pero la aprehensión de la excelencia o de la misericordia debe, necesaria e inevitablemente, engendrar placer en la mente del que contempla. Es imposible que alguien vea algo que se le aparezca de forma excelente y no lo mire con placer y es imposible verse afectado por la misericordia y el amor de Dios y su disposición de ser misericordioso con nosotros y no verse afectado por el placer cuando pensamos en [ello]; pero esta es la afectación que engendra el verdadero arrepentimiento. Por mucho que parezca una paradoja, es cierto que el arrepentimiento es un dulce dolor, por lo que cuanto más de este dolor, más placer se sentirá.³

Esto es sorprendente y cierto. Lo que Él dice es que para inducir a las personas al dolor del arrepentimiento y la contrición, primero hay que persuadirlos de que vean la gloria de Dios como un tesoro y un deleite. Esto es lo que sucede en el evangelio. El evangelio es la revelación de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (2 Co. 4:4). El evangelio muestra lo que es en realidad el verdadero dolor por el pecado: El resultado de no lograr deleitarse en la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Co. 4:6). El dolor de la verdadera contrición es dolor por no tener a Dios como nuestro tesoro que satisface por completo. Pero para poder sentir pesar por no deleitarnos en Dios, debemos ver a Dios como nuestro tesoro, nuestra dulzura. Para poder lamentarnos por no deleitarnos en Dios, Él debió haberse convertido en un deleite para nosotros.

LAS CIMIENTES DEL DELEITE PRODUCEN EL FRUTO DEL DOLOR

¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo fue que Dios se convirtió en el tesoro que nos satisface por completo? Sucedió a través del evangelio. El evangelio reveló la gloria de Dios en Cristo. Lo vimos. Abrimos los ojos a su belleza y su valor. Se sembró la semilla del deleite y el fruto que dio fue el dolor. Dolor por no habernos deleitado en su gloria durante tanto tiempo. Paradójicamente,

³ *Ibid.*, 18-19. Cursivas añadidas. Edwards dice de manera similar en otra parte: “El mismo paladar que aprecia la dulzura del verdadero bien moral, prueba el amargor del mal moral”. “Religious Affections” [Amor religioso], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 2, ed. John Smith (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 301.

esto significa que la contrición y el arrepentimiento verdaderos basados en el evangelio están precedidos por el despertar al deleite en Dios. Para llorar con conocimiento por no poseer a Dios como nuestro tesoro, Él debió haberse convertido en algo inestimable para nosotros. El evangelio despierta el dolor por el pecado al despertar el deleite en Dios.

CÓMO DAVID BRAINERD ROMPIÓ LOS CORAZONES DE LOS INDIOS Y LOS ALEGRÓ

Veintiséis años después de haber predicado el sermón sobre “El deleite de la religión”, Jonathan Edwards publicó el diario de David Brainerd, un joven misionero entre los indios de Norteamérica que murió en 1747 a los veintinueve años de edad. Él aprovechó la oportunidad para ilustrar, a partir de la vida real, lo que había enseñado sobre la relación entre la gloria del evangelio y el dolor de la contrición.

El 9 de agosto de 1745, Brainerd predicó a los indios de Crossweeksung, Nueva Jersey, e hizo la siguiente observación:

Hubo muchas lágrimas entre ellos mientras yo disertaba públicamente. ... Algunos de ellos se sintieron muy afectados con unas pocas palabras dirigidas a ellos con energía, lo que provocó que las personas gritaran con la angustia del alma, *aunque no dije ni una sola palabra de terror, sino, por el contrario, les presenté la integralidad y la plena suficiencia de los méritos de Cristo* y su disposición de salvar a todos los que se acercan a Él; y acto seguido, insistí en que vinieran sin demora.⁴

De nuevo, el 30 de noviembre de ese mismo año, predicó sobre Lucas 16:19–26 en relación con el hombre rico y Lázaro.

La Palabra causó una fuerte impresión en muchas de las personas que estaban allí reunidas, especialmente mientras hablaba sobre la bienaventuranza de Lázaro “en el seno de Abraham” (Lc. 16:22). Esto, como me pude percatar, los afectó mucho más que cuando hablé del suplicio y los tormentos del hombre rico. Y así ha sucedido por lo general con ellos...

Casi siempre han parecido estar más afectados por lo agradable que por las terribles verdades de la Palabra de Dios. Y lo que ha afligido a muchos de ellos con convencimiento es que descubrieron que les faltaba y no podían obtener, *la felicidad de los piadosos.*⁵

⁴ Jonathan Edwards, “The Life of David Brainerd” [La vida de David Brainerd], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 7, ed. Norman Pettit (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1985), 310. Cursivas añadidas.

⁵ *Ibid.*, 342. Cursivas añadidas.

Esto es exactamente lo que Edwards había estado predicando veintidós años antes. Al principio parece muy extraño. Uno debe experimentar la felicidad de contemplar y deleitarnos en Dios en el evangelio antes de poder realmente sentir el dolor de no tener más felicidad de esa índole. No existe contradicción entre la necesidad del dolor por el pecado y la necesidad de contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en el evangelio. La dulzura de contemplar a Dios en el evangelio es un prerrequisito del dolor piadoso por haber menospreciado durante tanto tiempo esa dulzura.

SOLO EL DOLOR BASADO EN LA ALEGRIA HONRA A DIOS

La consecuencia de esta verdad por predicar el evangelio es que Dios mismo debe ser mostrado como la buena nueva definitiva del evangelio. Si las personas no abren los ojos a lo invaluable que es Dios y a la belleza de su gloria en la faz de Cristo, el dolor de su contrición no se deberá a no haber amado a Dios y valorado su gloria. Será por temor al infierno o por la insensatez de su antiguo comportamiento o por haber desperdiciado su vida. Pero ninguno de estos motivos de contrición, por sí mismos, constituye una honra a Dios.

¿QUÉ ES EL AMOR DESINTERESADO? DELEITE EN DIOS MISMO

Alguien que conozca un poco sobre Jonathan Edwards pudiera formular una objeción. Pudiera decir: “Su forma de hablar sobre el evangelio no parece fiel a la forma en que hablaba Edwards. Usted habla de amar y deleitarse y valorar a Dios en el evangelio. Estas palabras parecen sugerir un fuerte deseo de hallar deleite o felicidad en Dios. Pero Edwards habló sobre un amor ‘desinteresado’ por Dios. ¿Es usted realmente fiel a Edwards y al apóstol Pablo por la forma en que usted habla de responder al evangelio?”

En respuesta a esta buena pregunta, yo diría que es cierto que Edwards usó el término “amor desinteresado” en referencia a Dios.

Debo dejar que cada cual juzgue por sí mismo. ... Con respecto de la humanidad, qué poco amor desinteresado por Dios, ese afecto puro y divino, hay en el mundo.⁶

⁶ Jonathan Edwards, “Original Sin” [El pecado original], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 3, ed. Clyde A. Holbrook (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1970), 144.

No hay otro amor que esté tan por encima de un principio egoísta como lo está el amor cristiano, no existe amor que sea tan libre y tan desinteresado. A Dios se le ama por sí mismo y por consideración a Él.⁷

Pero la clave para comprender su significado se puede hallar en la cita anterior. El amor desinteresado por Dios es amar a Dios “por sí mismo y solo por Él”. En otras palabras, Edwards usó el término “amor desinteresado” para designar el amor que se deleita en Dios por su grandeza y su belleza y para diferenciarlo del amor que se deleita solo en los dones de Dios. El amor desinteresado no es amor sin deleite. Es amor cuyo deleite está en Dios mismo.

ESPARCIMIENTO DULCE Y DESINTERESADO

De hecho, Edwards diría que no existe amor a Dios que no incluya deleite en Dios. Por lo tanto, si hay un amor desinteresado por Dios, existe el deleite desinteresado en Dios. Y es así exactamente como él piensa. Por ejemplo, él dice:

Tal como sucede con el amor por los santos, sucede con su alegría y su deleite y placer espiritual: El primer fundamento de esto no es ninguna consideración o concepto de su interés por las cosas divinas, sino que consiste principalmente en el dulce esparcimiento que sus mentes tienen ante la presencia... belleza divina y santa de estas cosas, como lo son en sí mismas.⁸

En otras palabras, él dice que su “deleite espiritual” no se fundamenta en “su interés por las cosas divinas”. Eso significa que su deleite en Dios no está basado en los dones que Él da aparte de sí mismo. Eso es lo que significa “interés”. Por ende, su deleite en Dios es “desinteresado”. No obstante, consiste en el “dulce esparcimiento” de sus mentes. Por consiguiente, el amor “desinteresado” por Dios es el “dulce esparcimiento” o la alegría de conocer a Dios mismo.⁹ Eso es lo que ofrece el evangelio cuando revela “la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (2

⁷ Jonathan Edwards, “Charity and Its Fruits” [La caridad y sus frutos], en “Ethical Writings” [Escritos sobre ética], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 8, ed. Paul Ramsey (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1989), 264.

⁸ Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], 249. Cursivas añadidas.

⁹ Norman Fiering está en lo cierto en la siguiente cita si tomamos “desinteresado” en el más estricto sentido de absolutamente ningún beneficio, ni siquiera el “dulce entretenimiento” de contemplar a Dios. “Amor desinteresado a Dios es imposible porque el deseo de la felicidad es intrínseco de todo lo que siente voluntad o amor y Dios es el fin obligatorio en la búsqueda de la felicidad. Lógicamente uno no puede ser desinteresado hacia la fuente o el fundamento de todo interés”. *Jonathan Edwards’s Moral Thought in Its British Context* [El pensamiento moral de Jonathan Edwards en su contexto británico] (Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press, 1981), 161.

Co. 4:4). Eso es lo que paradójicamente debe preceder al dolor así como producir el dolor de la contrición que exalta a Cristo.

ANTI-TRIUNFALISMO: DOLOROSO, PERO SIEMPRE CON REGOCIJO

Una de las razones para tratar la naturaleza y el fundamento de la contrición cristiana en este capítulo es que me permite hacer una advertencia contra el triunfalismo. Sé que cuando uso las expresiones valorar atesorar, deleitar, amar y estar satisfecho por la gloria de Dios en la faz de Cristo, a algunos pudiera parecerle como si toda devastación, sufrimiento, pesar y dolor hubieran quedado atrás. Eso no es cierto. Los cristianos nunca pasan más allá de la batalla con el pecado que habita en nosotros.¹⁰ La vida no es toda alegría sobre el dolor; la vida es una batalla por el gozo en medio del dolor.¹¹ La bandera que ondea sobre mi cabeza y sobre este libro es la máxima paradójica de Pablo en 2 Corintios 6:10: “como entristecidos, mas siempre gozosos...”

Jonathan Edwards vio la gloria de Dios en el evangelio con más claridad que la mayoría de nosotros y llegó a poder sentirse cautivado con la comunión de Dios a lo largo del evangelio.¹² Pero también nos dejó una de las más bellas descripciones de lo que la gloria de Dios en el evangelio crea en la vida del creyente. El demostró que la contemplación de Cristo cautivada por Dios en el evangelio no hace que una persona se vuelva presuntuosa; se vuelve humilde. Produce alegría desconsoladora.

Todos los sentimientos misericordiosos que son un dulce olor para Cristo y que llenan el alma del cristiano con una fragancia y una dulzura celestiales son sentimientos de desconsuelo. Un verdadero amor cristiano, ya sea por Dios o por los hombres, es un amor verdaderamente desconsolador. Los deseos de

¹⁰ Especialmente útil en este punto esencial resulta John Owen, *The Works of John Owen* [Las obras de John Owen], tomo 6, ed. William Goold (Edimburgo: Banner of Truth, 1967). Este tomo contiene tres importantes trabajos sobre la batalla contra el pecado que aún queda en los creyentes: “Of the Mortification of Sin in Believers” [De la mortificación del pecado en los creyentes] “Of Temptation: The Nature and Power of It” [De la tentación: Su naturaleza y poder]; y “The Nature, Power, Deceit, and Prevalency of the Reminders of Indwelling Sin in Believers” [La naturaleza, poder, engaño e influencia del pecado restante que permanece en los creyentes]. Crossway Books está publicando una nueva edición de estas tres obras en un solo volumen para el 2006, editado por Justin Taylor.

¹¹ Por eso utilicé el subtítulo “La batalla por el gozo” para mi libro *Cuando no deseo a Dios* (Grand Rapids, Mich.: Editorial Portavoz, 2006).

¹² “Cierta vez mientras cabalgaba en el bosque por mi salud en 1737, habiendo desmontado de mi caballo en un lugar retirado, como siempre ha sido mi costumbre, de buscar contemplación divina y oración, tuve una visión, que para mí fue extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios como mediador entre Dios y el hombre y su gracia maravillosa, grande, plena, pura y dulce, y su amor y condescendencia, humilde y suave... la cual se prolongó, según puedo estimar, por alrededor de una hora; lo cual me hizo permanecer la mayor parte del tiempo en un río de lágrimas y llorando”. Esto fue tomado de Edwards, “Personal Narrative” [Narrativa personal], en *Jonathan Edwards: Representative Selections* [Jonathan Edwards: Selecciones representativas], ed. Clarence H. Faust and Thomas H. Johnson (New York: Hill and Wang, 1935), 69.

los santos, por muy sinceros que sean, son deseos humildes; su esperanza es una esperanza humilde; y su alegría, aun cuando es indescriptible y llena de gloria, es una alegría humilde y desconsoladora y deja al cristiano más pobre en espíritu y más parecido a un niño y más predispuesto a una humildad universal de la conducta.¹³

DEJAR A SATANÁS VIVO: EL PRECIO DE MOSTRAR LO PRECIOSO QUE ES DIOS

De hecho, Dios es tan deliberado en cuanto a revelar en el evangelio la gloria del Cristo crucificado y de formar cristianos conformes al amor despojado de sí mismo de Cristo (2 Co. 3:18), que no solo hace de la cruz la revelación central de su gloria en su época, sino que deja a Satanás en el mundo para engrandecer el poder y la sabiduría y la belleza de la humildad.

¿Nunca se ha preguntado usted por qué Dios simplemente no hace desaparecer a Satanás y a sus demonios ahora?¹⁴ Resulta extraño que Dios, que tiene todos los derechos soberanos sobre su archienemigo, Satanás, le permitiera hacer tanto daño. Dios tiene el derecho y el poder de arrojarlo al lago de fuego. Un día, Dios acabará con Satanás del todo (Ap. 20:3, 10). Esa no será una injusticia a Satanás. Ni tampoco sería injusto que Dios lo hiciera hoy. Entonces, ¿por qué no lo hace en vista de tanta desgracia que Satanás ocasiona?

¿Es porque existe la posibilidad de que el diablo y sus ángeles se arrepientan? No. Ellos son irredimibles. Jesús dijo que el fuego eterno [fue] preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41). Judas, el hermano de Jesús, escribió que los ángeles caídos se guardan bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día (Jud. 6).

¿Por qué entonces Dios tolera a Satanás? Encontramos la clave al recordar que Satanás odia el evangelio. "...el Dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo..." (2 Co. 4:4). Este es un indicio de por qué Dios le alarga las riendas a Satanás. El objetivo de Dios es engrandecer la gloria de Cristo a través del evangelio.

En otras palabras, el propósito de Dios es derrotar a Satanás de manera que glorifique no solo el poder puro de Cristo sino también su belleza, valía y atractivo superiores. Cristo pudiera simplemente ejercer su poder soberano y eliminar a Satanás. Esto glorificaría el poder de Cristo. Pero no reflejaría con tanta claridad la valía superior de Jesús sobre Satanás.

¹³ Jonathan Edwards, "Religious Affections" [Amor religioso], 348-349.

¹⁴ En el recordatorio de este capítulo estoy recurriendo y parcialmente citando lo que escribí en *Life as a Vapor* [La vida como un vapor] (Sisters, Ore.: Multnomah, 2004), 77-81.

No mostraría la belleza y el poder transformadores de la mansedumbre y la humildad, la modestia y el amor despojado de sí mismo de Cristo. El objetivo del evangelio es de exhibir la gloria del Dios crucificado y de avergonzar a Satanás para que millones de personas "...se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios..." (Hch. 26:18) y renuncien a las mentiras de Satanás y prefieran la belleza de Cristo en el evangelio.¹⁵

Esta forma de derrotar a Satanás es mucho más costosa que simplemente eliminarlo. Cristo sufrió por su triunfo y el mundo sufre. Pero los valores de Dios no se calculan tan fácilmente. Si Cristo aniquilara a todos los demonios ahora (que pudiera hacerlo), su mero poder se vería como algo glorioso pero su belleza y su valía superiores no brillarían tanto como cuando el pueblo de Dios renuncia a las promesas de Satanás, confía en la sangre y la justicia de Cristo y se deleita en la magna gloria de Jesús revelada en el evangelio.

SATANÁS CEDE CUANDO DIOS ES EL EVANGELIO

Esto significa que la idea central de este libro es sumamente importante para Dios. Él quiere que apreciemos y nos deleitemos en su gloria en el evangelio tan claramente que el poder de Satanás llegue a quebrantarse y se haga evidente a todos que toda la dulzura del Cristo crucificado es más poderosa que las tentaciones de Satanás. No es poca cosa no mostrar a Dios como el don más grande del evangelio. Le hace el juego al diablo y contradice el designio de Dios de quebrantar el poder de Satanás por medio de la revelación de la belleza superior de Cristo en el evangelio.

Entonces oremos y vivamos el evangelio para así exhibir a Cristo. ¡Tomemos las armas y derrotemos al diablo siendo osados y dichosos en la gloria superior del Hijo de Dios! Yo no digo que sea fácil. Es una empresa muy costosa. El sendero de amor que va de la cruz de Cristo a la gloria de Cristo es un camino de sacrificio. La belleza superior de Cristo sobre Satanás y el pecado es más evidente cuando estamos dispuestos a sufrir por ella. Uno de los más grandes golpes contra el poder de la oscuridad viene de la sangre de los mártires. "Y ellos le han vencido [¡a Satanás!] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (Ap. 12:11). Esta es la clase de vida que se forma al contemplar a Dios en el evangelio.

¹⁵ Y si Satanás se burla diciendo que él todavía tiene a un millón a los que ha persuadido de quedarse en las tinieblas, esto solo servirá para enaltecer la justicia de Dios en la condenación y la misericordia de Dios para los que escapan. Dios conoce la proporción de las cosas y cómo apreciar mejor los atributos de Cristo.

*habiéndonos predestinado... para alabanza
de la gloria de su gracia,*

EFESIOS 1:5-6

*porque por medio de él los unos
y los otros tenemos entrada por
un mismo Espíritu al Padre.*

EFESIOS 2:18

*cuando venga en aquel día para ser
glorificado en sus santos
y ser admirado en todos los que creyeron*

2 TESALONICENSES 1:10

*Y esta es la vida eterna: que te conozcan
a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo,
a quien has enviado.*

JUAN 17:3

EL EVANGELIO: EL DON DE DIOS MISMO SOBRE TODOS Y EN TODOS SUS DONES DOLOROSOS Y SALVADORES

LA LÍNEA DIVISORIA ENTRE LA GRATITUD POR AMOR A DIOS Y LA
IDOLATRÍA POR EL AMOR A LOS DONES

La pregunta que yo hago en este capítulo y el siguiente es esta: ¿Cómo se relacionan todos los dones que fluyen hacia nosotros desde el evangelio con Dios como el don importantísimo y supremo del evangelio? El reto de estos dos capítulos es el de caminar en la cuerda floja entre tener a menos los dones de Dios y convertir los dones de Dios en un dios. Es la línea divisoria entre la gratitud por amor a Dios y la idolatría por el amor a los dones. La verdad que trataré de mostrar aquí es que los dones de Dios se dan para revelar aún más la gloria de Dios, de manera que el uso adecuado de ellos es el de depositar nuestro amor no en ellos, sino, mediante ellos, en Dios únicamente.

Lo que quiero decir con depositar nuestro amor es que el deseo de nuestros corazones encuentra su punto final —su meta, su última morada— solo en Dios, aunque, por así decirlo, se elevan a Dios sobre miles de dones. Agustín dijo: “Nos hiciste para ti, y nuestro corazón se impacienta hasta que repose en ti”.¹ Esta impacienta es algo bueno cuando nos deleitamos en alguno de los dones de Dios. Los dones de Dios *deben* disfrutarse, ya sea el don de la salvación (1 P. 1:4-5) o del alimento (1 Ti. 4:3; 6:17). Pero si nuestro amor se queda ahí, nos convertimos en idólatras. Luego, el objetivo

¹ San Agustín, *The Confessions of St. Augustine* [Las confesiones de San Agustín] (Nueva York: Washington Square Press, 1962), 1.

de este y el siguiente capítulo es mostrar desde las Escrituras cómo los dones obtenidos por la sangre —podría decirse, dones del evangelio— señalan hacia el único gran don del evangelio: Dios mismo.

EL DON EVANGÉLICO DE LA PREDESTINACIÓN

Analice primero los múltiples dones que recibimos en el logro de nuestra salvación. ¿Cómo nos regocijamos en ellos? La *predestinación* es uno de los primeros dones del evangelio, aunque precedió a la muerte de Cristo en la eternidad. Jesucristo, el cordero sin mancha, que fue inmolado por nuestros pecados, ya era conocido antes de la fundación del mundo (1 P. 1:20). Debido a esto, Dios nos dio la gracia en Cristo antes de los tiempos de los siglos (2 Ti. 1:9). Por lo tanto, Pablo dice: “[Dios nos predestinó] para ser adoptados... *por medio de Jesucristo*” (Ef. 1:5). Esta predestinación fue el propósito de Dios de adoptarnos y hacernos santos y sin mancha delante de Él en amor.

¿Cómo entonces nos regocijaremos en este asombroso don, por sangre obtenido, la predestinación? Pablo da la respuesta en Efesios 1:6: “[Nos predestinó] *para alabanza de la gloria de su gracia...*”. El objetivo de Dios con nuestra predestinación es que admiremos y le demos especial consideración a la gloria de su gracia. En otras palabras, el objetivo de predestinarnos es exhibir la gracia como gloriosa y que la veamos y nos deleitemos en ella y cantemos sus alabanzas. La gloria de la gracia es la gloria de Dios actuando misericordiosamente. Por lo tanto, el objetivo de la predestinación es que veamos y nos deleitemos en Dios en su misericordiosa acción salvadora de la predestinación. El fin de la predestinación y de los hechos del evangelio que la adquirieron, es que nos alegráramos de alabar la gracia de Dios.

¿CÓMO NOS REGOCIJAREMOS EN EL DON EVANGÉLICO DE LA ENCARNACIÓN?

Para Dios pagar el don de la predestinación, Dios tuvo que enviar a su Hijo al mundo como ser humano para que muriera por nosotros y sufriera la ira de Dios y cumpliera la justicia que nosotros no pudimos alcanzar. Esta entrada del hijo de Dios al mundo se llama *encarnación*. Es un gran don de Dios que no merecíamos. Igual que la predestinación, fue tanto el resultado de la muerte expiatoria de Cristo como la condición para ella. Fue un resultado en el sentido de que Dios previó lo que Él haría en el Calvario en la muerte de su Hijo para justificar el aparentemente injusto acto de

humillar a su Hijo quien se despojó a sí mismo durante treinta y tres años de sus atributos divinos. La muerte de Cristo reivindicaría la justicia de Dios al enviar a Cristo y exponerlo a la finitud y el sufrimiento. Esta reivindicación obtenida por la sangre haría posible que Dios fuera el justo así como el que justifica a los pecadores que creen en Él (Ro. 3:24–26).

¿Cómo entonces nos regocijaremos en el don de la encarnación? Pablo responde en Romanos 15:8–9: “...Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión [es decir, encarnó al Mesías judío] para mostrar la verdad de Dios... *para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia...*”. La cuestión aquí es que la encarnación de Cristo como siervo del Padre fue una bella demostración de misericordia. Esa misericordia fue una manifestación de las riquezas de la gloria de Dios. Nuestra respuesta a esa manifestación de misericordia reveladora de gloria es dejar que nuestro corazón suba por el haz de la misericordia hasta la presencia de Dios y allí contemplar y deleitarnos en la gloria de Dios. El afecto de nuestra alegría no debe descansar sobre el don sino elevar el don a Dios mismo.

Pablo plantea lo mismo en Filipenses 2:6–11. Si desglosamos estas oraciones desde el principio hasta el final, podemos ver claramente el motivo esencial de la encarnación. Dice que Cristo: “...siendo en forma de Dios... [se hizo] obediente hasta la muerte... para que... toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”. El objetivo fundamental de la encarnación fue que mediante Cristo, las personas podrían ver la autoridad de Cristo y la gloria de Dios. Toda la historia de la vida encarnada y muerte y resurrección de Cristo ha sido el haz de gloria más brillante que haya brillado desde el esplendor de Dios. Cuando esta historia del evangelio se revela justamente, se manifiesta esa gloria. Si esa gloria no se muestra ni se contempla, no se ve el bien mayor del evangelio y no hay salvación.

RECONCILIACIÓN: LA LLEGADA DE DIOS Y LA ALEGRÍA

En el capítulo 3 (El evangelio: “¡Ved aquí al Dios vuestro!”) ya tratamos el tema de la justificación por fe y el perdón de los pecados. Mostramos que son dones del evangelio cuyo objetivo es el de eliminar los obstáculos entre nosotros y Dios. Ellos no son buenas nuevas en sí mismos y de por sí. Ellos hacen posible la *reconciliación* entre los pecadores y el santo Dios. Esta reconciliación nos lleva a Dios. El eje central de la reconciliación es que ahora podemos disfrutar de la presencia de Dios sin condenación.

Por consiguiente, después que Pablo dijo en Romanos 5:10–11 que “fuimos *reconciliados*”, continuó diciendo: “Y no sólo esto, sino que

también nos *gloriamos en Dios* por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”. El objetivo de esta reconciliación no es el de una solidaridad segura pero con resentimiento. El objetivo es que “nos gloríemos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo”. Dios es el eje de la reconciliación. La alegría de la reconciliación es alegría en Dios. Por ende, cuando predicamos el evangelio de la reconciliación, el punto central no debe ser meramente la eliminación de la enemistad, sino la llegada de la alegría en Dios. Contemplar y deleitarnos en el Dios reconciliado es el bien fundamental en las buenas nuevas de Jesucristo.

CRISTO DERRAMÓ SU SANGRE PARA QUE PUDIÉRAMOS ACERCARNOS A DIOS

Ya sea que pensemos en la obra de Cristo como el logro de la reconciliación o la propiciación o la satisfacción penal o la redención o la justificación o el perdón de los pecados o la liberación, el objetivo de todos ellos se resume en el don fundamental que es Dios mismo. En 1 Pedro 3:18 se expresa con la mayor claridad: “...también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, *para llevarnos a Dios...*”. Efesios 2:13–18 es la siguiente declaración más explícita de esta verdad: “...en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido *hechos cercanos* por la sangre de Cristo... y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo... porque por medio de él *los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*”. El objetivo fundamental de la sangre de Cristo es que seamos “hechos cercanos” a Dios y “tener entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

EL MEJOR DON DE DIOS: ESTAR ETERNAMENTE CAUTIVADO CON DIOS

Es crucial entender esto. Muchas personas abrazan las buenas nuevas sin abrazar a Dios. No existe una prueba segura de que tengamos un corazón nuevo simplemente porque queremos huir del infierno. Ese es un deseo perfectamente natural, no un deseo sobrenatural. No se necesita un corazón nuevo para desear el alivio psicológico del perdón o la eliminación de la ira de Dios o la herencia del mundo de Dios. Todas estas cosas son comprensibles sin cambio espiritual alguno. No hay que convertirse para querer estas cosas. Los demonios las desean.

No es incorrecto desearlas. De hecho, no desearlas sería una locura. Pero la prueba de que hemos cambiado es que deseamos estas cosas porque nos traen el disfrute de Dios. Esto es lo más grande por lo que Cristo murió.

Este es el bien más grande en las buenas nuevas. ¿Por qué es esto? Porque fuimos hechos para sentir felicidad plena y eterna por contemplar a Dios y deleitarnos en la gloria de Dios. Si nuestra mayor alegría proviene de otra cosa, somos idólatras y Dios es deshonrado. Nos creó de manera que su gloria se revele mediante nuestra alegría en ella. El evangelio de Cristo es la buena nueva de que a expensas de la vida de su Hijo, Dios ha hecho todo lo necesario para cautivarnos con lo que nos hará eternamente y cada vez más felices, es decir, Él mismo.²

LA CONSUMACIÓN DEL EVANGELIO: NOS ADMIRAREMOS ANTE EL PODEROSO CRISTO

La *consumación* de nuestra salvación en la venida de Cristo fue garantizada por la sangre de Cristo y predicada en el evangelio. La muerte y resurrección de Cristo le dio poder sobre la muerte en beneficio de todos los que le pertenecen. “...estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos... Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Ap. 1:18). Existe una relación muy estrecha entre la victoria de Cristo sobre la muerte y nuestra victoria sobre la muerte. “Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales...” (Ro. 8:11). “Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder” (1 Co. 6:14; cp. 2 Co. 4:14).

Y cuando Cristo venga a resucitarnos, Él “...transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:21). Se proclamará la gran victoria: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ... el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:54–57).

Pero ¿cuál será el centro de atención en esta gran hora de la consumación? En 2 Tesalonicenses 1:7–10 se da una clara respuesta. El centro de atención estará en la gloria de Cristo y nos admiraremos ante ella.

cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena

² Los dos párrafos anteriores se basan en el capítulo 22: “Christ Suffered and Died to Bring Us to God” [Cristo padeció y murió para llevarnos a Dios], en John Piper, *The Passion of Jesus Christ* [La pasión de Jesucristo] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2004), 62–63.

de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros).

El objetivo de su venida y la consumación de la promesa del evangelio es que Él será “glorificado en sus santos” y “admirado en todos los que creyeron”. Esta será nuestra gran alegría y su gran honor. Así fue como Dios lo planeó. Nosotros recibimos la alegría; Él recibe la gloria. El objetivo de la consumación del evangelio es la gloria de Dios en la faz de Cristo. Y el más alto bien en las buenas nuevas es que contemplemos y nos deleitemos en aquel que es infinitamente merecedor de ser glorificado y admirado.

VIDA ETERNA: EXTENSIÓN Y PERFECCIÓN DE LA DICHA DE CONOCER A DIOS

Por supuesto, este glorioso suceso es tanto el inicio como la consumación. Es el comienzo de la *vida eterna*. Es verdad que ya hemos recibido el don de la vida eterna por medio de la fe en Cristo. “El que cree en el Hijo *tiene* vida eterna...” (Jn. 3:36). Fíjense en el tiempo presente. *Tenemos*, no solo *tendremos*, vida eterna. Esto es real, precioso y permanente. “yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:28).

Pero también es cierto que la plenitud de la vida eterna comienza en la resurrección. Jesús dijo: “De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y *en el siglo venidero la vida eterna*” (Lc. 18:29–30). La plenitud de la vida eterna comienza en el siglo venidero. Por consiguiente, Pablo dice que nos hemos convertido en “...herederos conforme a *la esperanza de la vida eterna*” (Tit. 3:7). La vida eterna es algo que anhelamos.

La vida eterna es uno de los dones más preciados del evangelio. Tiene su origen en una de las más queridas y conocidas promesas del evangelio, Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga *vida eterna*”. Así se relaciona la promesa de vida eterna con el amor a Dios y el don de su Hijo. ¿Qué es entonces este don que fluye del evangelio y del amor a Dios?

Jesús nos dice en la oración de Juan 17, donde ora a su Padre: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo,

a quien has enviado” (v. 3). En otras palabras, el don del evangelio llamado vida eterna no es una mera extensión de todos los placeres terrenales. Es la extensión y la perfección de la dicha de conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero”. Fuera todos los demás dioses. Fuera todos los deleites que no sean el deleite en Dios; no porque haya que quitar algo bueno, sino para hacer sitio a lo que es infinitamente mejor: Dios mismo. La vida eterna es un gran don del evangelio. Y se convierte en el gran don del evangelio cuando lo experimentamos al conocer y deleitarnos en el único Dios verdadero y su Hijo por siempre.

EL EVANGELIO GANÓ TODAS LAS COSAS QUE SON BUENAS PARA NOSOTROS

A estos dones pudiéramos llamarlos los dones salvadores del evangelio: Predestinación, encarnación, justificación, reconciliación, consumación, vida eterna, etc. Pero hay otros. El evangelio ha desatado la misericordia omnipotente de Dios para que miles de otros dones fluyan a nosotros desde el corazón del evangelio de Dios. Estoy pensando en un texto como Romanos 8:32: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Esto significa que el corazón del evangelio (que Dios no escatimara ni a su propio hijo) es la garantía de que “todas las cosas” nos serán dadas.

¿Todas las cosas? ¿Qué significa eso? Significa lo mismo que en Romanos 8:28: “Y sabemos que a los que aman a Dios, *todas las cosas* les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Dios toma “todas las cosas” y las hace servir a nuestro bien supremo. No significa que recibamos todo aquello que nuestros imperfectos corazones desean. Significa que recibimos aquello que es bueno para nosotros.

EL EVANGELIO ASEGURA QUE CADA NECESIDAD REAL SERÁ SUPLIDA

Compare esto con Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá *todo lo que os falta* conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. ¡Todo lo que os falta! ¿Significa eso que nunca tenemos momentos difíciles? Evidentemente no. Siete versículos atrás, Pablo dijo: “Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener *hambre*, así para tener abundancia como para padecer *necesidad*. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (vv. 12–13). Esto es asombroso. Dios suple “todo lo que os falta” (v.19). Por lo tanto,

he aprendido a enfrentar el “hambre” y la “necesidad” (v. 12). “Todo” lo puedo en Cristo que me fortalece, ¡incluido tener hambre y padecer necesidad! De aquí llego a la conclusión de que para los cristianos todo lo que necesitamos —con el propósito de hacer la voluntad de Dios y glorificarlo— nos será provisto. Según Romanos 8:32, esto fue asegurado por el evangelio.

Aparece dicho incluso de manera más sorprendente en Romanos 8:35–37. Aquí el amor de Cristo garantiza que seremos más que vencedores ante cada circunstancia, incluida la circunstancia de que seamos muertos. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”. ¡Asombroso! ¡Somos más que vencedores mientras nos matan todo el día! Así que nada puede separarnos del amor de Cristo, *no* porque el amor de Cristo nos proteja de ser dañados sino porque nos protege del daño supremo de la incredulidad y de estar separados del amor de Dios. El don del evangelio del amor de Dios es mejor que la vida.

TODO ES VUESTRO, INCLUIDA LA MUERTE

“ni la muerte, ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38–39). De hecho, no solo la muerte no puede separarnos del amor de Dios, sino que es, junto con todas las demás tribulaciones, un don del evangelio. Escuche el modo en que Pablo lo dice en 1 Corintios 3:21–23: “Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la *muerte*, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios”. ¡Todo es vuestro, incluida la muerte! La muerte está incluida en nuestro cofre del tesoro de dones de Dios mediante el evangelio. Así que en un texto Pablo dice que somos: “más que vencedores” en la muerte. Y en otro texto dice que todo es nuestro, incluida la muerte. Lo interpreto como que a causa de las verdades de Romanos 8:28 y 8:32, Dios toma cada tribulación y la pone a servirnos, incluida la muerte. La muerte es “nuestra”: Nuestra sierva. El hecho de que seamos “más que vencedores” significa no solamente que la muerte yace muerta a nuestros pies tras la batalla, sino que la tomamos prisionera y la obligamos a que nos sirva.

¿Y cómo nos sirve la muerte? ¿Cómo bendice la servidumbre ganada a precio de sangre a los hijos de Dios? Pablo responde: “Porque para mí el vivir es Cristo, y *el morir es ganancia*” (Fil. 1:21). ¿Por qué el morir es ganancia? Él nos responde dos versículos más adelante: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”. Estar con Cristo después de morir es “muchísimo mejor” que quedarse en la tierra. Es por eso que somos más que vencedores cuando la muerte parece triunfar. Se convierte en una puerta hacia una mejor comunión con Cristo.

CÓMO JOHN OWEN SE PREPARÓ PARA LA MUERTE

Cuando John Owen, el más grande teólogo y pastor de Inglaterra, agonizaba en 1683 toda su concentración estaba puesta en la gloria de Cristo. Su último libro se tituló *Meditations on the Glory of Christ* [Meditaciones acerca de la gloria de Cristo]. En su opinión la mejor manera de prepararse para morir era meditando en esa gloria:

Si nuestra futura bienaventuranza consistirá en estar donde está Dios y en presencia de su gloria, qué mejor preparación puede haber para eso que permanecer en una constante previa contemplación de esa gloria en la revelación que se hace en el evangelio, hasta el propio final que, mediante una visión de él, puede poco a poco transformarse en la gloria misma.³

William Payne, el editor del libro de Owen sobre la gloria de Cristo, lo visitó poco antes de su muerte y recuerda que Owen le dijo: “Ay, hermano Payne, el día tan anhelado al fin ha llegado, en el cual veré la gloria de una manera en la que jamás lo he hecho o era capaz de hacerlo en este mundo”.⁴

A esto era a lo que se refería Pablo cuando dijo que estar con Cristo era “muchísimo mejor”. Veremos la gloria de Cristo “de otra manera”. De una manera inmensamente mayor. Es por esto que Dios nos llamó a su presencia ante todo: “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (1 Co. 1:9). El apóstol Pablo y John Owen estaban convencidos de que la muerte no era una interrupción de esa comunión, sino un ahondamiento en ella. Así Pablo dijo: “pero confiamos,

³ John Owen, “Meditations and Discourses on the Glory of Christ in His Person, Office, and Grace” [Meditaciones y discursos acerca de la gloria de Cristo en su persona, oficio y gracia], en *The Works of John Owen* [Las obras de John Owen], tomo 1 (Edimburgo: Banner of Truth, 1965), 275.

⁴ Peter Toon, *God's Statesman: The Life and Work of John Owen* [El estadista de Dios: La vida y obra de John Owen] (1971; reimpresión, Eugene, Ore.: Wipf & Stock, 2005), 171.

y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Co. 5:8).

MÁS DONES DOLOROSOS Y PURIFICADORES DEL EVANGELIO

Todo esto es muy extraño. A causa del evangelio, Dios promete darnos “todas las cosas” con Cristo (Ro. 8:32). Resulta que “todas las cosas” no solo incluye cosas agradables sino también cosas terribles como tribulaciones, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada y muerte. Todos estos son dones del evangelio ganado para nosotros por medio de la sangre de Cristo. La muerte es un don porque nos lleva más rápidamente al gran bien del evangelio: A contemplar y deleitarnos en la gloria de Dios en la faz de Cristo.

¿Y los demás dones: Tribulación, angustia y los demás? ¿Cómo son ellos beneficios adquiridos por el evangelio? ¿Cómo es que son parte de “todas las cosas” en Romanos 8:32 y 28 y Filipenses 4:13? La respuesta es que en la misericordiosa soberanía de Cristo, fortalecida por su propia sangre, estos tormentos llevan a cabo el bien más grande del evangelio, una contemplación y un deleite de Dios en Cristo más puro y auténtico y más profundamente grato.

EL PLAN DEL EVANGELIO DEL SUFRIMIENTO DE PABLO... Y EL NUESTRO

Pablo nos enseña esto en varios lugares. Por ejemplo, en 2 Corintios 1:8-9 él describe el plan del evangelio de Dios en sus terribles sufrimientos en Asia: “Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, *para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*”. Este no es el plan del diablo. Es el plan de Dios. El sufrimiento mortal de Pablo fue planeado por Dios para que él se mantuviera cerca de Dios. El propósito del evangelio no es una vida fácil. Es ahondar en el conocimiento de Dios y ahondar en la confianza en Dios.

De forma similar en 2 Corintios 12:7-10, Pablo explica como Cristo se rehúsa a quitarle su sufrimiento a causa de un mayor propósito que una existencia sin dolor.

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofe-

tee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Este aguijón “mensajero de Satanás” fue planeado por Dios con propósitos de evangelio y santificación mucho más allá del alcance de Satanás. Satanás se convierte en el lacayo del Cristo resucitado. ¿Cuál era el propósito de Cristo con el sufrimiento de Pablo? “Mi poder se perfecciona en la debilidad”. Ahora, esto resulta incomprensible para los que definen el amor como ayudarnos a librarnos del dolor rápidamente. También resulta incomprensible para los que dicen que Cristo no puede ser amor si deja que Pablo sufra para enaltecer su propia gloria. Pero esto es exactamente lo que Él está haciendo. Es por esto que el amor de Dios en el evangelio resulta tan absurdo para las personas. ¿Cómo puede esto ser amor?

Pablo evidentemente piensa que lo es, porque su respuesta es completamente contraria al modo de pensar común. Él dice: “Por tanto”, o sea, porque el poder de Cristo se perfecciona en mi debilidad, “*de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo*”. ¿“De buena gana”? Este es un hombre extraño. No. Más bien deberíamos decir que el evangelio es extraño. Su finalidad no es mi reposo inmediato. Su finalidad es que sienta tanto amor por Cristo y tanta pasión por su gloria que cuando mi sufrimiento pueda resaltar su valor, yo lo soporte “de buena gana”.

Dios no escatimó a su propio Hijo. Por tanto todas las cosas son nuestras: “Sea el mundo, sea la vida, sea la muerte [sean aguijones en la carne, sea mortal persecución] todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios”. Estos son dones del evangelio porque por la sangre de Cristo ayudan a realizar la finalidad del evangelio. Esta finalidad no es nuestro reposo ni riquezas ni seguridad en este tiempo, sino nuestra dependencia de Cristo y nuestro deleite en su gloria.

LA FE PRUEBA LO QUE EXALTA A CRISTO Y LO ABRAZA

¿Cómo se relaciona la finalidad del evangelio de depender de Cristo con deleitarse en su gloria? Ya vimos que el plan de Dios del sufrimiento de Pablo (y nuestro) en Asia fue “...que no confiásemos en nosotros mismos,

sino *en Dios* que resucita a los muertos” (2 Co. 1:9). Y vimos que el resultado de la estricta misericordia de Cristo al dejar su “aguijón en la carne” fue que Pablo “de buena gana” se glorió en sus debilidades. En otras palabras, él había hallado un placer más cautivador en Cristo que en su bienestar físico. ¿Cómo se relacionan confianza y deleite? ¿Cómo se relaciona la fe en Cristo con el deleite en Cristo? ¿Cómo se relacionan la confianza en Dios y el deleite en su gloria?

Para responder esto debemos preguntarnos: ¿Para qué debe la fe confiar en Cristo? No funcionaría confiar en Él para distribuir pornografía. Solo hago uso de este vulgar ejemplo para dejar claro el principio. La fe no es fe salvadora si intenta confiar en Cristo por las razones equivocadas. Esto deja claro que la confianza por sí misma, sin referencia a para qué confiamos en Él, no es la esencia de una relación salvadora con Cristo. Algo más debe estar presente en la fe si va a ser fe salvadora que enaltece a Cristo en vez de simplemente usarlo. La fe salvadora debe poseer para esto la cualidad de probar lo que exalta a Cristo y abrazarlo.

¿CUÁNTO CONFÍAS EN LA AFIRMACIÓN “YO SOY LA SATISFACCIÓN DE TU ALMA”?

Debemos confiar en Cristo para lo que Él nos dice que debemos confiar en Él, esto es, sus dones y promesas. ¿Y cuáles son? El mejor de los dones adquiridos y prometidos por el evangelio es el don de Dios mismo, revelado en Cristo y ofrecido a nosotros para nuestro regocijo. ¿Qué significa confiar en una persona que dice: “...el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Jn. 6:35)? O, para decirlo de una forma diferente, ¿qué significa confiar en una persona que dice: “Mi hermosura y mi gloria son la más profunda satisfacción de tu alma”? Significa que la confianza debe probar y abrazar esa satisfacción. La confianza debe experimentar que su sed sea satisfecha. Decir: “Confío en que eres *ahora* la más profunda satisfacción de mi alma” y no haber probado aún esa satisfacción es una contradicción.

Para estar seguros debemos confiar en Cristo para la *plenitud* de esta satisfacción en el siglo venidero. No lo experimentamos ahora. Pero lo hemos probado en alguna medida. A eso se refiere Pablo cuando dice: “(porque por fe andamos, no por vista)” (2 Co. 5:7). No contemplamos ni nos deleitamos en la plenitud de la gloria de Dios ahora. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Co. 13:12). Pero mientras la plenitud de la vista espera por el siglo venidero, hay una visión

espiritual ahora (2 Co. 4:4, 6; Ef. 1:18), y fe en la visión espiritual de la gloria ahora abarca deleitarse en la gloria ahora.

Eso es lo que significa confiar en quien se ofrece a sí mismo como nuestra “alegría y gozo”. “Entraré al altar de Dios, al Dios de *mi alegría y de mi gozo...*” (Sal. 43:4). Así, la fe ha probado la gloria de Dios en Cristo y la atesora lo suficiente como para que, por la plenitud de la misma, valga la pena esperar y padecer. La fe ha contemplado que en la verdad que parte de la gloria de Cristo se halla su veracidad. Por lo tanto, la fe puede erigirse a sí misma sobre la promesa de Cristo y confiar en que la plenitud de la gloria y la plenitud del gozo con seguridad vendrán.

UN MILLÓN DE MISERICORDIAS EN EL EVANGELIO, PERO NINGUNA ES BUENA SIN DIOS

El tema del presente capítulo y el que le sigue es que el evangelio ha derramado un millón de misericordias sobre el pueblo de Cristo pero que ninguna de ellas es una buena nueva en sí misma. Todas son buenas en la medida en que hacen posibles el bien mayor, esto es, conocer y disfrutar de Dios mismo. Por lo tanto, hay que predicar y creer y vivir el evangelio como “...para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). A esto es a lo que me refiero cuando digo que Dios es el evangelio.

EL EVANGELIO: EL DON DE DIOS MISMO EN TODOS Y CADA UNO DE SUS DONES PLACENTEROS

*Aunque la higuera no florezca,
Ni en las vides haya frutos,
Aunque falte el producto del olivo,
Y los labrados no den mantenimiento,
Y las ovejas sean quitadas de la majada,
Y no haya vacas en los corrales;
Con todo, yo me alegraré en Jehová,
Y me gozaré en el Dios de mi salvación.*

H A B A C U C 3 : 1 7 - 1 8

Hay mil bendiciones en el evangelio para los creyentes ganadas por la sangre de Cristo. Esto lo vimos en Romanos 8:32 en el capítulo anterior. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él *todas las cosas*?” Ya vimos que “todas las cosas” incluye la muerte, la persecución y aguijones en la carne. Pero “todas las cosas” también incluye cosas agradables. De eso hablaremos en el presente capítulo. Y continúa la pregunta: ¿Cómo se relacionan los buenos dones de Dios con Dios mismo como el mayor don del evangelio?

TODAS LAS RESPUESTAS A LA ORACIÓN SON DONES DEL EVANGELIO
GANADOS POR MEDIO DE LA SANGRE

Una de las amonestaciones bíblicas más fuertes de no usar al Dios del evangelio solo para conseguir los dones de su evangelio está relacionada con la oración. Esto fue especialmente valioso para mi esposa y para mí mientras luchábamos contra algunas dificultades en nuestras vidas al tiempo que yo escribía este libro. Nosotros queríamos que Dios hiciera algo y orábamos con lágrimas y gran vehemencia. Pero llegamos a un punto en que sentí que no estábamos orando de un modo que enalteciera a Dios. Así que le escribí una nota a mi esposa que expresa parte de la amonestación bíblica que acabo de mencionar:

La fuerte sensación que tengo ahora, al despertarme temprano y no poder volver a conciliar el sueño, es que el Señor quiere que confiemos en Él.

Él parecía amonestarme porque no había fe en mis súplicas. Yo estaba comenzando a importunar. No es bueno importunar a Dios. Yo no me estaba rindiendo ni pasándole mi carga a Él. Yo estaba tratándolo de la forma en que a veces te he tratado a ti al implorar por algo con el tono de que si no lo consigo seré infeliz para siempre. Eso es incredulidad, ya que coloca al don de Dios por encima de Dios. Así que, fui alentado por estos pensamientos a “Echar sobre *Jehová* mi carga” y confiar en la promesa de que “él [με] sustentará; no dejará para siempre caído al justo”. Y para nuestra guía, tomo el Salmo 25:8: “Bueno y recto es *Jehová*; por tanto, él enseñará a los pecadores el camino”. Esta es una de las precisiones que confiadamente incluí a mis oraciones: Yo soy un pecador.

Ahora, ¿cómo esta experiencia y la amonestación de las Escrituras contra la utilización de Dios para conseguir sus dones pone en claro lo que es el mayor don del evangelio? Las respuestas misericordiosas a la oración son dones del evangelio ganados por medio de la sangre. Hebreos 4:16 nos enseña que podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia” y “hallar gracia para el oportuno socorro” porque tenemos “un gran sumo sacerdote” (v. 14). La razón por la que Jesucristo, nuestro sumo sacerdote, hace posible la respuesta a nuestras oraciones es que Él no es como los sacerdotes del Antiguo Testamento. Él “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (He. 7:27).

Es por eso que todas las promesas de Dios son en Cristo sí y por lo que oramos en nombre de Jesús. “porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Por lo tanto dijo Jesús: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre *en mi nombre*, él os lo dé” (Jn. 15:16).

La respuesta de la oración se basa en la intercesión sacerdotal de Jesús por nosotros y esa intercesión se basa en la sangre que Él derramó para librarnos de nuestros pecados y desatar el torrente de la gracia de respuestas a las oraciones. Por lo tanto, todas las bendiciones que recibimos en respuesta a nuestras oraciones, se las debemos al evangelio de Cristo crucificado y resucitado. No se trata de bendiciones automáticas. Son bendiciones ganadas por medio de la sangre de Cristo para pecadores como nosotros.

CÓMO LA ORACIÓN PUEDE CONVERTIR A DIOS EN UN CORNUDO

Ahora tenemos la amonestación más fuerte del Nuevo Testamento contra hacer de la oración un medio mediante el cual usamos a Dios para recibir sus dones pero no a Él mismo. Santiago 4:2–5 lanza la amonestación:

Codiciáis, y no tenéis; mataís y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?

¿Por qué él nos llama “almas adúlteras” cuando oramos? Es porque pedimos a Dios cosas para satisfacer nuestros deseos que no son los deseos de Dios. Esto resulta alarmante: Que en el momento de uno de los actos más devotos de nuestra religión, la oración, podamos estar convirtiendo a Dios en un cornudo. *Cornudo* es una palabra que se refiere al hombre cuya esposa le es infiel. La ilustración en este texto es que Dios es nuestro esposo fiel y generoso. Entonces nosotros vamos a verlo y le pedimos, digamos, cincuenta dólares y Él nos los da. Entonces nosotros lo tomamos y nos alejamos de Él y vamos hasta el otro extremo del corredor donde nuestro ilícito amante tiene una habitación. Así es como ve Dios la oración que no hace de “Santificado sea tu nombre” el sincero clamor de cada petición.

Cuando Santiago dice al final del texto que “El Espíritu que él [Dios] ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente”, quiere decir: Dios quiere su corazón cuando usted ora. Dios no será un mero distribuidor de dones para los que no se deleitan en Dios mismo.

¿Entonces qué aprendemos aquí acerca del evangelio? Fue el evangelio el que ganó y prometió respuestas a todas nuestras oraciones. Lo que aprendemos es que la finalidad del evangelio no es principalmente proporcionarnos los dones de Dios, sino proporcionarnos a Dios. Todos sus dones son buenos. Pero por medio de todos ellos, la finalidad es la mayor contemplación de la gloria de Dios y el mayor deleite en su infinitamente hermosa perfección moral, demostrada en el evangelio.

¿PUEDE SER IDÓLATRA LA GRATITUD A DIOS?

¿Qué tal si alguien dijera: “Tal vez el problema con la esposa que pidió los cincuenta dólares a su esposo es que ella no es realmente agradecida”? Tal

vez nuestro problema al tratar con Dios y el evangelio es que no somos agradecidos”. Bueno, ese es ciertamente parte de nuestro problema. Pero no es nuestro problema principal. Ese diagnóstico no llega hasta la raíz del problema porque es posible sentirse sinceramente agradecido con alguien por un don y no amar al que lo da.

Jonathan Edwards miró hacia el fondo de este problema mientras estudiaba los corazones de las personas en el primer Gran Despertar. Él nos ayuda a guardarnos de cómo el evangelio puede suscitar agradecimientos que carecen de valor moral.¹

La verdadera gratitud o agradecimiento a Dios por su bondad hacia nosotros surge de un fundamento colocado con anterioridad de amor a Dios, por lo que Él es en sí mismo; mientras que una gratitud natural carece de tal fundamento como antecedente. Las generosas pasiones de agradecida devoción hacia Dios, por una bondad recibida, siempre provienen de una reserva de amor que ya está en el corazón, establecida en primer lugar sobre otros motivos, a saber, la propia excelencia de Dios.²

En otras palabras, la gratitud que complace a Dios no es ante todo un deleite en los beneficios dados por Dios (aunque eso será parte de ella). La verdadera gratitud debe tener sus raíces en otra cosa que ha de estar en primer lugar, en particular, un deleite en la belleza y la excelencia de la persona de Dios. Si no es este el fundamento de nuestra gratitud, entonces no está por encima de lo que experimenta el “hombre natural” que está alejado del Espíritu y de la nueva naturaleza en Cristo. En tal caso, la “gratitud” hacia Dios no es más agradable a Dios que todas las demás emociones que los incrédulos sienten sin deleitarse en Él.

Si yo le agradeciera con frecuencia por los regalos que me hace pero no tuviera un profundo y espontáneo aprecio por usted como persona, usted no se sentiría honrado. Se sentiría insultado, no importa cuánto yo le agradezca sus regalos. Si su carácter y su personalidad no me atraen o no siento alegría de verlo, entonces usted solo se sentiría usado, como una herramienta o una máquina para producir las cosas que yo verdaderamente amo.

¹ Los siguientes pensamientos se basan en lo que escribí sobre “How Not to Commit Idolatry in Giving Thanks” [Cómo no cometer idolatría mientras damos gracias], en *A Godward Life, Book One* [Una vida hacia Dios, libro primero] (Sisters, Ore.: Multnomah, 1997), 213-214.

² Jonathan Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 2, ed. John Smith (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 247.

Así sucede con Dios. Si no nos sentimos atraídos por su personalidad y su carácter, demostrados en su obra de salvación, entonces todas nuestras declaraciones al darle gracias a Dios son como la gratitud de una esposa hacia un esposo por el dinero que recibe de él para usarlo en sus aventuras con otro hombre.

¿PUEDE SER IDÓLATRA LA GRATITUD POR LA CRUZ?

Es increíble que esta misma idolatría sea en ocasiones cierta incluso cuando las personas agradecen a Dios por enviar a Cristo a morir por ellos. Tal vez usted haya oído decir a algunas personas lo agradecidos que debemos estar por la muerte de Cristo porque eso demuestra cuánto valemos para Dios. En otras palabras, estas personas están agradecidas por la cruz como eco de nuestro valor. ¿Cuál es el fundamento de esta gratitud?

Jonathan Edwards la llama gratitud de hipócritas. ¿Por qué? Porque “ellos primero se regocijan y se enardecen por el hecho de que Dios les haya dado tanta importancia; y entonces por este motivo, [Dios] les parece, por así decirlo, encantador ... Ellos quedan encantados en sumo grado, al oír cuánto hacen Dios y Cristo por ellos. Así que su gozo es realmente un gozo en sí mismos, no en Dios”.³ Resulta impactante saber que una de las descripciones más comunes de la cruz hoy día —esto es, cuánto celebra nuestro valor— bien podría ser una descripción del amor propio natural sin ningún valor espiritual.

Ay, si todos prestáramos atención a la sabiduría de Jonathan Edwards. Él sencillamente explica de forma detallada lo que significa hacer todas las cosas, incluso dar gracias, para la gloria de Dios (1 Co. 10:31). Él nos muestra para qué es el evangelio. Es para la gloria de Dios. Y Dios no es glorificado si el fundamento de nuestra gratitud por el evangelio es el valor de sus dones y no el valor del dador. Si la gratitud por el evangelio no tiene sus raíces en la gloria de Dios bajo el don de Dios, entonces es idolatría disfrazada. Quiera Dios concedernos un corazón para contemplar en el evangelio la luz de la gloria de Dios en la faz de Cristo. ¡Quiera Él concedernos la dicha de deleitarnos en Él por quién es Él, para que toda nuestra gratitud por sus dones sean el eco de nuestro gozo en la excelencia del dador!

³ *Ibid.*, 250-251.

POR QUÉ CREÓ DIOS UN MUNDO MATERIAL

Esta es mi respuesta a cien preguntas acerca de las cosas buenas que Dios hizo y dio. La creación del mundo material, incluidos nuestros cuerpos con sus cinco sentidos, fue idea de Dios. Él no lo hizo principalmente como una tentación a la idolatría, sino principalmente como una demostración de su gloria. “Los cielos cuentan la gloria de Dios...” (Sal. 19:1). Ese es el propósito de un millón de especies de animales y plantas y de un millón de galaxias. “Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias” (1 Ti. 4:4). Sí, si la acción de gracias tiene sus raíces en la contemplación de la gloria del dador a quien debemos admirar más que a todos sus dones y en quien debemos deleitarnos en todos sus dones.

Me encantaría abundar sobre esto, sobre el papel de la creación como mediadora de la gloria del Creador y de la adoración hacia Él. Pero ya dediqué un espacio considerable a dicho tema en un capítulo titulado “Cómo esgrimir la Palabra en la batalla por el gozo” en *Cuando no deseo a Dios: La batalla por el gozo*.⁴ Espero que se remita ahí si desea abundar sobre esta cuestión.

Basta decir que Dios creó lo que no es Dios. Por lo tanto, es bueno que lo que no es Dios exista. La razón por la cual Dios creó lo que no es Dios es que esta era la mejor forma para Dios de mostrar su gloria a otros seres aparte de sí mismo. Su motivo para esto fue, a la vez, un amor por ellos y por mostrar su gloria. Digo “a la vez” porque estas dos cosas ocurren al mismo tiempo. Dios nos es revelado y nos ama. El amor nos da lo que es mejor para nosotros, y lo que es mejor para nosotros es conocer y deleitarnos en Dios. Él sabe mejor que nadie cómo hacernos conocer la plenitud de su gloria para nuestro deleite. No era sin la creación material. Él nos muestra su amor por nosotros y se muestra a sí mismo creando el mundo material. Esto continúa sucediendo cuando Dios nos da ojos para contemplar que toda la creación “cuenta la gloria de Dios”.

LA GLORIA DE DIOS EN EL EVANGELIO SOBREPASA TODA SU GLORIA EN LA NATURALEZA

Además, Dios fue más allá de la revelación de su gloria en la naturaleza y en el hombre trabajando por la redención en el mundo material *después* de la caída. Esto no era solo para que el hombre recobrase la visión perdida

⁴ John Piper, *When I Don't Desire God: How to Fight for Joy* [Cuando no deseo a Dios: Cómo pelear por el gozo] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2004), 175-206. Este libro está publicado en castellano por Editorial Portavoz.

de Dios, sino para revelar en el evangelio inmensamente más su gloria de lo que podría jamás haberse conocido sin la caída y la historia de la redención.

John Owen tuvo una aguda comprensión de esta exclusiva revelación de la gloria de Dios en el evangelio. Aquí fue donde Él concentró su atención mientras se preparaba para morir y encontrarse con Cristo cara a cara.

La revelación de Cristo en el santo evangelio es mucho más virtuosa, más gloriosa y está más llena con los rayos de la sabiduría y la bondad divina que toda la creación y la sola comprensión de esto, si fuera posible, puede contener o proporcionar. Sin el conocimiento de esto, la mente del hombre, sin importar cuánto se enorgullezca de sí misma por otros inventos y descubrimientos, está envuelta en tinieblas y confusión.⁵

De esta manera en el evangelio, como en la creación (solo que más que en la creación) el amor de Dios por nosotros y su revelación de sí mismo sucede al unísono. El mayor acto de amor es otorgar el mejor de los dones y de ser necesario, al más alto costo, a quien menos lo merece. Esto fue lo que Dios hizo. Al costo de la vida de su Hijo, a los completamente inmerecidos, Dios les dio el mejor don: La demostración de la gloria de Cristo quien es la imagen de Dios. Nada de esto hubiera sido posible sin la creación del mundo material.

USAMOS EL MUNDO PARA FESTEJAR Y AYUNAR

Por lo tanto, no debemos mirar al mundo material como algo malo. Está plagado de tentaciones en estos tiempos. Pero la solución a esto no es aislarse del mundo. Eso es imposible. Siempre llevamos con nosotros nuestro corazón pecador. El asediado camino al cielo es un bíblicamente equilibrado sí y no al mundo que Dios ha hecho. La disciplina cristiana del ayuno y el privilegio cristiano de festejar marcan la ruta de ese camino. He aquí el modo. Traté de captar el deleite y el peligro del mundo material en *A Hunger for God* [Ansias de Dios].

¿Por qué creó Dios el pan y diseña a los seres humanos de manera que lo necesiten para vivir? Él podía haber creado vida que no tuviera necesidad de comida. Él es Dios. Pudo haberlo hecho de la manera que se le antojase. ¿Por qué pan? ¿Y por qué hambre y sed? Mi respuesta es muy simple: Él creó el pan para que tuviéramos alguna idea de cómo es el Hijo de Dios

⁵ John Owen, “Meditations and Discourses on the Glory of Christ in His Person, Office, and Grace” [Meditaciones y discursos acerca de la gloria de Cristo en su persona, oficio y gracia], en *The Works of John Owen* [Las obras de John Owen], tomo 1 (Edimburgo: Banner of Truth, 1965), 275.

cuando dice: "...Yo soy el pan de vida..." (Jn. 6:35). Y creó el ciclo de la sed y la saciedad para que tuviéramos alguna idea de cómo es la fe en Cristo cuando Jesús dijo: "...el que en mí cree, no tendrá sed jamás" (Jn. 6:35). Dios no tenía por qué crear seres que necesitaran comida y agua y que tuvieran la capacidad de percibir sabores agradables.

Pero el hombre no es el centro del universo, es Dios. Y todas las cosas, como dice Pablo, son: "...de él, y por él, y para él..." (Ro. 11:36). "para él" significa que todas las cosas existen para llamar la atención hacia Él y para provocar la admiración hacia Él. En Colosenses 1:16, Pablo dice más específicamente que: "todo fue creado por medio de él [Cristo] y para él [Cristo]". Por lo tanto el pan fue creado para la gloria de Cristo. El hambre y la sed fueron creadas para la gloria de Cristo. Y el ayuno fue creado para la gloria de Cristo.

Lo cual significa que el pan glorifica a Cristo de dos maneras: Cuando se come con gratitud hacia Dios por su bondad y cuando se sacian las ansias por Dios mismo. Cuando comemos, ingerimos el emblema de nuestro alimento divino: El pan de vida. Y cuando ayunamos, digamos que "amamos la Realidad por encima del emblema". En el corazón del santo, tanto comer como ayunar constituyen adoración. Ambas cosas glorifican a Cristo. Ambas envían el corazón agradecido y anhelante al dador. Cada una tiene su lugar señalado y cada una tiene su peligro. El peligro de comer es que nos enamoremos del don; el peligro del ayuno es que le restemos importancia al don y nos gloriemos en nuestra fuerza de voluntad.⁶

GOZO PERFECTO EN DIOS Y SUS DONES

Pero cuando el evangelio de Jesucristo nos libera para contemplar y deleitarnos en la gloria de Dios por sobre todas las cosas, queda abierto para nosotros el camino a experimentar gozo perfecto en Dios y sus dones. Somos capaces de ver cada don como un rayo de sol de la gloria de Dios. Cada gozo en el rayo corre hasta la fuente de luz y allí termina. Ninguna cosa creada se convierte en rival, sino solamente en una revelación de Dios. Por lo tanto, podemos decir que para la mente liberada en el evangelio todo gozo en las cosas creadas es perfecto con gozo en Dios.

No podemos decir lo mismo del incrédulo que se deleita en muchas de las mismas cosas que el creyente. Podemos decir al creyente: El deleite en tu hijo, de la manera adecuada, es deleite en Dios. Una persona regenerada

⁶ Los dos párrafos anteriores fueron tomados de John Piper, *A Hunger for God: Desiring God Through Prayer and Fasting* [Ansias de Dios: El desear a Dios por medio de la oración y el ayuno] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1997), 21.

escuchará esto y sentirá lo que usted quiere decir y se regocijará y ahondará en esa experiencia. Pero la persona no regenerada no tendrá idea de lo que usted está hablando. Gozo en un niño es gozo en un niño, no en Dios. Esta es una gran tragedia y una razón más de por qué debemos predicar el evangelio y poner en claro a lo que nos referimos cuando decimos que *Dios* es el evangelio.

LA PROMESA Y EL PELIGRO DEL PODER ESPIRITUAL

Es inevitable que abunden las pruebas y las tentaciones en un mundo material caído. El evangelio llega con gran poder de salvación: De liberarnos de todo lo que nos aparta de contemplar y deleitarnos en Dios por sobre todas las cosas. Por lo tanto el poder es un buen don del evangelio. Pero aun el poder puede resultar engañoso y Dios es celoso de que no amemos al poder espiritual más que a Él mismo.

Dios usará incluso poderes espirituales ajenos para probar si es a Él a quién amamos en vez de al don del poder. Considere esta asombrosa prueba en Deuteronomio 13:1-3:

Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciaré señal o prodigios, y si se cumpliere la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma.

En otras palabras, no solo el mundo material nos tienta a amar el don por encima del dador. El mundo espiritual tiene los mismos peligros. El amor hacia señales y prodigios puede desplazar el amor a Dios igual que cualquier cosa material.

Esto debe alertarnos sobre un equivocado énfasis en los milagros al guiar a las personas hacia Cristo. Es posible que cometamos el error de Simón el mago. Él había quedado cautivado por el poder sobrenatural de Pedro y deseaba poseer ese poder pero se hallaba en realidad "...en hiel de amargura y en prisión de maldad..." (Hch. 8:23). Yo no niego la importancia de los milagros, incluso hoy. Lucas lo declaró claramente en Hechos 14:3: "...el Señor... daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios". Como todos los dones de Dios, las señales y prodigios son testigos de la naturaleza y la personalidad de Dios, especialmente de su gracia. Pero

como los dones materiales, los dones milagrosos pueden atraer nuestros corazones hacia ellos mismos y no hacia Dios. Es por esto que debemos hacer hincapié en que Dios es el evangelio.

EL VÍNCULO FATAL ENTRE EL PODER ESPIRITUAL Y EL PLACER FÍSICO

Jesús demostró lo estrechamente vinculados que están los placeres materiales y las señales espirituales del poder. Después que Jesús alimentó a las cinco mil personas con cinco panes de cebada y dos peces, una multitud fue a buscar a Jesús. Pero Jesús no vio verdadero discipulado en sus corazones. Él dijo: "...de cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis" (Jn. 6:26). En otras palabras, ellos no comprendieron el milagro. El objetivo del milagro era ayudarlos a contemplar la majestad de Cristo y adorarlo. Pero lo que ellos vieron fue un mero milagro. Y ellos en verdad creyeron en el milagro. Pero esa clase de fe no enaltece a Cristo. El diablo creyó en el milagro también y tembló. Las personas creyeron y quisieron utilizarlo solo para sus propósitos naturales. El evangelio no ofrece un complemento a la vida natural. Ofrece la gloria de Dios en la faz de Cristo, que nos satisface plenamente.

Todos los atractivos de Dios que no son Dios son preciosos y precarios. Pueden conducirnos a Dios o atraernos hacia ellos mismos. Pueden ser alimento, matrimonio, iglesia o milagros. Todas estas bendiciones traen cartas de amor que provienen de Dios pero a menos que hagamos continuamente hincapié en que Dios mismo es el evangelio, las personas se enamorarán del cartero. Ya sea su nombre perdón de los pecados, o vida eterna, cielo, ministerio, milagros, familia o alimento.

DEJAMOS ALGO CLARO EN NUESTRA BODA: DIOS ANTE TODO

Hay algunas afirmaciones sensacionales en la Biblia para protegernos de esta equivocación. Una de mis favoritas (en parte porque la leímos en nuestra boda en 1968) es Habacuc 3:17-18. "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación". ¿Qué podría ser más claro aquí que Dios mismo es más precioso que la vida y todos los bienes terrenales que proporciona la vida? El propósito de este libro es mostrar que el más grande don ganado y

prometido por medio del evangelio es la experiencia de conocer y deleitarse en Dios y así en Jesucristo.

LA MISERICORDIA DE DIOS, QUE SUSTENTA LA VIDA, ES MEJOR QUE LA VIDA

David dijo lo mismo en Salmo 63:1-3:

*Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,
Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán.*

Lo más extraordinario de todo es que él dice: "Porque mejor es tu misericordia que la vida". La razón por la cual es tan extraordinario es que esta misma misericordia se celebra en repetidas ocasiones en el libro de los Salmos porque rescata, protege, guarda y derrota al enemigo. Es la raíz de un centenar de bendiciones terrenales. Pero cuando David pone en la balanza todos los dones terrenales de la misericordia de Dios, dice que la misericordia en sí misma es mejor que la vida, la vida en la que se disfrutan todos estos dones materiales. Esto lo interpreto como que el Dios misericordioso es mejor que todos los dones de su misericordia.

"Y FUERA DE TI NADA DESEO EN LA TIERRA"

Esta es la forma de pensar del salmista Asaf cuando ora exaltando radicalmente a Dios con las siguientes palabras: "Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal. 73:24-26). No hay nada ni en el cielo ni en la tierra que desee fuera de ti, oh, Dios. Esto debe significar, primero, que si perdiera todas las otras cosas buenas, Asaf de todos modos se regocijaría en Dios. Y debe significar, segundo, que en todas y a través de todas las otras cosas buenas del cielo y de la tierra, Asaf contempla a Dios y lo ama. Todas las cosas son deseadas por lo que muestran de Dios. Agustín lo dice así: "Te ama demasiado poco

aquel que ama cualquier cosa al mismo tiempo que a ti que no lo hace por ti”.⁷

Jesús lo dice así: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt. 10:37). Jesús debe ser el tesoro supremo de nuestra vida si es que somos verdaderos discípulos de Jesús. Jesús murió por nosotros y resucitó otra vez para que fuese posible para nosotros contemplarlo y deleitarnos en Él ante todas las cosas con infinito gozo. Este es el gran bien que le corresponde cumplir al evangelio.

Por lo tanto, los que están más profundamente influido por el evangelio hablan como el apóstol Pablo: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil. 3:7-8).

DIOS ES EL MAYOR DON DEL EVANGELIO EN TODOS LOS DEMÁS Y POR ENCIMA DE TODOS LOS DEMÁS

Lo que he intentado mostrar en el presente capítulo y en el anterior es que aun cuando el evangelio ganó y promete muchos buenos dones, desde los más espirituales hasta los más materiales, aún así es Dios mismo el bien supremo prometido en el evangelio. Si no contemplamos y nos deleitamos en ese bien mayor *por encima* de todos los demás y *en* todos los demás, entonces no sabemos todavía por qué las buenas nuevas son realmente buenas. Jonathan Edwards expresó con mucha fuerza la verdad de que Dios mismo es nuestro supremo gozo y el verdadero y eterno gozo en todos los demás gozos.

Los redimidos tienen todos sus bienes objetivos en Dios. Dios mismo es el gran bien que les es dado tener a su haber y en el cual deleitarse por redención. Él es el bien supremo y la suma de todo bien que Cristo ganó. Dios es el patrimonio de los santos; Él es una parte de sus almas. Dios es su riqueza y tesoro, su alimento, su vida, su morada, su adorno y diadema y su eterno honor y gloria. Ellos no tienen a ninguno en el cielo sino a Dios; Él es el gran bien por el cual son recibidos los redimidos al morir y por el cual resucitarán en el fin del mundo. Dios nuestro Señor, Él es la luz de Jerusalén la celestial y es el “río de agua de vida” que corre, y el árbol de vida que crece “en medio del paraíso de Dios”. Las gloriosas excelencias y la belleza de Dios serán lo que

por siempre recreará las mentes de los santos y el amor de Dios será su eterno festejo. Los redimidos ciertamente disfrutarán de otras cosas: Disfrutarán de los ángeles y disfrutarán unos de otros. Pero aquello que disfrutarán con los ángeles o uno del otro, o en cualquier otra cosa que les procure deleite y felicidad, será lo que verán de Dios en ellas.⁸

⁷ Citado de San Agustín, “The Confessions of St. Augustine” [Las confesiones de San Agustín] (X, 40), en *Documents of the Christian Church* [Documentos de la iglesia cristiana], ed. Henry Bettenson (Londres: Oxford University Press, 1967), 54.

⁸ Jonathan Edwards, “God Glorified in the Work of Redemption, by the Greatness of Man’s Dependence upon Him, in the Whole of It” (1731) [Dios glorificado en la obra de redención por la grandeza de la dependencia del hombre de Él en todas las cosas (1731)] (sermón sobre 1 Corintios 1:29-31), en *The Sermons of Jonathan Edwards: A Reader* [Los sermones de Jonathan Edwards: Un lector], ed. Wilson H. Kimnach, Kenneth P. Minkema, and Douglas A. Sweeney (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1999), 74-75.

EL EVANGELIO: Y A FIN DE CUEN-
TAS, ¿QUÉ LO HACE BUENO?
¿CONTEMPLAR LA GLORIA O SER
GLORIOSO?

*Padre, aquellos que me has dado, quiero que
donde yo estoy, también ellos estén conmigo,
para que vean mi gloria que me has dado;
porque me has amado desde antes de la
fundación del mundo. Padre justo, el mundo
no te ha conocido, pero yo te he conocido, y
éstos han conocido que tú me enviaste.
Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré
a conocer aún, para que el amor con que me
has amado, esté en ellos, y yo en ellos.*

J U A N 17:24-26

La mejor nueva del evangelio cristiano es que el soberanamente glorioso Creador del universo ha obrado en la muerte y resurrección de Jesucristo para quitar todo obstáculo entre nosotros y Él mismo a fin de que podamos encontrar eterno gozo en contemplar y deleitarnos en su infinita belleza. El amor salvador de Dios está en hacer todo lo que hizo, a un alto costo para sí mismo y por quienes menos lo merecían, a fin de poder cautivarlos con lo que los haría sumamente felices para siempre, es decir, Él mismo. Por lo tanto, el evangelio de Dios y el amor de Dios son expresados finalmente y completamente en el don de Dios de sí mismo para nuestro eterno gozo.¹ “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11).

CRISTO ES UNA PORCIÓN QUE SATISFACE AL ALMA

Aquellos que han contemplado más claramente a Dios en la faz de Cristo y se han deleitado en Él más plenamente nos dicen algo de cómo es esto. Jonathan Edwards abre la ventana sobre su propia alma y sobre el significado del evangelio con estas palabras de júbilo:

¹ Para algunas serias reflexiones acerca de la relación entre las dos mitades de la respuesta a la primera pregunta del catecismo de Westminster (“El fin supremo del hombre es glorificar a Dios y regocijarse en Él para siempre”) vea Benjamin B. Warfield, “The First Question of the Westminster Shorter Catechism” [La primera pregunta del catecismo abreviado de Westminster], en “The Westminster Assembly and Its Work” [La Asamblea de Westminster y su trabajo], en *The Works of Benjamin B. Warfield* [Las obras de Benjamin B. Warfield], tomo 6 (reimpresión, Grand Rapids, Michigan: Baker, 2003), 379-400.

Aquellos que tienen a Cristo, tienen una porción que satisface al alma. Ellos tienen los más verdaderos placeres y consolaciones. He aquí donde se encontrará la felicidad idónea del alma. Menos propensa a accidentes y transformaciones... He aquí el mejor uso para el entendimiento... Así como tienen a Cristo, ellos tienen mejores y más grandes riquezas que otros... Mejor honor... Muchos mejores placeres que el hombre sensual. Los placeres deleitan más exquisitamente que los que haya disfrutado jamás el más grande sibarita. No existen placeres como los que son por la iluminación del espíritu de Cristo, los descubrimientos de la belleza de Cristo y la manifestación de su amor.²

Es por esto que Jesús dijo que los de limpio corazón son bienaventurados: Porque “ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). Es por eso que David dijo lo siguiente: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, *para contemplar la hermosura de Jehová*, y para inquirir en su templo” (Sal. 27:4). Contemplar la belleza de Dios siempre ha sido el supremo deseo de los que mejor le conocen.

LA ALABANZA ES PARA EL EGO LO QUE ES EL SEXO PARA EL CUERPO

El resultado de decir esto es que el amor de Dios y el evangelio de Dios están radicalmente centrados en Dios. Dios nos ama dándonos a sí mismo para que nos deleitemos. El evangelio es buenas nuevas porque nos anuncia que Dios ha obrado en Cristo no solo para que podamos tener el cielo, sino para que podamos tener a Dios. “Cualquiera que... no persevera en la doctrina de Cristo, *no tiene a Dios...*” (2 Jn. 9). El bien mayor del evangelio es “tener a Dios” como nuestro tesoro para siempre.

El amor de Dios, que tiene a Dios como centro, resulta extraño a los seres humanos caídos, en especial los que, como la mayoría de nosotros, han sido saturados durante décadas de doctrinas de autoestima. Hemos asimilado una definición de amor que nos pone a *nosotros* en el centro. Es decir, nos sentimos amados cuando alguien nos tiene especial consideración. Así, la definición natural y humana de amor es mostrar especial consideración por alguien. La razón por la que uno piensa que eso es amor es porque nos hace sentir bien que nos muestren especial consideración. El problema está en que nos sentimos bien por razones completamente naturales. No hay nada de espiritual en esto. No se necesita absolutamente ningún cambio en nosotros para experimentar esta clase de “amor”. Este amor es

² Jonathan Edwards, “Glorying in the Savior” [Gloriándonos en el Salvador], en “Sermons and Discourses” 1723-1729 [Sermones y discursos 1723-1729], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 14, ed. Kenneth P. Minkema (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1997), 467.

completamente natural. Funciona sobre los mismos principios que ya están presentes en nuestras almas caídas, pecadoras y espiritualmente muertas. Amamos la alabanza del hombre. Nos hace sentir bien. La alabanza es para el ego lo que el sexo para el cuerpo. Simplemente que no mejora... mientras estemos espiritualmente muertos.

El motivo del amor natural es en definitiva yo, no Dios. Si me tienen especial consideración, me siento amado, porque yo soy el motivo central de mi felicidad. Dios no está en ese lugar. Debería estar pero no está. Eso es lo que significa ser no convertido y natural. El fundamento más profundo de mi felicidad soy yo.

CUANDO LOS NO CONVERTIDOS SE ACERCAN A LA RELIGIÓN

Lo sorprendente es que las personas en esas condiciones pueden volverse religiosas sin convertirse. Es decir, ellos comienzan a ir a la iglesia y a leer la Biblia y hacer cosas religiosas sin cambio alguno en el fundamento de su felicidad. El fundamento sigue siendo ellos mismos. Ellos son el fundamento de su gozo. La definición de amor que llevan a la iglesia es que se les tenga especial consideración. Por lo tanto, aquello que alimenta la necesidad de que se les tenga especial consideración es lo que piensan que es amor. Algunas iglesias están tan desorientadas en su teología que en realidad alimentan esa necesidad y la llaman amor. Interpretan todas las buenas sensaciones en la iglesia como provenientes de la gracia de Dios, cuando en realidad son principios naturales los responsables de la mayoría de ellas.

Otras iglesias puede que no alimenten el anhelo de que se nos tenga especial consideración pero las personas no convertidas pueden interpretar todo lo que sucede a través de ese cristal. Así, cuando se predica el amor de Dios, lo que ellos escuchan significa simplemente que Dios nos tiene especial consideración. Puede que sientan incluso un gran afecto hacia Dios mientras lo vean como la aprobación de su deleite en ser ellos el fundamento de su propia felicidad. Si pueden ver a Dios como el facilitador de su propia exaltación, se sentirán felices de poder exaltar a Dios. Si Dios se centra en el hombre, entonces ellos estarán dispuestos a centrarse, hasta cierto punto, en Dios.

CÓMO LOS HIPÓCRITAS SE REGOCIJAN EN DIOS

Nada de esto es espiritual. Es puramente natural. Se ha reinterpretado a Dios para poder adecuarlo a las categorías de caídos del egoísmo

humano. Esto es difícil de detectar porque el hombre es capaz de muchas buenas obras mientras está enardecido por la alabanza humana. En otras palabras, pueden construirse sistemas completos de falso cristianismo basados en imágenes distorsionadas del amor de Dios y del evangelio de Dios. Jonathan Edwards aprendió esto para su propia angustia mientras estudiaba las variantes de la hipocresía tras el Gran Despertar. Hice referencia brevemente a esta idea en el capítulo anterior pero he aquí una cita más extensa:

Esta es... la... diferencia entre el gozo del hipócrita y el gozo del verdadero santo. El [hipócrita] se regocija en sí mismo; él es el primer fundamento de su gozo: El [verdadero santo] se regocija en Dios... Los verdaderos santos tienen sus mentes, en primer lugar, indescriptiblemente complacidas y deleitadas con las dulces ideas de la gloriosa y amable naturaleza de las cosas de Dios. Y este es el manantial de todos sus deleites y lo selecto de todos sus placeres... Pero la dependencia de los afectos de los hipócritas está en un orden contrario: *Ellos se regocijan primero... en que Dios les tiene especial consideración; y entonces, con eso como fundamento, es que Dios les resulta de cierto modo adorable.*³

Así que es posible incluso ver a Dios como “de cierto modo adorable” cuando no somos auténticos cristianos. Si somos capaces de verlo como un siervo de nuestra autoestima, entonces lo consideramos adorable. Si Él nos tiene especial consideración, entonces estaremos dispuestos, hasta cierto punto, de tener especial consideración por Él.

EN CIERTO SENTIDO, DIOS SÍ NOS TIENE ESPECIAL CONSIDERACIÓN

Veremos más adelante en el presente capítulo que hay un sentido en el que Dios ciertamente aprecia a su pueblo. Pero la diferencia es que para las personas no convertidas, es precisamente el que Dios les tenga especial consideración lo que constituye el *fundamento* de su gozo. La cuestión no es solamente si Dios puede dar aprobación o incluso alabar a su pueblo (lo cual hace). La cuestión es: ¿Cuál es el fundamento de nuestro gozo? ¿Cuál es la raíz de nuestra felicidad? ¿Somos nosotros mismos o es Dios?

³ Jonathan Edwards, “Religious Affections” [Amor religioso], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 2, ed. John Smith (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 249-250. Cursivas añadidas.

LA CONVERSIÓN: LA MISERICORDIOSA DESTRUCCIÓN DEL GOZO INFERIOR

La conversión cristiana es el despertar espiritual de nuestras almas a la gloria de Dios como fundamento de nuestro gozo. La conversión es el descubrimiento espiritual de que ser amados por Dios no es la aprobación divina de nuestra pasión por la propia exaltación. En realidad, ser amados por Dios es la misericordiosa destrucción de esa pasión. Y la destrucción no es un fin en sí mismo. Ocurre para dar lugar a la experiencia sobrenatural de ser verdaderamente amados por Dios, es decir, que Él nos permita deleitarnos en la exaltación de Dios como un fin en sí mismo. La exaltación espiritual de Dios no es un medio para el placer de nuestra propia exaltación.

Ser amados por Dios es el maravilloso reemplazo del ego como *fundamento de nuestro gozo*. El lugar del ego lo ocupa la gloria de Dios. La mayoría de las personas conoce que las más grandes experiencias de gozo en esta vida (aquellas que más se acercan a ser ilustraciones del perfecto gozo del cielo) no son experiencias de afirmación propia, sino de olvido de sí mismo ante la presencia de algo majestuoso. Tales momentos son escasos en esta vida. La mayoría de las veces nuestro gozo en cualquier magnificencia fuera de nosotros mismos es contaminado por la propia conciencia y el anhelo de nuestro ego de tener alguna participación en el prodigio.

Pero hemos probado suficiente gozo olvidándonos de nosotros mismos como para ayudarnos a comprender lo que realmente significa ser amados por Dios. El mejor don de Dios no es el don de la autoestima. El mejor don de Dios es Dios, para nuestro eterno y creciente regocijo. Ser amados por Dios es la emocionante liberación del salón de espejos que una vez pensamos nos traería la felicidad, si tan solo podíamos conseguir que nos gustara lo que veíamos. El cielo no es un salón de espejos. O tal vez debamos decir que el cielo es un mundo en el cual todas las cosas creadas se han convertido en espejos y todas ellas están inclinadas en un ángulo de 45 grados. Por dondequiera que miramos, en cada criatura, vemos el reflejo de Dios.

DIOS USA LOS TEXTOS PARA ALZAR EL VELO

Pero parece ser que la definición de amor divino que se centra en el hombre ha calado tan hondo que muchos simplemente no lo ven de otra manera. Ciertamente, es imposible ver hasta que Cristo alza el velo y podemos

contemplar la gloria de Dios como nuestro mayor tesoro. Entonces no solo tiene sentido que su amor sea el don de sí mismo, sino que lo experimentamos.

Dios usa distintos medios para alzar el velo y uno de ellos son las Escrituras. Sería de gran ayuda, por lo tanto, concentrar nuestra atención en varios textos que son especialmente apropiados para mostrar la gloria de Dios como el mejor don del amor de Dios. Encontré varios textos en el Evangelio de Juan que ayudan a alzar el velo sobre el amor de Dios que tiene a Dios como centro. Uno de estos textos es la historia de la enfermedad y muerte de Lázaro (Jn. 11:1-6):

Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

EL EXTRAÑO CRONOMETRAJE DEL AMOR DE CRISTO

Lo primero que resulta asombroso en este texto es que Jesús no partió de inmediato para llegar con tiempo de sanar a Lázaro. “Se quedó dos días más en el lugar donde estaba” (v. 6). En otras palabras, Él intencionalmente se retrasó y permitió que Lázaro muriera. Lo segundo que resulta asombroso aquí es que esta demora es descrita como el resultado del amor de Jesús por sus amigos. Fíjese en la palabra “pues”⁴ en el versículo 6: “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro... *pues...* se quedó dos días más”. Jesús dejó morir a Lázaro *porque* lo amaba a él y a sus hermanas.

¿Qué sentido tiene esto? Jesús dio la respuesta en el versículo 4 cuando le dijo a sus discípulos por qué Lázaro estaba enfermo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, *para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*”. Jesús tenía un plan. Él dejaría morir a Lázaro para poder resucitarlo de los muertos. Este era un plan costoso. Lázaro tendría que pasar por los tormentos de la muerte y su familia soportaría cuatro días llorando su muerte.

⁴ La NVI ignora el significado universal de *oñv* como “por tanto” o “pues” y presenta el versículo como adversativo en vez de una inferencia al traducirlo como “A pesar de eso”: “A pesar de eso, cuando oyó que Lázaro estaba enfermo...”. D. A. Carson observa: “La traducción de la NVI del inicio del v. 6 carece de justificación lingüística... La demora de dos días la motivó el amor de Jesús por Marta, María y Lázaro”. *The Gospel of John* [El Evangelio de Juan] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1991), 407.

Pero Jesús considera que el costo merece la pena. Su explicación consta de dos partes. Primero, al dejar morir a Lázaro para resucitarlo de los muertos su propósito es mostrar la gloria de Dios Padre y Dios Hijo. Segundo, en esta costosa revelación de su gloria Él estaría amando a esta familia. De aquí llego a la conclusión de que la manera primordial en que Jesús amó a esta familia fue haciendo lo que fuera necesario para demostrarles de manera convincente su propia gloria.

EL INCOMPENSABLE AMOR DE CRISTO

Muchos llamarían hoy a Jesús cruel y desamorado por dejar morir a Lázaro. Y agregarían esta crítica: Que Él es vano y orgulloso si fue motivado por el deseo de mostrar su propia gloria. Lo que esto demuestra es lo muy por encima de Dios que la mayoría de la gente valora vivir libre de dolor. Para la mayoría de las personas, el amor es cualquier cosa que coloque el valor humano y el bienestar humano en el punto máximo. Así que llamar al comportamiento de Jesús amor es incomprensible para ellas.

Pero aprendamos de Jesús lo que es el amor y lo que es nuestro verdadero bienestar. *Amar es hacer lo que tengas que hacer para ayudar a las personas a contemplar y deleitarse en la gloria de Dios en Cristo por los siglos de los siglos.* El amor mantiene a Dios en el centro. Imitar a Jesús en esto no significa que amemos buscando mostrar *nuestra* gloria. Imitarlo significa que buscamos mostrar *su* gloria. Jesús buscó la gloria suya y la de su Padre. Nosotros debemos buscar la gloria de Jesús y la del Padre. Jesús es el único ser en el universo en el cual la exaltación propia es la más alta virtud y el mayor acto de amor. Él es Dios. Por lo tanto, el mejor don que puede dar es la revelación de sí mismo. Nosotros no somos Dios. Por lo tanto, no es amor que dirijamos a las personas hacia nosotros mismos como fundamento de su alegría. Eso sería una distracción sin amor alguno. Amar significa ayudar a las personas a contemplar y deleitarse en Cristo para siempre.

CÓMO CRISTO NOS AMA CON UNA ORACIÓN QUE LO ENALTECE

Jesús confirma que vamos por el camino correcto al orar por nosotros en Juan 17 para que Dios le glorifique y que contemplemos su gloria. Doy por sentado que cuando Jesús ora por nosotros, lo cual Él dijo que estaba haciendo (“[Ruego] por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” v. 20), Él nos está amando. Su oración es un acto de amor. Por lo tanto, de acuerdo con lo que vimos en Juan 11, Él ora: “Padre... glorifica a tu Hijo

para que también tu Hijo te glorifique a ti... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (vv. 1, 5).

Por extraño que parezca, su amor por nosotros se derrama en una oración en la que Él mismo es glorificado. Pero esto no resulta extraño para aquellos cuyo velo de centrarse en el hombre fue alzado. Esta es la misma gloria por la que fuimos creados. Contemplar la gloria de Dios en Cristo es el mayor don y el mayor placer del que somos capaces. El amor es darnos esto.

En 17:24 Jesús deja claro que Él ora por su propia gloria para que nosotros podamos ver su gloria: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, *para que vean mi gloria...*” La razón por la que oró por su gloria en el versículo 1 fue para poder orar en el versículo 24 para que nosotros pudiéramos contemplarla. El amor de Jesús lo conduce a orar por nosotros y luego morir por nosotros, no para que *nuestro* valor pueda ser el centro, sino para que *su* gloria pueda ser el centro y para que nosotros podamos contemplarla y deleitarnos en ella por toda la eternidad. Este es el bien mayor en las buenas nuevas del evangelio. “Padre... quiero que donde yo estoy... estén conmigo... *para que vean mi gloria...*” Eso es lo que significa para Jesús amarnos. El amor divino se afana y sufre por cautivarnos con lo que es infinita y eternamente satisfactorio: Dios en Cristo.⁵

LA INJUSTA DICOTOMÍA

La pregunta que debemos hacernos mientras nos gloriamos en el evangelio y mientras nos regocijamos en el amor de Dios es esta: ¿Nos sentimos amados por Dios porque Dios nos tiene especial consideración o porque Dios, a gran costo para sí mismo, hizo todo lo necesario por medio de Jesucristo para que pudiéramos tenerlo y apreciarlo a Él por siempre? Es una pregunta contundente.

Pero también es una pregunta levemente injusta, si el lenguaje se toma estrictamente y no en el espíritu con el que está todo en el presente capítulo. Lo que es injusto es que lo deja con una dicotomía entre dos opciones que pueden no ser mutuamente excluyentes.⁶ Ambas pueden ser

⁵ Estos pensamientos acerca de Juan 11 y 17 fueron publicados originalmente en “How Strange and Wonderful Is the Love of Christ” [Cuán extraño y maravilloso es el amor de Cristo], en John Piper, *Pierced by the Word* [Horadado por la Palabra] (Sisters, Ore.: Multnomah, 2003), 13-15.

⁶ Mi amigo y colega desde hace más de veinticinco años, Tom Steller, debe recibir reconocimiento por darme un lugar en su casa y ayudarme a escribir el resto de este capítulo de la forma en que lo hice. Lo que he escrito no estaría tan bíblicamente balanceado sin el útil aporte de Tom.

ciertas. Esto lo admití anteriormente. En cierto sentido Dios *sí* nos tiene especial consideración. Eso no lo discuto. Lo que digo es que este hecho no es fundamento primordial de nuestro gozo. Si no, ¿entonces cómo es que figura entre las buenas nuevas del evangelio? Responder la pregunta nos conducirá a nuestras reflexiones finales acerca del significado de la glorificación y si *ser* como Cristo o *ver* la gloria de Cristo es el bien primordial de las buenas nuevas.

¿CÓMO DIOS NOS HA APECIADO?

La forma en que Dios nos ha apreciado es creándonos a su imagen y llamando a esta creación “buena”. Luego, después de la caída, Él se dedica a la restauración de esa imagen caída. Pero va más allá de la restauración hacia un nuevo nivel de transformación, a saber, en conformidad con el Hijo de Dios hecho carne. “Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Co. 15:49). Nuestra transformación en la imagen de Cristo se inicia de manera progresiva en esta vida y es perfeccionada en la resurrección. La gloria de Dios que obtenemos de esta forma tiene como resultado que recibamos alabanzas de Dios.

Hay claros indicadores bíblicos de esta extraordinaria dignidad que Dios libremente se ha dignado concedernos a pesar de nuestro pecado. “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó... Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera...” (Gn. 1:27, 31). Luego, en nuestra conversión a Cristo, Dios comienza otra vez, como quien dice: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es...” (2 Co. 5:17). “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras...” (Ef. 2:10). “y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó...” (Col. 3:10).

El propósito del trabajo creador de Dios en su pueblo es conformarnos a imagen de Cristo. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo...” (Ro. 8:29). “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen...” (2 Co. 3:18).

Esta conformidad con Cristo significa que participamos de la gloria de Dios, tanto espiritualmente como físicamente. Incluidos nuestros cuerpos. Cuando Cristo venga otra vez, Él “...transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria

suya...” (Fil. 3:21). Pablo llama lo que nos sucederá “glorificación”: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también *glorificó*” (Ro. 8:30). La gloria será intolerablemente brillante y necesitaremos nuevos ojos para mirarnos unos a otros con placer, porque “...los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre...” (Mt. 13:43).

Seremos como una novia preparada para su immaculado esposo: “...Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25–27). Esta glorificación de la novia de Cristo (los hijos de Dios) será tan importante para lo que sucede en la nueva creación que Pablo dice que el resto de la creación obtendrá su transformación de la nuestra: “...La creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Ro. 8:21).

El desenlace de esta sorprendente transformación será que Dios mismo nos mirará con deleite y alabanza. “Jehová está en medio de ti... se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:17). Pedro dice que la probada y refinada fe de los creyentes será “...hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P. 1:7). Y Pablo dice del verdadero cristiano: “...la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:29) y en el juicio “...cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Co. 4:5). Sabiendo esto, Pablo nos dice que “...perseverando en bien hacer, [debemos buscar] buscan gloria y honra e inmortalidad” (Ro. 2:7). Y Pablo dice de los tesalonicenses que a causa de lo que Dios ha hecho en sus vidas por medio de su ministerio, ellos serán su “esperanza”, “gozo” y “corona que me gloríe”, “...delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?” (1 Ts. 2:19).

CONTEMPLAREMOS LA GLORIA Y SEREMOS GLORIOSOS

En este sentido, entonces, podemos hablar de que Dios nos aprecia. Contemplaremos la belleza de Dios y reflejaremos la belleza de Dios. *Contemplaremos la gloria y seremos gloriosos.* Jonathan Edwards lo dice así:

Cuán feliz es ese amor en el cual hay un progreso eterno en todas estas cosas, en donde *se descubren nuevas bellezas continuamente* y más y más encantos y en el cual *acrecentaremos por siempre la belleza en nosotros mismos.* Cuando

seamos hechos capaces de hallar y dar y recibamos más y más cautivantes expresiones de amor eterno, nuestra unión se hará más estrecha y la comunión más íntima.⁷

Tanto contemplar como ser se acrecentarán eternamente: “Se descubren nuevas bellezas continuamente” en Dios y “acrecentaremos por siempre la belleza en nosotros mismos”. Una mente finita no puede conocer por completo a una infinita. Nuestras capacidades limitadas para el placer no pueden conocer todo el gozo que tendrá en una fuente infinita. Por lo tanto, los tiempos que vendrán serán un eterno aumento de conocimiento y amor.⁸ Esto significa que la verdad de 2 Corintios 3:18 nunca cesa. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen...” Mientras mejor lo contemplemos, mejor lo reflejaremos para toda la eternidad.

DEBEMOS SER COMO CRISTO A FIN DE CONTEMPLAR LA PLENITUD DE SU GLORIA

La pregunta final entonces es esta: ¿Se convierte el bien mayor ganado y prometido en el evangelio en un Cristo glorioso o en la contemplación de la gloria de Cristo? Es decir, ¿Cómo se relaciona Romanos 8:29 (predestinados para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo) con Juan 17:24 (“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria...”)?

Tenemos una pista en Romanos 8:29 y su conexión con Colosenses 1:18. Pablo dice: “Porque a los que antes [Dios] conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29). ¿Qué significa que Pablo diga: “...para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”? La palabra “primogénito” (πρωτότοκον) es importante. Se utiliza nuevamente en Colosenses 1:18 “él que es el principio, el *primogénito* [πρωτότοκος] de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia...” En última instancia, Cristo murió y resucitó

⁷ Jonathan Edwards, “The ‘Miscellanies’” [Las “misceláneas”], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 13, ed. Thomas A. Schaefer (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1994), 336-337 [Miscellany #198 [Miscelánea #198]].

⁸ “Si hubiera algún cambio, sería por su incremento; a causa de una mejor percepción intelectual y conocimiento de Dios, y de las cosas divinas; a causa de una constante y creciente cautivadora comunión con Dios en Cristo; a causa de una aumentada capacidad para contemplar la gloria de Cristo y a causa de una mayor exaltación de la nación espiritual en la adoración y el favor del Señor”. James Petigru Boyce, *Abstract of Systematic Theology* [Compendio de teología sistemática] (1887; reimpresión, Escondido, Calif.: Dulk Christian Foundation, s.f.), 475-476.

de entre los muertos como el primogénito entre muchos hermanos para que pudiéramos contemplarlo y regocijarnos en Él como preeminente, superior, gloriosamente grande.

En otras palabras, nuestro destino de ser como Cristo se trata a fin de cuentas de estar preparados y facultados para contemplar y deleitarnos en la gloria de su superioridad. Debemos poseer su personalidad y semejanza a fin de conocerlo y contemplarlo y amarlo y admirarlo como debemos hacerlo. Añadiendo las palabras “para que él sea el *primogénito* entre muchos hermanos”, Pablo pone en claro que Cristo es toda vez y por siempre supremo por encima de sus hermanos. Nos hacemos como Él no solamente para ser sus hermanos, lo cual es cierto y maravilloso, sino principalmente para poseer una naturaleza que sea plenamente capaz de reverenciarlo como el que tiene “en todo... la preeminencia” (Col. 1:18).

Sin palabras como las del final de Romanos 8:29 y Colosenses 1:18, qué fácil sería caer en una visión de la transformación humana con el hombre como centro. Tenderíamos a hacer de nuestra semejanza con Cristo el propósito primordial del evangelio. Y es un propósito. Un glorioso propósito. Pero no el propósito primordial. Contemplar y deleitarnos y mostrar la supremacía de Cristo es el propósito primordial.

UNA PRUEBA PERSONAL DE QUE ES LO PRIMORDIAL EN NUESTROS CORAZONES

Debemos probarnos a nosotros mismos con algunas preguntas. Está bien buscar la semejanza con Cristo. Pero la pregunta es: ¿Por qué? ¿Cuál es la raíz de nuestra motivación? Considere algunos atributos de Cristo que pudiéramos buscar y hágase estas preguntas:

- ¿Quiero ser *fuerte* como Cristo, para ser admirado como fuerte o para derrotar toda adversidad que intente seducirme a conformarme con algún placer menor que admirar a la persona más fuerte en el universo, Cristo?
- ¿Quiero ser *sabio* como Cristo, para ser admirado como sabio e inteligente o para poder discernir y admirar a aquel que es verdaderamente el más sabio?
- ¿Quiero ser *santo* como Cristo, para ser admirado como santo o para poder liberarme de toda inhibición impía que me impida contemplar y deleitarme en la santidad de Cristo?
- ¿Quiero ser *amante* como Cristo, para ser admirado como una persona amante o para que pueda gozarme extendiendo a otras personas, incluso en medio del sufrimiento, el amor de Cristo que nos satisface plenamente?

La cuestión no es si tendremos toda la gloriosa semejanza con Cristo. La tendremos. La cuestión es esta: ¿Con qué propósito? Todas las cosas en Romanos 8:29–30, todo el trabajo de Dios al escogernos, al predestinarnos, al llamarnos, al justificarnos, al llevarnos hasta la gloria final, fueron diseñadas por Dios, no para mostrarnos su especial consideración como cosa *primordial*, sino para liberarnos y prepararnos para gozarnos en la contemplación y el amor de Cristo por siempre.

NO SER Y CONTEMPLAR FINALMENTE, SINO MOSTRAR Y DELEITARNOS

Tal vez no hayamos planteado la pregunta de la mejor manera. Al preguntar si es *contemplar* a Dios o *ser* como Dios el bien mayor del evangelio, puede que nos hayamos detenido en explicar qué son ser y contemplar. Tal vez ninguna de las dos cosas es primordial. ¿No sería mejor decir que el beneficio primordial del evangelio, que convierte en buenas nuevas todas las demás partes, no es ni ser ni contemplar, sino *mostrar* y *deleitarnos* (es decir, mostrar y deleitarnos en “...la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). En otras palabras, ¿acaso no es *viendo* y así *convirtiéndonos* (2 Co. 3:18; 1 Jn. 3:2) y *convirtiéndonos* y así *viendo* (Mt. 5:8; 2 Co. 4:6) que finalmente podremos *mostrar* y *deleitarnos* en Dios? Convertirse y contemplar son un medio para alcanzar el fin que es mostrar y deleitarnos.

Jesús señala hacia esta dirección en la forma en que termina su oración en Juan 17. En el versículo 24 Él ora para que podamos estar con Él donde Él está, para ver su gloria. El énfasis cae en el gran don del evangelio de ver la gloria divina. Pero la afirmación final de la oración de Jesús en el versículo 26 es una promesa que llama la atención sobre el deleite que tendremos en ver su gloria: “Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, *para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos*”.

Esta es una promesa asombrosa. Él no está solamente diciendo que contemplaremos su gloria, sino que cuando lo veamos, lo amaremos con el mismo amor que el Padre tiene por el Hijo: “...*para que el amor con que me has amado, esté en ellos*...” Este es un amor que consiste en deleite supremo. El Padre siente infinito gozo en la gloria de su Hijo. Se nos promete tomar parte en ese gozo. Esto significa que contemplar y ser, por sí mismos, no son el beneficio primordial del evangelio. Ver nos conduce a *deleitarnos* o no son estas buenas nuevas.

LA DEMOSTRACIÓN DE LA GLORIA DE DIOS SERÁ ESPIRITUAL Y FÍSICA

Y luego, mediante del deleite en la gloria de Dios, llega la *demonstración*. Sucede de forma interior y exterior. Interiormente, el amor del deleite mismo magnifica la valía de Dios como nuestro supremo tesoro. Dios se glorifica en nosotros cuando nos sentimos satisfechos en Él. Exteriormente, las *obras* que enaltecen a Cristo brotan de este regocijo en Cristo. Todo lo que dijimos en el capítulo anterior sobre la importancia de la creación material se vuelve crucial en este punto. Toda la creación pero en especial la humanidad redimida, reflejará y mostrará de forma material y visible la gloria de Dios. Esta será espiritual y física. Tanto el gozo enaltecedor de Cristo en nuestros corazones como las obras que enaltecen a Cristo de nuestros cuerpos resucitados darán a conocer la gloria de Dios.⁹

¿Cómo debemos entonces hablar de nuestro futuro *ser* y *contemplar* si estos no son los dones primordiales del evangelio? ¿Cómo hablaremos de ser "...participantes de la naturaleza divina..." (2 P. 1:4) y de ser "...conformes a... su Hijo..." (Ro. 8:29) y de contemplar su gloria (Jn. 17:24)? ¿Cómo hablaremos, finalmente, del afecto que Dios nos tiene?

UNA INFINITA OLA DE CRECIENTE REVELACION DE LA GLORIA DIVINA

Hay de nosotros si hablamos de nuestra existencia o de nuestro ser por nosotros mismos. Dios nos dio la existencia. Es un gran prodigio, lleno de convulsiones y sobrecogimientos. Existimos de Él y por Él y para Él (Ro. 11:36). El primordial y más grande bien del evangelio no es la presunción o la exaltación propia, sino *ser* capaces de contemplar la gloria de Dios sin desintegrarnos y *ser* capaces deleitarnos en la gloria de Cristo con el mismo deleite que Dios Padre por su propio Hijo y *ser* capaces de hacer obras visibles que exaltan a Cristo que brotan de este deleite. Así es que *ser* como Dios es el fundamento de *contemplar* a Dios por lo que es y esta contemplación es el fundamento de *regocijarnos* y *deleitarnos* en la gloria

⁹ Jonathan Edwards describió la relación entre agradables percepciones físicas, por una parte y los deleites espirituales en Dios, por otra, en el tiempo que sobrevendrá luego que nuestros cuerpos sean resucitados: "Este placer desde una percepción externa tendrá, en cierto sentido, a Dios como objeto. Será en una visión de la gloria exterior de Cristo y será tan ordenado en grado y circunstancia como para estar entera y absolutamente subordinado a una visión espiritual de esa divina gloria espiritual de la cual esta será un retrato, como representación eterna y subordinada a los superiores deleites espirituales de los santos. Es así como el cuerpo será en todos los aspectos un cuerpo espiritual y subordinado a la felicidad del espíritu y no existirán predisposiciones, ni peligro, ni desmesura, ni predominio. Esta gloria visible estará subordinada a un sentido de gloria espiritual, como lo está la música de las alabanzas de Dios al sentido sagrado y al placer de la mente y más directamente aún, porque esta que será vista con los ojos del cuerpo será la gloria de Dios pero esa música no será tan directamente la armonía de Dios". "The 'Miscellanies'" [Las "misceláneas"], en *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], tomo 18, ed. Ava Chamberlain (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2000), 351.

de Dios con el mismo deleite que Dios, el cual entonces se derrama con *visibles demostraciones* de la gloria de Dios.

De esta manera el evangelio de Dios alcanza su propósito final en una realidad universal y colectiva, no solo en una individual. Una ola de revelación de gloria divina en los santos y en la creación está puesta en marcha que sigue y sigue y crece por toda la eternidad. Conforme cada uno de nosotros contemple a Cristo y se deleite en Cristo con el deleite del Padre, por medio del Espíritu, nos derramaremos con visibles acciones de amor y creatividad en la tierra nueva. De esta manera contemplaremos la revelación de la gloria de Dios en nuestra vida en forma siempre nueva. Nuevas dimensiones de las riquezas de la gloria de Dios en Cristo brillarán cada día de nuestros nuevos deleites y nuevas obras. Y estas a su vez se convertirán en nuevas formas de mostrar y contemplar a Cristo que despertarán nuevos deleites y nuevas actividades. Y así la siempre creciente ola de la revelación de las riquezas de la gloria de Dios seguirá su marcha por siempre jamás. Y quedará claro que el bien más grande y final del evangelio es Dios.¹⁰

¹⁰ Estos pensamientos finales también puede encontrarlos de forma ligeramente diferente en el próximo libro *Contending for Our All* [Peleando por nuestro todo] (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2006). Tengo una deuda con San Atanasio por estimular estos pensamientos y trato de pagar la deuda en el capítulo titulado *Contending for Christ Contra Mundum: Exile and Incarnation in the Life of Atanasio* [Peleando por Cristo contra el mundo: El exilio y la encarnación en la vida de Atanasio]

*por amor del cual lo he perdido todo, y lo
tengo por basura, para ganar a Cristo,*

FILIPENSES 3:8b

*Anhela mi alma y aun ardientemente
desea los atrios de Jehová;*

Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo.

SALMO 84:2

*Oh, Dios de mi alma, sé tú mi visión;
que todo lo demás sea nada para mí;
salvo tú mi mejor pensamiento,
día y noche, despierto o dormido,
tu presencia es luz para mí.*

DALLAN FORGAILL

CONCLUSIÓN: DIOS ES EL EVANGELIO. AHORA HAGAMOS SACRIFICIOS Y ENTONEMOS CANTOS DE ALABANZA

NO ES AMOR SI NO NOS DA A DIOS

Dios ama como ningún otro ser puede ni debe amar. Nadie más en el universo puede o debe amar dándonos el don de sí mismo. No estoy hablando de que un ser humano no pueda dar su vida por otros y llamarle a eso amor. Estoy hablando de que ningún ser humano puede dar su vida por otros *para que otros puedan apreciarlo a Él* y llamarle a eso amor. No sería amor. Sería una distracción y en relación con Dios, traición.

Yo no soy un tesoro que satisface plenamente. Por lo tanto, si muero o vivo para que usted pueda tenerme a *mí* por su tesoro, le engaño y desvío su corazón de Dios, su gozo eterno. Si yo lo amo, debo hacer lo que Jesús hizo. Debo vivir y morir para darle a Dios. Eso fue lo que hizo Jesús. Eso es lo que hace Dios. El mayor acto de amor de Dios es darse a sí mismo para que lo amemos.

Para decirlo de otra manera, el amor se esfuerza y, si es necesario, sufre para cautivarnos con lo que satisface soberana y eternamente, es decir, Dios. Esto es cierto del amor de Cristo y es cierto de nuestro amor. Cristo ama sufriendo para darnos a Dios. Nosotros amamos sufriendo para darle a Dios a otros. Darnos a nosotros mismos sin dar a Dios parece amor a los ojos del mundo. Pero no lo es. Nosotros somos un mal sustituto de Dios. No somos más nobles porque morimos por ellos si nuestros corazones no sienten el anhelo de que nuestra muerte los conduzca a Dios. Una de las implicaciones radicales de este libro es que si amamos como Cristo, soportaríamos cualquier sufrimiento necesario por que se viera la gloria de Cristo. El propósito del amor, ya sea en el evangelio o al entregar nuestra vida, es cautivar a los bienamados con la gloria de Cristo en la faz de Dios para siempre.

EL NÚCLEO INDISPENSABLE, LITERAL, OBJETIVO E HISTÓRICO DEL EVANGELIO

Así hemos visto que el bien mayor, mejor y final que hace del evangelio buenas nuevas es la gloria de Cristo el cual es la imagen de Dios (2 Co. 4:4). Contemplar y deleitarnos y mostrar esto (sin ningún pecado y con la poderosa ayuda del Espíritu) es el gozo final prometido en el evangelio. Ninguna otra cosa en el evangelio es buena nueva a menos que conduzca a esto: El deleite de la gloria de Dios en Cristo. La muerte y resurrección de Jesucristo por nuestros pecados son las hazañas históricas indispensables y definitivas del evangelio (1 Co. 15:3-4). No hay evangelio sin esta literal y objetiva realidad histórica.

Pero estos hechos solo son buenas nuevas a causa de lo que provocan. De haber pasado por la historia sin efecto alguno, no solo no habrían sido buenas nuevas, sino que tampoco habrían sido noticia. Son buenas nuevas porque por la muerte y resurrección de Cristo son nuestros, solo por fe, la propiciación de la ira de Dios, el perdón de nuestros pecados y la imputación de la justicia de Cristo. La ira de Dios es quitada de Él, nuestra culpa es quitada de nosotros. La obediencia de Cristo es contada como nuestra: Este es el efecto de que Cristo haya sido crucificado en lugar nuestro y haya resucitado de los muertos.

Muchos cristianos se detienen aquí al responder la pregunta: ¿Qué es el evangelio? Muchos piensan que han dicho lo que hace que las buenas nuevas sean buenas cuando solo han hablado de la ira de Dios quitada y la culpa quitada y la justicia imputada. Pero ¿por qué son la propiciación y el perdón y la imputación buenas nuevas? ¿Qué las hace buenas nuevas? La respuesta a esta pregunta y si es dada con gozo, marca toda la diferencia en el mundo.

EL BIEN FINAL QUE HACE QUE LAS BUENAS NUEVAS SEAN BUENAS ES DIOS

Incluso si uno responde que estas verdades son buenas nuevas porque proporcionan escape del infierno y entrada al cielo, ¿qué hemos aprendido de esa respuesta? No hemos aprendido lo decisivo. No hemos aprendido por qué una persona quiere ir al cielo. ¡Oh, cuántos no hay para quienes el cielo representa solamente la ausencia de dolor y la presencia de felicidad eterna! Pero ahora viene la pregunta absolutamente decisiva: ¿Está esta felicidad en Dios mismo o en los dones del cielo?

El sentido de este libro es que el evangelio cristiano no es solamente que Jesús murió y resucitó; ni solamente que estos hechos aplacan la ira de Dios, perdonan el pecado y justifican a los pecadores; ni solamente que esta redención nos saca del infierno y nos lleva al cielo; sino que ellos nos conducen a la gloria de Dios en la faz de Jesucristo como nuestro tesoro supremo e imperecedero, el cual nos satisface plenamente. "...Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, *para llevarnos a Dios...*" (1 P. 3:18).

DIOS ES EL EVANGELIO

A eso es a lo que me refiero con el título *Dios es el evangelio*. Y para que no haya ningún malentendido, aclaremos que desde este punto final de gozo con su centro en Dios en la gloria de Dios, la bondad y el gozo de la gloria de Dios fluyen a través del don del cielo y la obra de justificación, perdón, propiciación, resurrección y crucifixión. Y el resultado es que ahora estos hechos y efectos fundamentales del evangelio brillan aún más deslumbrantes con lo que los hace verdaderamente buenas nuevas: La revelación de la gloria de Dios en la faz de Cristo.

Ahora, cuando anunciamos la muerte y resurrección de Jesús como buenas nuevas, no estamos solamente regocijándonos en las obras de Dios o en los dones de Dios. Estamos mostrando la jubilosa razón final para llamarlas *buenas* nuevas. Cuando proclamamos que la muerte y resurrección de Jesús es el fundamento para aplacar la ira de Dios, perdonar el pecado e imputar justicia, no estamos solamente aliviando la culpa y calmando temores: Estamos mostrando la gloria de Dios. Estamos dando a conocer no solamente actos divinos y dones divinos: Estamos dando a conocer la verdad, la belleza y el valor de Cristo mismo el cual es la imagen de Dios. Mediante el poder soberano y creador de Dios estamos abriendo los ojos de los ciegos (Hch. 26:17 b-18; 2 Co. 4:4, 6) para que vean en el evangelio la "iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo". Estamos poniendo en claro que no hay salvación mediante el evangelio donde no hay contemplación y deleite en el bien mejor, mayor y final del evangelio. Ese bien es la gloria, el valor, la belleza, el tesoro de Cristo mismo el cual es verdadero Dios y verdadero hombre.

EL PODER TRANSFORMADOR DE LA GLORIA DE CRISTO EN EL EVANGELIO

Ahora, cuando buscamos la santificación (la lucha por la santidad y la lucha contra el pecado), lucharemos por medio del evangelio tal vez de forma distinta de como lo hemos hecho jamás. En nuestra propia lucha y en nuestros consejos, y (para algunos de nosotros) en nuestras prédicas, nos daremos cuenta de que el poder del evangelio para transformarnos en personas radicalmente afectuosas descansa no solo en que hayamos sido perdonados y contados justos, sino también en que hayamos contemplado y nos hayamos deleitado en la gloria de Cristo en el evangelio.

Elevaremos 2 Corintios 3:18 a un lugar de suprema importancia en nuestra búsqueda práctica de amor y justicia. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor [en el evangelio], somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen...” En otras palabras, la lucha por ser como Cristo será, como nunca antes, una lucha para contemplar y deleitarse en Jesucristo. Cuando, por ejemplo, intentamos ayudar a un joven adolescente a triunfar sobre la pornografía, obraremos y oraremos para ayudarlo a contemplar y deleitarse en la gloria de Cristo. No usaremos solamente estructuras de responsabilidad, filtros y razonamientos humanos. Buscaremos saturar su mente y su corazón con la cautivadora visión del Cristo que satisface plenamente. No supondremos que es fácil. Recordaremos que el dios de este siglo quiere cegar nuestros entendimientos para que no veamos la luz del evangelio de la gloria de Cristo (2 Co. 4:4). Pero ahora sabemos donde se libra principalmente la batalla. Se libra en el plano de la vista espiritual. Este es el camino a la libertad del evangelio y el radical amor de Cristo.¹

AHORA SACRIFIQUÉMONOS Y ENTONEMOS CANTOS DE ALABANZA

Hemos llegado al final del libro. ¿Cómo debemos despedirnos? Tal vez con la promesa de orar y una palabra de exhortación. Hágase el propósito de ahora en adelante de contemplar la gloria de Cristo en el evangelio. Hágase el propósito de dejar que los ojos de su corazón remonten el rayo de gloria que brilla en el evangelio hasta que la atención de su mente y el afecto de su corazón descansen en Dios mismo. Y cuando, mediante esta visión, haya sido liberado de las vanidades de este mundo, entonces entréguese al más elevado, humilde y feliz llamado en el mundo: El de mostrar la gloria de

¹ Vea “La batalla por el gozo es una lucha por ver”, en John Piper, *Cuando no deseo a Dios: La batalla por el gozo* (Grand Rapids, Mich.: Editorial Portavoz, 2006).

Cristo en la declaración y demostración del amor del evangelio. Con este fin prometo orar por usted.

Tal vez haya un último servicio que pueda prestar. Aunque hoy solo vemos débilmente a través de un espejo lo que un día presenciaremos cara a cara, aún así hemos visto suficiente como para saber que debemos cantar en alabanza. No hay parte del evangelio que no deba ser cantada en alabanza. Cada cara del diamante es una chispa que ha encendido el fuego en las almas de los poetas cristianos que han puesto su pluma sobre el papel para la iglesia. Pero la gloria del diamante entero reluce con una sola gran brillantez, es decir, Jesucristo, la imagen de Dios. Por lo tanto, para ayudarlo a entonar cantos de alabanza sobre esto, he reunido aquí algunas canciones que a través de los siglos han celebrado a Cristo como nuestro tesoro supremo.

CATORCE SIGLOS DE CANCIONES QUE SE DELEITAN EN CRISTO

Compuesta originalmente en irlandés antiguo, la letra de “Sé tú mi visión” es atribuida al poeta irlandés del siglo dieciocho Dallan Forgaill. Si la iglesia de Jesucristo hoy por todo el mundo entonara esta oración con determinación y de todo corazón, ¡probablemente ocurriría una revolución copernicana de colocar a Dios en el centro!

*Oh, Dios de mi alma, sé tú mi visión;
que todo lo demás sea nada para mí;
salvo tú mi mejor pensamiento, día y noche,
despierto o dormido, tu presencia es luz para mí.*

*Sabiduría y Palabra sé tú de mi ser;
contigo siempre estaré y tú conmigo, Señor;
tú mi gran Padre eres y yo tu hijo fiel;
tú en mí habitas y yo en ti permaneceré.*

*Sé tú mi escudo, espada para la batalla;
Sé mi dignidad, mi deleite;
del alma amparo, mi torreón,
a las alturas condúceme, oh, poder de mi poder.*

*Riquezas no anhele, ni hueco halago;
tú eres mi herencia, ahora y siempre,
tú y solo tú, el primero en mi corazón;
rey supremo de los cielos, mi tesoro eres tú.*

*Rey de los cielos, obtenida la victoria,
¡logre yo el gozo divino, oh, Sol celestial!
Corazón de mi corazón, pase lo que pase,
sigue siendo mi visión, oh, príncipe de todos.*

Cuatrocientos años más tarde en el siglo doce, el místico francés Bernardo de Clairvaux escribió en latín: “Jesús, tan solo de pensar en ti”. Una de las bendiciones de canciones como esta es construir un vocabulario de deleite en nuestras mentes mientras se despierta en nuestros corazones el afecto del placer espiritual por la contemplación de Cristo.

*Jesús, tan solo de pensar en ti
de dulzura se llena el pecho;
pero más dulce es ver tu rostro
y en tu presencia reposar.*

*No hay voz que cante, ni corazón que enmarque,
ni la memoria pueda encontrar
sonido más dulce que tu santo nombre,
¡oh, Salvador de la humanidad!*

*Oh, esperanza de los corazones contritos,
oh, alegría de los humildes.
¡Qué dulce eres con los que caen!
¡Qué bueno con los que buscan!*

*Pero ¿y los que encuentran? Ah, esto
ni lengua ni pluma pueden mostrar.
Lo que es el amor de Jesús,
solo sus amados lo saben.*

*Jesús, sé tú nuestra única alegría,
como nuestro premio serás.
Jesús, sé nuestra gloria ahora
y a través de la eternidad.*

*Oh, Jesús, luz de todos aquí debajo,
tu fuente de fuego viviente
sobrepasa todos los gozos conocidos
y todos nuestros deseos.*

Los santos saturados en Cristo de todos los tiempos han dicho que la mejor felicidad del mundo no puede compararse a los placeres de la fe en

la presencia de Cristo. El gozo superior de conocer a Jesús es el tema de “Jesús, alegría de corazones amados”, de Bernardo.

*Jesús, alegría de corazones amados,
fuente de vida, luz de los hombres,
del mejor gozo que imparte la tierra,
vacíos, acudimos a ti.*

*Tu verdad invariable siempre ha sido;
tú salvas a los que por ti claman;
con los que te buscan eres bondadoso,
con los que te encuentran, divino.*

*Te probamos, oh pan viviente,
y anhelamos darnos un festín contigo.
De ti bebemos, oh, manantial,
y calmamos la sed de nuestras almas.*

*Nuestros espíritus inquietos te anhelan
adondequiera que nuestra suerte nos lleve;
felices somos cuando tu sonrisa vemos,
benditos, cuando nuestra fe a ti se aferra.*

*Oh, Jesús, por siempre quédate con nosotros;
haz nuestros momentos calmados y luminosos;
ahuyenta la oscura noche del pecado;
esparce tu luz sobre el mundo.*

Uno de los más conocidos cánticos de alabanza en idioma inglés, fue escrito por una persona desconocida en alemán con el nombre de *Schönster Herr Jesu* en el siglo diecisiete. Fue publicado por primera vez en el *Münster Gesangbuch* en 1677 y traducido al inglés por Joseph A. Seiss en 1873. “Hermoso Señor Jesús” toma en serio todas las bellezas de la naturaleza y afirma cada vez que Cristo es más hermoso. La cuarta estrofa por lo general se omite en los himnarios pero expresa una verdad que las demás no lo hacen, esto es, que Jesús no es solo más hermoso que todas las bellezas de la naturaleza, sino también la suma de toda belleza. Lo que vemos en la naturaleza lo vemos aún más gloriosamente en Cristo.

*Hermoso Señor Jesús, príncipe de la naturaleza,
tú, de Dios hijo y hombre,*

*a ti te amaré, a ti te honraré,
tú, gloria, alegría y corona de mi alma.*

*Bellas son las praderas y los bosques más aún,
con su floreciente atuendo de primavera;
Jesús es más hermoso, Jesús es más puro
y hace cantar al triste corazón.*

*Bella es la luz del sol y de la luna más aún,
y su rutilante y estrellado anfitrión
Jesús brilla más, Jesús brilla más puro
que todos los ángeles en el cielo.*

*En toda la belleza, celestial y terrenal,
Jesús, maravillosamente, está presente.
Nada es más cercano, hermoso o amado
que lo que tú, mi Salvador, eres para mí.*

*¡Hermoso Salvador! ¡Señor de todas las naciones!
¡Hijo de Dios e Hijo del Hombre!
Gloria y honor, alabanza y adoración,
ahora y por siempre, serán tuyos.*

Georg Michael Pfefferkorn, un profesor y pastor, también escribió en alemán. Su cántico de alabanza, *Was frag' ich nach der Welt*, publicado en 1667, fue traducido al inglés en 1923 por August Crull como "¿Qué es el mundo para mí?" Aunque no es muy conocido, sí expresa las muchas maneras en que Cristo sobrepasa todo lo que el mundo puede ofrecer.

*¿Qué es el mundo para mí
con toda su jactancia de placer
cuando tú, y solo tú,
Señor Jesús, eres mi tesoro?
Solo tú, querido Señor,
el deleite de mi alma será;
tú eres mi paz, mi reposo:
¿Qué es el mundo para mí?*

*El mundo es como una nube
y como un vapor fugaz,
una sombra que declina
y rápida a su fin se retira.
Mi Jesús permanece*

*en medio de todo lo vago y efímero.
Mi eterna roca:
¿Qué es el mundo para mí?*

*El mundo busca riquezas
y todo lo que Mamón ofrece,
mas nunca está contento
aunque sus cofres de oro llene.
Yo tengo un bien superior;
contenta con él estaré.
Mi Jesús es mi riqueza:
¿Qué es el mundo para mí?*

*El mundo mucho se lamenta
cada vez que un desprecio le hacen,
o cuando su hueca fama
y honor le han robado.
Cristo, tu reproche yo soporto
siempre que a ti te complazca.
Me siento honrada por mi Señor:
¿Qué es el mundo para mí?*

*El mundo con orgullo licencioso
exalta sus placeres pecaminosos
y por ellos tontamente
renuncia a los tesoros celestiales.
Que otros amen al mundo
con toda su vanidad.
Yo amo al Señor, mi Dios:
¿Qué es el mundo para mí?*

*El mundo no permanece;
como un rayo desaparece.
A pesar de toda su pompa,
la pálida muerte no logra desterrar.
Sus riquezas se desvanecen
y todas sus alegrías han de escapar.
Pero Jesús sí permanece:
¿Qué es el mundo para mí?*

*¿Qué es el mundo para mí?
Mi Jesús es mi tesoro,
mi vida, mi salud, mi riqueza,*

*mi amigo, mi amor, mi deleite,
mi alegría, mi corona, mi todo,
mi gozo eternamente.
Entonces, una vez más declaro:
¿Qué es el mundo para mí?*

Uno pudiera llevar un cántico de alabanza como este demasiado lejos y pensar que todos los dones de Dios no exaltan a Cristo. Eso sería un error. ¿Deberíamos correr el riesgo de cantar en alabanza de esta manera? Si, por el precedente bíblico de textos aún más radicales como Salmo 73:25: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”. Y 16:2: “dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti”. Y Filipenses 3:8: “Aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”. En ocasiones el corazón ve la incomparable valía de Dios en tal descarnado contraste con todo lo que Él ha hecho, que la mejor manera de decirlo es que Dios es todo, todo lo demás es nada. Espero habernos protegido contra denunciar al mundo, que no es bíblico, en el capítulo 10.

Johann Franck se une al coro de este extraordinario siglo en Alemania y canta a Jesús como la fuente del placer más puro. “Jesu, meine Freude” se publicó en 1653 y fue traducido del alemán al inglés por Catherine Winkworth en 1863 como “Jesús, inestimable tesoro”.

*Jesús, inestimable tesoro, fuente del más puro deleite,
mi más sincero amigo, cuánto mi corazón ha jadeado,
casi desfallecido, sediento de ti.*

Siempre tuyo he de ser, Cordero sin mancha.

Nada haré por ocultarte, nada pido sino solo a ti.

*En tus brazos yo reposo; los enemigos que me puedan
mortificar, aquí no me pueden dañar. Aunque el mundo
tiemble y los corazones se agiten,*

*Jesús calmará nuestros temores. El dolor y el pecado nos atacan
y con sus tormentas nos asedian. Jesús no nos ha de fallar.*

*¡Fuera toda tristeza! Pues el Señor de la alegría,
Jesús, llama a mi puerta. Aquellos que aman al Padre,
a pesar de las tormentas, tienen paz en su interior.*

*No importa lo que aquí hemos de padecer, aún en ti está el
más puro deleite, Jesús, inestimable tesoro.*

Charles A. Tindley nació en 1851. Hijo de un esclavo estadounidense, aprendió a leer él solo y obtuvo su licenciatura en teología por correspondencia. “En 1902, se convirtió en pastor de la Iglesia Metodista Episcopal del Calvario en Filadelfia, Pennsylvania, la iglesia en donde antes había sido conserje. Cuando Tindley murió, su iglesia tenía 12.500 miembros... El ‘I’ll Overcome Some Day’ de Tindley sirvió de base al himno por los derechos civiles estadounidenses ‘We Shall Overcome’”.² “Nada se interpone entre mi alma y mi salvador” fue escrito en 1905. En el género evangélico, representa la pasión de un amante de Cristo de nunca permitir que ningún otro placer se interponga entre su alma y el Salvador.

*Nada se interpone entre mi alma y mi salvador,
ninguno de los fugaces sueños de este mundo.
He renunciado a todos los placeres pecaminosos.
Jesús es mío, nada se interpone.*

*Nada se interpone: Ni el placer terrenal,
ni las costumbres de la vida,
por muy inofensivas que parezcan.
De Él mi corazón nunca se alejará.
Él es mi todo, nada se interpone.*

*Nada se interpone: Ni el orgullo ni la posición
ni yo ni amigos intervendrán.
Aunque tribulaciones me cueste,
resuelto estoy, nada se interpone.*

*Nada se interpone: A pesar de los sufrimientos,
aunque el mundo entero en contra mía se ponga,
con oración y abnegación,
al fin triunfaré, nada se interpone.*

El siglo veinte fue testigo de una explosión en la música popular de adoración. Asombrosamente, gran parte de ella centrada en Cristo y su obra de redención. Digo sorprendentemente porque los textos de estas canciones sobrepasan en gran medida a las prédicas de entonces sobre colocar a Dios en el centro y manifiestan amor por el Cristo exaltado. “Poder conocerte”³, por Graham Kendrick, es una versión

² Citado de http://www.cyberhymnal.org/bio/t/tindley_ca.htm, visitado el 5-4-05.

³ Graham Kendrick, “Knowing You”, Copyright © 1993 Make Way Music, P.O. Box 263, Croydon, Surrey. CR9 5AP, U.K.

de Filipenses 3:7–12. La canción, especialmente el estribillo, entrelaza el valor inapreciable de Jesús con la gran verdad del evangelio de la justicia contada a Cristo.

*Todo lo que me era caro,
sobre lo cual construí mi vida;
todo lo que este mundo venera,
y lucha por tener;
todo lo que ganancias parecían,
pérdidas ahora son,
pobres y despreciables comparados con esto.,*

*Poder conocerte, Jesús, poder conocerte:
no hay nada mejor
eres mi todo, eres lo mejor;
eres mi alegría, mi justicia,
y te amo, Señor.*

*El deseo de mí corazón es conocerte mejor,
hallarme en ti y tuyo ser;
poseer por la fe lo que ganar no pude,
incomparable don de la justicia.*

*Quiero conocer el poder de tu vida resucitada
y conocerte en tu sufrimiento;
ser como tú en tu muerte, mi Señor,
para contigo vivir y nunca morir.*

A principios del siglo veintiuno ha tenido lugar, al menos en algunos grupos, un creciente interés en la obra central de Cristo en la cruz. Una de las mejores expresiones musicales de lo que *Dios es el evangelio* ha intentado decir es: “Me deleitaré en mi Redentor”⁴, por Steve y Vikki Cook. Su narración de los sucesos del evangelio, con sus efectos, es enérgica: La sangre de Cristo me redimió —el Cordero es mi justicia— Él aplastó el poder del pecado y la muerte —mi vida ganó— Él me lleva sobre alas de águila— Él espera por mí ante puertas doradas.

No obstante, las seis repeticiones de la línea “Me gloriaré en mi Redentor” no deja lugar a dudas: El propósito de todos los sucesos en el evangelio y de los efectos del evangelio es cautivarnos con Cristo mismo.

⁴ Música y letra por Steve y Vikki Cook. © 2001 PDI Worship (ASCAP). Sovereign Grace Music, una división de Sovereign Grace Ministries. Tomado de *Upward: The Bob Kauflin Hymns Project*.

Tanto ahora como en el día final Cristo es todo. “No tengo ansias de ningún otro / Solo Él me satisface”. Así será también en la hora de la muerte: “Y cuando Él me llame será el paraíso / Para su faz por siempre contemplar”.

¿Por qué será el paraíso para contemplar la faz de Cristo por siempre? Porque esto es el evangelio: Contemplar y deleitarnos en la “iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Dios, brillando en la faz de Cristo, para nuestra eterna y siempre creciente gozo, es el bien mejor y mayor y final que hace que las buenas nuevas sean verdaderamente buenas.

*Me deleitaré en mi Redentor.
cuya sangre ha pagado mi rescate.
Mi pecado fue el que hundió los clavos
y lo colgó del árbol del juicio.
Me deleitaré en mi Redentor
que aplastó el poder del pecado y la muerte,
mi único Salvador ante el santo Juez,
el Cordero que es mi justicia,
el Cordero que es mi justicia.*

*Me deleitaré en mi Redentor.
Mi vida compró, mi vida le pertenece.
A nadie más deseo,
con Él satisfecho estoy.
Me deleitaré en mi Redentor.
Su fidelidad es mi pedestal.
Aunque poderosos los enemigos son
y sobre mí se abalanzan,
mis pies firmes están, sostenidos por su gracia,
mis pies firmes están, sostenidos por su gracia,*

*Me deleitaré en mi Redentor
que me lleva sobre las alas de un águila.
Él corona mi vida con amor y bondad.
Su canción de triunfo por siempre cantaré.
Me deleitaré en mi Redentor
que espera por mí ante la puerta dorada;
y cuando Él me llame será el paraíso
su rostro por siempre contemplar.
su rostro por siempre contemplar.*

A quien canto en alabanza. Amén.

